Estudios críticos sobre Historia y Política
Juan Valera

Estudios críticos sobre Historia y Política



Juan Valera

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El centenario

A la moda de las exposiciones sucedió, no hace mucho tiempo, la de los centenarios: algo como mundanas y populares apoteosis, culto y adoración de los héroes. Y hallándose esta moda en todo su auge, se nos vino encima el año 1892, y con él un grandísimo empeño, en la peor ocasión que pudiera imaginarse y temerse.

Van a cumplirse cuatro siglos desde que se descubrió el Nuevo Mundo, acontecimiento de tal magnitud, que no hay en la historia de nuestro linaje otro mayor en lo meramente humano; no hay acaso otro mayor, salvo la teofanía del Sinaí y el suplicio redentor del Gólgota.

¿Cómo no ha de celebrar España este cuarto centenario que celebrarán a porfía las nuevas naciones de América, y sin duda Italia, patria del atrevido e inspirado piloto que se abrió camino por el Atlántico para que el vaticinio de Séneca se cumpliese, se agrandase el concepto de las cosas creadas y se llegase al fin, no por conjeturas y especulaciones, sino por experiencia, a conocer la extensión, la forma y la repartición exacta en continentes, islas y mares, del planeta en que vivimos?

La ocasión, con todo, no podía ser, como queda dicho, menos propicia para nosotros. Cierto que España, mirado sin pasión y en absoluto el estado en que hoy se encuentra, no es menos rica que en ninguna otra edad ni tiene motivo para sentirse humillada; pero la comparación y el espectáculo de cuanto la rodea hacen que se abata y hasta que desespere.

Otros países de Europa han subido a tal grado de prosperidad merced al trabajo, a las artes útiles y mecánicas y al ahorro de sus habitantes, que los españoles vienen a quedar muy por bajo, cuando ahora más que nunca el poder depende del haber, porque las armas ofensivas y defensivas por mar y por tierra cuestan sumas enormes, y porque se aperciben, sustentan y organizan millones de soldados, con los cuales se amenazan de continuo unos pueblos a otros, gastando todos en tamaños alardes y fieros no escasa porción de lo que producen en las provechosas faenas del comercio, de la agricultura y de la industria. Y no vale decir, como dicen los prohombres que alternativamente gobiernan a España, que nosotros, en cualquier contienda que ocurra, debemos permanecer neutrales, sin buscar aventuras ni conquistas y sin aspirar a que nuestra espada se ponga en la balanza donde las grandes potencias ponderen de nuevo, el día menos pensado, los títulos y *últimas razones* que tienen que alegar para el predominio o la hegemonía.

Aunque nuestra patria no anhele desquite ni medro; aunque tenga firme propósito de conservar la actitud más desinteresada y pacífica, si para conservarla hemos de mantener un gran ejército y todos los aprestos y municiones que en el día se usan, resultará que, sin ganas de combatir, sin ambición y sin enojo, y sin esperar ni engrandecimiento ni gloria, tendremos que hacer sacrificios ruinosos para un pueblo tan pobre y tan castigado como el nuestro por todo género de calamidades, y tal vez, después de tan costosas precauciones para conservar la neutralidad, tendrá ésta que romperse por circunstancias imprevistas, yéndonos a deshora, sin alianzas, sin apoyo, sin plan, sin previo concierto con nadie, del lado de quien menos nos convenga, y exponiéndonos a que nuestra forzosa cooperación sea mal agradecida y peor pagada.

Con el perverso humor que infunden estas consideraciones, y aturdidos por el clamor general pidiendo economías, que no se harán si no nos resignamos a quedar inermes, nos ha sorprendido el glorioso centenario.

Aquella antigua jactanciosa soberbia de que nos acusaban en Francia, apellidándola *morgue* o *rodomontade*, y en Portugal *fanfarricie*, ha venido a trocarse en la humildad más ridícula. No pocos españoles han llegado a creer, no ya que estamos caídos, sino que jamás fuimos merecedores de elevarnos, siendo causa de nuestro efímero encumbramiento un conjunto de casos fortuitos y no el valor, el ingenio y la constancia.

De la aceptación resignada de cuanto el desdén o el odio ha hecho decir contra nosotros en tierras extrañas, nace, sin duda, la indiferencia general, que no podemos menos de notar, y que no queremos disimular, con que se mira el centenario, ya cercano, en que ha de conmemorarse el hecho importantísimo que abre en la Historia Universal nueva era y es el mayor de nuestros triunfos pasados.

Sin duda que hemos abusado del recuerdo de dichos triunfos hablando a cada paso, y no siempre con motivo, del sol que no se ponía en nuestro territorio, de Lepanto, de Otumba, de San Quintín y de Pavía; pero la repetida e inoportuna exhibición de nuestras póstumas grandezas no justifica la frialdad y el despego con que las miramos hoy, cuando viene tan a propósito el ensalzarlas.

Hoy es distinguido, es elegante, es *liberal*, se mira como prueba de singularísima ilustración en no pocos españoles, el desdeñar a su patria y el afirmar que si alguna vez fue poderosa y grande, lo debió a enlaces regios y a momentáneos y no merecidos caprichos de la ciega Fortuna. Y como no basta citar el testimonio contrario de autores católicos o de españoles, retrógrados y *oscurantistas*, que ignoran o aborrecen la cultura y la vida europeas, queremos citar aquí al príncipe quizá de los historiadores de este siglo, inglés, protestante por religión oficial, y positivista de hecho, el cual impugna elocuentemente tan mala opinión, diciendo en nuestra alabanza lo que ningún español se atrevería a decir hoy por miedo de que le tildasen de presuntuoso y de poco versado en las flamantes filosofías de la Historia, compuestas para regalo y deleite de la vanidad de otras naciones, ajando la nuestra con el aserto, más o menos explícito, de que España, por su Inquisición y su intolerante fanatismo, ha sido rémora y obstáculo del progreso humano.

«La supremacía -dice- que España tenía en Europa era debida a su indisputable superioridad en todas las artes de la guerra y de la política. El carácter que Virgilio atribuye a sus compatriotas podían apropiársele los graves y altivos caudillos y magnates que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores. El arte *mayestático*, el *regere imperio populos*, no fue mejor entendido por los romanos en los más brillantes días de su República, que por Gonzalo, Cisneros, Cortés y Alba. La destreza de los diplomáticos españoles era admirada en toda Europa. El nombre de Gondomar se recuerda aún en Inglaterra. La nación soberana no tenía rival en ninguna clase de combates. La impetuosa Caballería de Francia y la apretada falange de los suizos flaqueaban por igual al ponerse frente a frente de la Infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde se requería en el general algo diverso de la estrategia ordinaria y en el soldado algo diverso de la ordinaria disciplina, para contrarrestar con insólitas mañas y trazas la táctica variable de un enemigo bárbaro, los aventureros españoles, salidos de entre el pueblo, desplegaron una fertilidad de recursos y un talento para la negociación y para el mando, de que apenas ofrece otro ejemplo la Historia.»

Halla luego Macaulay que el español de entonces era, con respecto al italiano, lo que el romano, en los días de la grandeza de Roma, era con respecto al griego. Y supone que, a más del principado, pasó de Italia a España no poco del magisterio, como había pasado en la antigüedad de Grecia a Italia, maestra de las gentes. Pudo repetirse lo de Horacio: *Capta ferum victorem cepit.* Y así, en ninguna sociedad moderna, ni en Inglaterra durante el reinado

de Isabel, hubo tan gran número de hombres eminentes, a par que en letras en toda empresa de vida activa, como en España durante el siglo XVI.

Y citando frases de un compatriota suyo del tiempo de María Tudor, nos representa el asombro con que los ingleses miraban entonces a los españoles, fingiéndoselos a manera de demonios, si horriblemente malévolos, aún más poderosos y sagaces, porque refrenaban sus ímpetus con astuta prudencia, y se amoldaban a la condición de los hombres cuya voluntad querían ganar, para sujetarlos después a su opresora tiranía; en todo lo cual sobrepujaban a las demás naciones de la Tierra. «No de otra suerte -concluye- se expresaría Arminio al hablar de los romanos, o, en nuestra época, un personaje del Indostán al hablar de los ingleses; propio lenguaje de todo sujeto a quien inflama la ira y a quien, los que aborrece, acobardan, obligándole a sentir con dolor su superioridad de ellos, no sólo en poder, sino en inteligencia.»

Si el lord entusiasta no peca de exagerado, y si prescindimos de aquello con que el rencor y la envidia denigraban a los españoles, así eran éstos cuando un extranjero oscuro y menesteroso vino a solicitar de sus reyes empeñados entonces en empresa costosísima y llena de peligros, que acometiesen otra, tan inaudita y ardua que los gobiernos de varias naciones la habían ya reprobado y desechado por irrealizable.

Al considerarlo bien, no se extraña que tardase Colón en conseguir lo que anhelaba; antes sorprendería y pasmaría que hallase, como, halló, tantos valedores si no se tuviesen en cuenta el despejado espíritu, el ánimo valiente y la noble ambición de los españoles de aquella Era. El apoyo que al piloto genovés dieron Luis de Santángel, fray Diego de Deza, Juan Cabrero, el gran cardenal Mendoza, los padres de la Rábida y los Pinzones, sin disminuir en nada la gloria de la Reina Católica, por su fe y por su inspirada confianza, concurren a demostrar que España era digna de llevar a cabo la hazaña maravillosa y estaba llamada por el Destino, la Providencia o por la ley que dirige a la Humanidad en su progreso, a ensanchar los límites del mundo conocido y a completarlo para el hombre, abriendo vías nunca holladas y explorando inmenso campo, fértil y virgen, por donde se dilataran triunfantes el audaz linaje de Jafet y la civilización de Europa.

Lo cual no fue inspiración del momento, ni del todo impremeditada ventura, ni suceso aislado y sin antecedentes, sino punto en una línea, grado en una escala y centro culminante en el desarrollo y acción de una epopeya, empezada y seguida por los portugueses desde principios de aquel siglo, para disipar la oscuridad y ahuyentar los fantasmas y monstruos que el miedo y la ignorancia habían engendrado en el Mar Tenebroso, y llegar, surcándolo, a las claras regiones de la Aurora, en que están las islas de las especias aromáticas y hay golfos donde las perlas se cuajan, y montañas donde se crían los diamantes, y ríos que arrastran oro en sus arenas.

Los portugueses, con tenaz perseverancia, andaban procurando llegar allí, y, gracias a los estudios y esfuerzos de Jaime el *Mallorquín*, del infante don Enrique, de Ayres Tinoco, de Gil Eannes y de Bartolomé Días, habían ido ya hasta el extremo austral de África y habían doblado el cabo, que el príncipe Perfecto llamó de Buena Esperanza, cuando Colón presupuso la redondez de la Tierra y, con el auxilio de los españoles, buscó camino más corto y directo para llegar a la India y al Catay, y halló tierras desconocidas que creyó ser las últimas del rico y luminoso Oriente que los portugueses buscaban.

El jubiloso aplauso de los sabios de Europa, la aclamación entusiasta de los pueblos, la marcha triunfal del gran marino, cuando al volver de su primer viaje fue de Palos a Barcelona, y el lauro incruento con que los reyes de Aragón y de Castilla ciñeron sus sienes, es lo que principalmente nos incumbe recordar en el presente centenario. Pero en tal poema no es

posible atender a uno solo de sus cantos, aunque sea el más interesante. Todo él está enlazado en la magnífica unidad de su conjunto. La despertada emulación de los portugueses movió a Vasco de Gama y le hizo llegar a Calicut; y los castellanos, siguiendo en el empeño de completar el conocimiento del globo, revelaron a los hombres toda su grandeza, hicieron visible el gran continente que se interpone entre el Atlántico y el Pacífico, tomaron posesión con Balboa de este nuevo mar, y, por último, con el portugués Magallanes, llevaron el estandarte de Castilla hasta el punto, en realidad mucho más de doblemente remoto, adonde Colón imaginó haber llegado. En la maravillosa acción de este poema, que desde 1492 y en lo esencial apenas dura treinta años, figura muchedumbre de héroes, como Ojeda, Juan de la Cosa, Cortés, Jiménez de Quesada, Alburquerque, Castro, Pizarro, Orellana y Elcano, el cual lo termina gloriosamente, al aportar a Sanlúcar, en la nave *Victoria*, el día 7 de septiembre de 1522, después de haber, por la primera vez, circunnavegado el planeta.

Al retraer todo esto a nuestra memoria, siente el amor propio nacional honda satisfacción y se experimenta algún consuelo para los apuros con que hoy vivimos; mas no por eso los apuros son menores, sino que se aumentan y se ven con claridad más ominosa.

Cuando, en cierto famoso libro que siendo España preponderante, escribió un fraile napolitano para dar consejos al rey a fin de que fundase la monarquía universal, leemos, por ejemplo, que era *admiratione dignum quo modo consumatur tanta divitiarum vis sine ullo emolumento, et cum videamus regem fere perpetuo inopia laborare*, nos inclinamos a reconocer la constante incapacidad para el arreglo de la hacienda de que adolecemos hace siglos, aunque en el día aflija más, porque tiene la gente menos fe y menos paciencia y porque la necesidad del dinero es mayor para todo. Y sube de punto la aflicción si, contemplando la ingente fuerza creadora de riqueza que desenvuelven otros pueblos, hallamos mezquina e inhábil en nosotros la virtud que la crea. Así, al pensar en la soberbia esplendidez con que los Estados Unidos se preparan a celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América, se contrista y se amilana el espíritu por la escasa cantidad de que en España se dispone para las solemnidades y pompas que deben conmemorarlo.

La dichosa y brillante metrópoli del noroeste de la gran República, asentada en la margen occidental del lago Michigan, cuyas aguas la riegan y abastecen, subiendo, filtradas y absorbidas, por artificio humano, a una torre de ciento sesenta pies de altura, para derramarse y distribuirse luego en la población; la rival de Nueva York en industria y comercio, cruzada por ríos y canales donde se reflejan mil monumentos y palacios, circundada de frondosos jardines, sotos, extensos parques y deliciosas quintas, y centro de cien líneas férreas, quiere y va a lucirse, pasmando al mundo con sus fiestas en honor de Colón y de su hazaña.

¿Qué lujo, qué grandeza puede preverse que allí no se despliegue, si se mide la potencia de aquella ciudad, miserable aldea aún en 1833, cuando construyó su primera casa de ladrillo, abrasada luego en 1871 en voraz incendio, que consumió por valor de doscientos millones de duros, y renacida a poco, como el fénix de sus cenizas, más gloriosa y opulenta que antes?

Las maravillas de la última reciente Exposición de París serán, sin duda, sobrepujadas y eclipsadas en Chicago. Millares de obreros trabajan en levantar multitud de edificios en los dilatados y hermosos parques del lago y de Jackson. Se están gastando millones de duros. La agricultura, la horticultura, la arboricultura, la electricidad, las bellas artes, las artes mecánicas, la pescadería y hasta la lechería, tendrán sendos palacios. El de los transportes será tan colosal que medirá doscientos pies de ancho y mil ciento de largo. Le dará digna y portentosa entrada la ya célebre Puerta de Oro. Brillarán allí en competencia, sobre muchos kilómetros cuadrados, todos los géneros y estilos de arquitectura: agujas góticas, obeliscos egipcios, columnas grecorromanas y cúpulas gigantescas, que se elevarán cerca de doscientos pies sobre el terreno.

Al recibir estas noticias y al vislumbrar por ellas el esplendor que tendrán las fiestas de la ciudad del Illinois, no pudimos menos de asustarnos; pero España no debe arredrarse; España necesita, hasta donde alcancen sus fuerzas, celebrar también el cuarto término secular del grande acontecimiento.

Así lo comprendió el Gabinete que presidía Sagasta, y, por medio del entusiasta ministro don Segismundo Moret, creó una Junta para que preparase y dirigiese las fiestas del Centenario. El ilustre duque de Veragua, descendiente del egregio descubridor, tuvo la inmediata presidencia de esta Junta e hizo cuanto pudo, con laudable actividad, discreción y patriotismo, para que saliésemos airosos de nuestro ineludible y difícil empeño. Retirado después el duque, a causa tal vez de su quebrantada salud, y habiendo subido al Poder el señor Cánovas, creó éste nueva Junta, de menor número de personas; y presidiéndola, se emplea, con afán y tino, en el mismo propósito. Varias corporaciones, oficiales y populares, le prestan generoso auxilio, y todo nos induce a esperar que la combinación de tantos esfuerzos logre al cabo éxito satisfactorio.

No habrá centenares de flamantes palacios, como a orillas del lago Michigan; pero se erigirán hermosos monumentos en la Habana, en Granada, en Palos y quizá en Valladolid. Tendremos certámenes para premiar composiciones en verso y prosa; construiremos tal vez la carabela *Santa María;* la Academia de la Historia publicará bibliografías y documentos colombinos; reuniremos varios congresos científicos; y si no abriremos Exposición Universal de todas las industrias, la habrá de Bellas Artes, donde confiamos en que darán gloria a España nuestros pintores y escultores.

Más digna de atención aún será la Exposición americana precolombina que se prepara. Si las repúblicas de nuestra lengua y sangre acuden con tiempo a enviarnos lo que prometen, se formará por dicha Exposición el más cumplido concepto de las artes, cultura, saber, religiones y costumbres de los habitantes del Yucatán y del Anahuac, de los chibchas de Bogotá y de los mil pueblos que vivían bajo el dominio de los incas.

Por último, y esto podrá ser lo más curioso, rico y bello, habrá una Exposición histórica de objetos de arte, armas, joyas y demás productos de la industria, en toda Europa y particularmente en Portugal y en España, durante más de un siglo, en que se realizaron el descubrimiento, la colonización y la conquista de las nuevas regiones transatlánticas. En esta Exposición acaso rayemos, por diverso medio, a la misma altura que alcance la que habrá a orillas del lago Michigan. Todo depende de que los prelados y cabildos de nuestras catedrales desechen desconfianzas y escrúpulos infundados y se presten a mandar a la Exposición los primorosos e inestimables tesoros que celosamente custodian. España, que pudo, en aquella edad, creerse el pueblo de Dios, con la vocación de extender su nombre y su ley por la Tierra, que ella misma se diría que había agrandado, y con la misión providencial de mantener al propio tiempo en Europa los principios y doctrinas que informaron la civilización grecolatina o cristiana y conservaron su unidad durante mil quinientos años, consagraba entonces en los altares, para servicio, gala y ornato de las iglesias, cuanto poseía de más precio por lo exquisito y costoso de la materia y por la delicada e ingeniosa perfección del trabajo.

Para la Iglesia católica el centenario es más que para nadie renovado triunfo, a cuya magnificencia debe contribuir luciendo sus galas y ostentando sus dijes. Muchas más almas ganó la Iglesia por Colón que perdió por Lutero. Colón hizo surgir para la Iglesia, como del seno de los mares, el magno anfiteatro donde combatieron con gloria tantos valerosos y santos atletas de la fe, vertiendo por ella su sangre, y donde tantos varones piadosos obraron portentos de caridad, se sobrepusieron en valor, sufrimiento y constancia a los más firmes guerreros y difundieron el bálsamo del consuelo y de la esperanza en aquel siglo de costumbres duras y crueles. Así descollaron, entre mil, un San Francisco Solano, un San Luis

Beltrán, un Motolinia, un Bartolomé de las Casas, protector de los indios, y un Alonso de Sandoval y un Pedro Claver, esclavos de los esclavos negros que venían de África, a quienes cuidaban, evangelizaban y amaban como hermanos, y a quienes amparaban y defendían como a los hijos de sus misericordiosas entrañas.

El genio ibérico, en la admirable expansión de sus bríos, para la cual juzgó estrecho el mundo antiguo, y buscó y halló otro nuevo, por donde llevar triunfante la Cruz de Cristo con las artes de Europa, suscitó a este fin muchos fervorosos campeones; pero fuerza es confesar que a todos se adelantaron tal vez los discípulos y sucesores de aquel Ignacio de Loyola, de quien dice el historiador inglés ya citado que en la gran reacción católica tuvo la misma parte que Lutero en el gran movimiento protestante. La Compañía de Jesús, no contenta con sacar vencedor en Trento el libre albedrío humano y con educar a los europeos, estrechando el pacto de alianza entre las ciencias, las letras y la ortodoxia, invadió los países que habían descubierto los más audaces navegantes; bajó, para consolar a los trabajadores, al fondo de las minas del Perú; fue a Guinea, y vivió en Cartagena de Indias para aliviar la suerte de los esclavos negros, cruzó nevadas serranías, selvas y paramos; realizó utopías ideales o renovó pasmosas Salentos, y aportó a islas remotas y a comarcas inhospitables, convirtiendo infieles y reduciéndolos a vivir político, donde la curiosidad o la codicia no habían penetrado aún, y predicando y discutiendo en idiomas de que nadie del occidente de Europa había oído palabra.

El cuarto centenario, que vamos a celebrar, refresca y reverdece todos estos lauros y evoca en cifra y resumen mil y mil gloriosos recuerdos de la Iglesia católica de España. Justo y conveniente es, pues, que sus prelados concurran al esplendor de la solemnidad, enviando a la Exposición las riquezas artísticas que poseen. Esperamos que no han de ocultarlas *sub modio*, sino que han de colocarlas *super candelabrum*, sin que nadie lo achaque a vanidad mundana, antes bien, lo atribuyan todos a que se interpreta con rectitud la sentencia del Soberano Maestro y se aspira a que los hombres glorifiquen a Dios al ver obras tan bellas y ricas.

De todos modos, no desfallece nuestra esperanza, ni nos abandona el convencimiento de que será brillante la Exposición retrospectiva. Y asimismo creemos que las demás fiestas, ceremonias y regocijos públicos que se disponen han de ser dignos del objeto y verdaderamente memorables.

Para dar noticia de ellos, describirlos y conservar por escrito su recuerdo, en un libro que dure, la Junta directiva nos ha confiado el difícil encargo de redactar y publicar la presente *Revista Ilustrada.*

Si hemos de salir airosos del compromiso, menester será que nos preste poderoso auxilio el talento de nuestros dibujantes, los cuales, por medio de los varios procedimientos que el arte tiene ahora, representarán con fidelidad y buen gusto, y multiplicarán en estampa, las más importantes escenas a que dé ocasión el centenario: las estatuas y columnas que se están erigiendo; los edificios que se construyen o restauran; las medallas que van a acuñarse; los más preciosos documentos de la edad que se recuerda; la multitud de joyas, armas, vasos, ídolos, vestimentas antiguas, cuadros, esculturas, instrumentos y muebles que se expongan; y los retratos, ya de algunos ínclitos varones, cuya gloria va a conmemorarse, ya de aquellas personas de viso y valer que intervengan en la conmemoración, la dirijan o contribuyan a hacerla más lucida.

Como en nuestra revista hemos de narrar la historia del centenario, desde que se decretó oficialmente su celebración hasta que ésta termine, procuraremos hacerlo con claridad y concisión, insertando, además, a modo de documentos justificativos, las disposiciones que a

dicho asunto se refieran, ora del Gobierno de su majestad la reina regente, ora de la Junta directiva.

Ya se echa de menos, tanto por los extranjeros que desean acudir a España como por los representantes de las monarquías y repúblicas acreditadas en esta corte, un programa oficial de las fiestas y solemnidades. Se anhela saber con exactitud si éstas empezarán en Huelva, el día 3 de agosto, con la apertura del Congreso de Americanistas en el restaurado convento de La Rábida, con botar al agua la renovada carabela *Santa María* y con la inauguración de la columna que recuerde el embarque de Colón y de sus compañeros al emprender el primer viaje; si, dominado el cisma que, según parece, divide hoy a los orientalistas, celebrarán éstos un Congreso, cuyas sesiones sean sucesivamente en el Alcázar de Sevilla, en la Mezquita de Córdoba y en la Alhambra de Granada, que tal vez se ilumine con luz eléctrica; cuando será la inauguración de la estatua de Isabel la Católica, que ha de erigirse en la poética ciudad, regia residencia que fue de los nazaristas; si con motivos tan faustos irán a Andalucía la reina regente y su augusto hijo, y, por último, si será el 12 de octubre el día en que las exposiciones se abran y que pompas y ceremonias han de acompañar y seguir a este acto.

No siendo aún posible redactar y publicar el programa, conviene refrenar la impaciencia, confiando en que pronto se publicará, y en que, salvo alguna leve alteración, será como lo prevemos.

Además de la historia y descripción de todo lo relativo al centenario, es nuestro intento que sea la revista a modo de álbum, donde notables escritores portugueses hispanoamericanos y españoles den muestras de su ingenio y saber en artículos, variados y amenos, que divulguen el conocimiento de las hazañas y empresas que van a celebrarse en lo cual, aunque no logremos revelar misterios, desentrañar reconditeces, añadir noticias peregrinas a lo que se sabe y cambiar, como no sea en menudencias, lo que es tenido por verdad histórica, todavía podremos hacer popular cuanto por esta verdad se atestigua, realzando en la mente del publico de hoy su sublimidad trascendente.

Aunque ésta fue desde luego, comprendida y celebrada por las personas pensadoras e instruidas en Italia, en Francia, en Alemania y en más distantes países; aunque Alejandro VI dividió, desde 1493, entre portugueses y castellanos, el mundo ensanchado por ellos, y aunque Pomponio Leto lloró de júbilo y Pedro Mártir escribió la *Oceánica* que leían con entusiasmo los Médicis en el Vaticano, todavía no hubo de entenderse bien, desde el principio, el descubrimiento de Colón por la generalidad de los hombres. Los sucesos extraordinarios se precipitaron con tal rapidez desde la primera vuelta del genovés hasta la de Elcano, que apenas hubo tiempo, no ya de reflexionar sobre todo, pero ni de tener de ello clara noticia.

La expresión enfática de *Nuevo Mundo*, con que no tardaron en ser designadas las tierras recién descubiertas, prueba la importancia que pronto se le dio; pero la misma novedad del caso y el olvido o la carencia de precedentes se oponían a su completa comprensión inmediata por el vulgo. Se habían olvidado o no habían tenido resonancia, ni consecuencia, los viajes al continente que descubrió Colón: de San Brendán, en el siglo VI; de San Vigil, en el VIII, y del escandinavo Leif, hijo de Erico el *Rojo*, en el X. Además, antes que hollasen y conquistasen Cortés y Pizarro los imperios de Moctezuma y de Atahualpa, las llamadas islas occidentales aparecían, si bien fértiles, harto incultas y selváticas, donde no había y fue menester llevar el trigo, el toro y el caballo, el lino y la seda.

De aquí que las conquistas de los portugueses en la India oriental eclipsasen, por algún tiempo, el esplendor de las de Castilla. Los triunfos de Alburquerque refrenaban o atajaban el ímpetu con que los turcos se iban enseñoreando de Asia, destruían el poder mercantil de

Venecia y daban a Portugal desde Adén y Ormuz, el dominio en el golfo Pérsico y en el mar Eritreo, y el poder de amenazar o de imponer tributos a Arabia, a Egipto y a Etiopía. Portugal se extendía, además por la costa de Malabar salvaba el cabo Comorín, pasaba más allá de Taprobana y esperaba ya penetrar en el misterioso Imperio de los Seras. Su espantable buen éxito hacía aún mayor la impresión en los ánimos, porque ponía a los europeos en inmediato contacto con famosas, grandes y antiguas civilizaciones y despertaba el recuerdo, eclipsándolo con la comparación, de las fabulosas empresas de Osiris y de Baco de los viajes marítimos de las flotas de Salomón y de Hirán, rey de Tiro, y de la expedición gloriosa del macedón Alejandro.

¿Quién había de pensar en las islas y tierra firme del Océano, habitadas por oscuros y pobres salvajes, sin nombre en la Historia, y tomándolo por casualidad de un aventurero cualquiera, cuando Tristán de Acuña entró en Roma, en espléndido triunfo, como embajador del rey don Manuel el *Dichoso?*

Figuraban en la pompa corceles árabes y persas ricamente enjaezados, una onza domesticada varias alimañas feroces y un elefante soberbio, como desde el tiempo de los emperadores gentiles no se había visto en la Ciudad Eterna, el cual, haciendo hisopo de la trompa, rociaba con aromáticas esencias a la apiñada y absorta muchedumbre. Cubierto de perlas y diamantes, cercado de orientales siervos y de gallardos pajes, y realizando el sueño del vate Mantuano cuando vio a César ser recibido en el cielo, *spoliis Orientis onustum*, Tristán de Acuña ofrecía al elegante León X almizcle, incienso, canela y clavo, porcelana y seda, y todos los tesoros y regalos de los palacios del Aurora, entrados a saco por los portugueses.

Pronto, sin embargo, se penetró el vulgo, en todas partes, de lo mucho que América importaba y valía, y la indiferencia primera, si en realidad la hubo, se trocó en odio y en envidia. Ya en guerra, ya en plena paz con España, los gobiernos de las naciones más cultas entonces consintieron y excitaron a los piratas y filibusteros para que saqueasen, quemasen y destruyesen nuestras colonias. Y Roberto Bahal Francisco Drake, Juan Morgan, Bolmen, Guateral y cien otros cometieron innumerables actos de crueldad, violencia y rapiña. Ni fueron más benignos y humanos los pocos aventureros no españoles que al servicio de España militaron contra los infelices indios de América. Juan Alfínger, por ejemplo, hizo, con su bárbara fiereza, buenos y piadosos a los más brutales tiranos.

Concedamos que todo fue culpa de aquella edad, en que la filantropía, de que hoy se hace gala aunque no se sienta, aún no estaba muy en uso. Pero es insufrible, si no se toma a risa, que en nombre de filantropías, ternuras y tolerancias, desusadas y hasta desconocidas antes, se nos acuse, se nos condene y se nos maldiga como a los más crueles fanáticos.

Aun siglos después de haber perdido nuestro predominio en Europa, y no pocos años después de perdido en América nuestro Imperio, persiste el rencor contra nosotros, y ni caídos se nos perdona. Guizot asegura que puede escribirse sin mentarnos, la historia de la civilización; Buckle, en un libro ingeniosa y eruditamente disparatado, afirma que los frecuentes terremotos que hay en España nos hacen harto temerosos de Dios y, por consiguiente, malvados e incapaces; y Draper dice que, a fin de que los hombres no se vuelvan ateos y reconozcan que hay justicia divina, el Cielo ha dispuesto que sea España, desolada y pobre entre prosperas y florecientes naciones como un horrible esqueleto entre seres vivos y sanos; todo ello para ejemplar castigo de nuestra barbarie en haber destruido dos o tres civilizaciones, y entre ellas la de los indígenas de América, que era superior a la nuestra.

Claro está que nosotros debemos despreciar tales vituperios y mirarlos como broma de sabios, desabridos a veces y biliosos; pero no podemos menos de proclamar, en nombre del sentido común, que todavía, aunque nada más hubiéramos hecho que descubrir el Nuevo Mundo, colonizarlo y fundar estados en él, hubiéramos trabajado como pocos otros pueblos por la civilización material y espiritual y por todo progreso, así en acción como en teoría. Sin explorar y conocer la forma y extensión de la Tierra, la mirada escrutadora del hombre no se hubiera lanzado con tino en la inmensa amplitud del éter, no hubiera sondado sus abismos y no hubiera aprendido allí las leyes que marcan el curso de los astros y el sistema del Universo. Nuestros navegantes y cosmógrafos son los precursores de Galileo, de Copérnico, de Newton y de Keplero. Sin el conocimiento práctico adquirido y transmitido por los españoles de selvas y ríos, de montes y cavernas, y de extrañas e inauditas faunas y floras, Buffon, Cuvier, Linneo, Lyell y Humboldt, no hubieran aparecido tan pronto. Nuestro estudio de mil diversos y exóticos idiomas y de antes ignoradas razas humanas prestó asunto y principal fundamento a la ciencia del lenguaje y a la etnografía. Y la curiosidad científica, armada de estas nuevas ciencias, como el astrónomo del telescopio, columbró los remotísimos casos pasados y, sumergiéndose en la noche de los tiempos, hizo surgir en los embelesados espíritus emigraciones de razas, hazañas de héroes, florecimiento y caída de olvidados imperios, religiones, poemas y códigos, y serie larga de monarcas y dinastías, que duplicaban acaso el contenido de la Historia, al remontarse a sus orígenes.

A nueva edad de más extenso y alto saber llegó el mundo por el hecho que ahora celebramos; pero yerran igualmente así los que lamentan como los que aplauden la caída de la fe y el entronizamiento de la razón desde entonces. Lo esencial de cuanto vemos sigue tan ignorado como siempre. Elifaz y Zofar atormentan aún a todo Job con sus cuestiones; la Esfinge propone a Edipo temerosos enigmas; y nos habla Isis sin levantar el velo que la cubre. Con vigilante obsesión nos rodea el misterio. Lo sobrenatural y lo incomprensible nos penetran y poseen. Cuanto hemos explorado en la Tierra y en el Cielo, nada es en comparación de lo que no se explorará nunca. Y más clara y patente que en las profundidades etéreas se nos revela lo infinito en el abismo del alma. Aunque lo afirme el vate desesperado y ateo, es falso, por fortuna, que conocemos ya el *indigno misterio* y que la ciencia achica nuestra idea del Universo y del hombre, en vez de agrandarla.

Conviene sanar de esta ruin manía, de esta filoxera mental que deprime a los españoles. Si es probable que antiguos misticismos y elevaciones religiosas y poéticas concurrieron a nuestra perdición, más seguro es que la carencia de conatos y aspiraciones a lo ideal nos trae hoy tan desmedrados. Sólo calificamos de sensatez lo apocado, lo rastrero y lo corto de miras. Apenas se tiene por ciencia de gobierno otra que no sea la de la Hacienda, si tal ciencia existe y merece nombre de ciencia, cuando suele ser garantía de que alguien puede saberla y hasta prueba de que alguien la sabe el que ese alguien no sepa absolutamente nada de ninguna otra cosa, ni humana ni divina.

Nadie podrá decir que no sea modelo de *positivismo* y que no esté curtido en la crematística el pueblo que el año que viene continuará la celebración del centenario. Y, con todo, ese pueblo es confiado y está lleno de sublimes esperanzas, que al menos, mientras duran y no se desvanecen, elevan los corazones y apaciblemente los deleitan.

La Exposición y las solemnidades colombinas de Chicago van a adquirir superior realce y encanto, merced a un Congreso o Concilio ecuménico, secular y enciclopédico, para lo cual los señores Bonney, presidente; Brián, vicepresidente, y Butterworth, secretario, convocan y convidan a casi todos los sabios y semisabios de la Tierra. Habrá también Congreso o Concilio de mujeres doctas, que a veces deliberarán aparte, y a veces reunidas con los hombres, ya en promiscuas comisiones bisexuales, ya en Concilio pleno. Seis meses durarán las sesiones, y no quedará ramo del saber que en ellas no se trate y dilucide, a fin de que se

logren, entre otros bienhechores propósitos, la fraternidad de los pueblos, la resolución de los problemas económicos y sociales, la supresión o disminución del pauperismo, de la locura y del crimen; el aumento de la prosperidad y de la virtud, y la sustitución de la guerra por arbitraje venerando que realice la paz perpetua.

Aunque dudemos del buen éxito, ¿cómo negar el aplauso a tan grandiosos planes? Derecho tiene a concebirlos y a proyectarlos, en su fundado engreimiento y juvenil arrogancia, el pueblo generosísimo que derramó con profusión su sangre y sus tesoros para romper las cadenas de millones de esclavos, que merece que se diga de él lo que el vate helénico cantó del hijo de Maya: que nació con la aurora y al mediodía inventó y pulsó la cítara y robó a Júpiter el rayo; que infundió en la materia su espíritu activo e ingenioso, por medio de mil mecanismos sutiles, y que, apoderándose de las cósmicas energías ocultas, inútiles antes para el hombre, las tomó a su servicio y las transformó en luz y en movimiento, y en conductor alado que presta ubicuidad a la escritura, al sonido y al habla.

Confesemos con humildad que España, en su postración de ahora, no debe soñar nada que ni remotamente se asemeje a tales arrestos y bizarrías. Pero la celebración del centenario, ¿ha de ser flor estéril y sin fruto? ¿Ha de reducirse a mero recreo, diversiones y pompas?

Nosotros no lo creemos; antes nos parece que, dentro de la inevitable modestia nacional, el centenario puede y debe dar ocasión a que se reanuden o se afirmen los lazos fraternales entre España y las repúblicas que fueron sus colonias.

A pesar de las discordias y tiranías y del desgobierno que ha habido en ellas, no se quebranta nuestra fe en su dichoso y gran porvenir, y cordialmente lo deseamos y esperamos por orgullo y por amor propio de raza. Corroboran esta creencia y esta esperanza los enérgicos caracteres que han aparecido en el desenvolvimiento de la historia de esas repúblicas; el tino y la prudencia con que han allanado las dificultades nacidas de la diversidad de gentes, ya indígenas, ya de procedencia europea, que habitan en su seno; los inesperados recursos que han desplegado en las situaciones más arduas; el saber, la inspiración, la elocuencia y el arte de no pocos de sus historiadores, o dores y poetas; el amor, el esmero y el acertado aviso con que a veces, hasta los más apasionados enemigos de España, han cultivado, conservado y fomentado el habla, la tradicional cultura y las letras de Castilla, como Bello, ambos Caros, Amunátegui, Cuervo, Juan Montalvo y León Mera; y la heroica persistencia y los bríos con que aquellos ciudadanos han sabido combatir en las guerras civiles, en las de unas repúblicas contra otras y en las que sostuvieron contra la metrópoli al emanciparse de ella.

Depuesto, va todo enojo, ¿cómo no reconocer que Simón Bolívar, por la magnitud de los esfuerzos empleados, no cede la palma a ningún libertador y fundador de naciones? Esperemos que, algún día, por la magnitud de las resultas, se iguale a Jorge Washington.

Nuestras miras en la celebración del centenario deben dirigirse a que esta gran fiesta lo sea de suprema concordia, donde nos honremos y amemos, poniendo, por cima de la discrepancia política de los diversos estados, un sentimiento de familia y una común aspiración que en esfera más amplia nos identifiquen. Todo lo cual puede y debe tener fin práctico inmediato, ya por el desarrollo de nuestro comercio material, que abra de nuevo antiguos mercados, hoy más llenos de gente, y desvele y aguijonee el aletargado genio de la industria española; ya por el trato y convivencia mental, que vengan a hacerse más frecuentes entre España y América, y que, conservando y aun consolidando la unidad de nuestra acción científica y literaria, le den vigor ubérrimo y la hagan más variada por la diversidad de estados, climas y suelos, donde se emplee, y más distinta que hoy de la de otras naciones, y más original también, merced a su indeleble sello castizo y a su marcado carácter propio.

La *Revista Ilustrada,* sin adular la vanidad de nadie, sino declarando y sosteniendo severamente la verdad, procurará contribuir a que tan plausible fin se consiga.

Madrid, 1892.

La Atlántida

- I -

El ignorante, de poco o de nada se admira. Poco o nada despierta su curiosidad. El que sabe algo es quien siente el estímulo de saberlo todo. Y como no es posible que el hombre todo lo sepa, la admiración y la curiosidad persisten siempre y hasta van en aumento a par del progreso y difusión de la cultura.

Cada nuevo objeto que conocemos nos abre extensos horizontes y campos misteriosos donde se nos aparecen mil y mil enigmas, pidiendo a nuestro espíritu que los descifre.

No bien se supo que había un dilatadísimo continente, separado de las costas occidentales de Europa y África por un ancho Océano, y del oriente de Asia por otro Océano más ancho, la esfinge que tiene obsesas las almas pensadoras, el demonio tentador que nos excita a investigar y a discurrir, nos hizo esta pregunta: ¿Cómo se ha poblado América? Muchas respuestas se le han dado, sin que ninguna nos satisfaga y aquiete; pero como bastantes nos deleitan por ingeniosas, no me parece que esté mal exponerlas aquí en resumen.

Sin duda que, si imagináse mos y creyésemos que los hombres habían aparecido en diversos puntos de la Tierra, no sería necesario cavilar sobre cómo fueron peregrinando, a fin de poblarla toda; pero esto, según se dice, no puede aceptarse porque se opone a la fraternidad humana, dogma importantísimo en la religión que sirve de base a la civilización europea.

No me incumbe explicar en este sitio cómo el saber experimental o si se quiere, la opinión de los sabios más ilustres, coincide con el dogmatismo de la Iglesia en afirmar la unidad de origen de nuestro linaje. Lo que sí considero indiscutible es que en las edades pasadas, los pensadores no se detenían tanto como ahora en ver si sus asertos contradecían o no los de la fe. Estaba ésta tan arraigada y tan firme, que nada era bastante a conmoverla.

La imaginación daba por realidad todos sus ensueños, y cuando el ensueño no se apoyaba en la religión para pasar por realidad, rara vez la religión se oponía que pasase por realidad el ensueño. Al contrario: ¿qué es aquello que por inaudito y maravilloso no quepa dentro de la omnipotencia divina y no valga para ensalzarla? Lo posible, pues no tenía límites, y no había cosa que no se aceptase como verdad, candorosamente, para mayor alabanza y gloria del Creador de todo.

Esta predisposición de los espíritus prevaleció en la Edad Media y persistió en la época del Renacimiento, y aun, durante el siglo XVII, casi hasta nuestros días. La exploración de tierras y mares y el testimonio ocular de los viajeros no bastaron a acabar de súbito con los seres prodigiosos. Para darles albergue siempre quedaban inexploradas comarcas, insuperables cordilleras, islas remotas y selvas esquivas. Duró, pues, mucho tiempo la

persuasión, apenas tildada de herética, de que hubo y hay tribus castas y naciones, que no deben proceder de Adán y de Eva, como no se suponga en nuestros primeros padres (y no faltó quien lo supusiese) una virtud generadora pasmosamente multiforme, o en los diversos climas cierto vigor irresistible para transformar la condición natural del hombre primitivo, o en éste rara afición en enlaces híbridos y la capacidad de hacerlos fecundos.

Pocos hombres, aun entre los más estudiosos e ilustrados, llegan hasta el extremo de escepticismo de negar la existencia de los gigantes. Luis Vives habla de un colmillo de San Cristóbal que era tan grueso como su puño; y el padre Fuente de la Peña tuvo en la mano una muela de otro gigante, la cual pesaba siete libras. Pero todo ello era pequeñez comparándolo con la enormidad de otro gigante del tiempo de Moisés, de quien el citado padre nos habla; porque «siendo Moisés -dice- de estatura de diez codos, y teniendo en su mano una pica de otros diez codos, y dando un salto de otros diez codos, sólo alcanzó a herir a dicho gigante en el tobillo, de que se puede rastrear la longitud que tendría». «Y aun considerando corta la ponderación -añade el padre-, apoyado en texto del Abulense, que, años después, cierto cazador perseguía a un ciervo que se entró por la canilla de una pierna de dicho gigante, y, el tal cazador, a caballo, siguió al ciervo y corrió en su alcance seis horas por la canilla.» Verdad es que el padre y el mismo Abulense tienen sus dudas acerca de la exactitud de esto último, aunque no lo juzgan imposible.

Despojada de tamañas exageraciones, la existencia de los gigantes siguió como verdad indudable, demostrada por el testimonio de navegantes y viajeros. El capitán Juan Pérez de Maldonado halló a uno dormido cuyo báculo era como el palo mayor de una gran nave, y logró matarle de dos descargas de la mosquetería de sus soldados, volviéndose a embarcar luego con su tropa, por haber conocido que se hallaba en tierra de gigantes y por temer algún trabajo. Más circunstancias traen aún de los gigantes, llamados patagones: así, micer Antonio Pigafeta, compañero de Magallanes, como el clérigo don Juan de Areizaga, citado por Oviedo, el cual clérigo acompañó a fray García Jofre de Loaysa en su poco feliz expedición. Decía este don Juan de Areizaga que se vieron muy apurados él y sus compatriotas cuando, en muestra de amistad, tuvieron que abrazar a los gigantes, pues, como afirma Oviedo, «no llegaban con las cabezas a..., cuando los abrazaron, y este padre no era pequeño hombre, sino de buena estatura de cuerpo». El comer y el beber de tales gigantes estaba muy en proporción de su talla. De cada bocado se engullían dos libras de carne cruda y se bebían una y aun dos arrobas de agua de un solo trago.

En los pigmeos se siguió creyendo también, y refiriéndose de ellos estupendos casos, Homero hablaba de las guerras exterminadoras que los pigmeos tenían con las grullas; pero las grullas no lograron destruirlos. Aún hay pigmeos, si hemos de creer a Argensola, que los pone en cierta isla que es toda ella una mina de oro; o a Jovio, que los pone más allá del Japón; o al capitán Maldonado, el mismo que mató al gigante, el cual capitán asegura haberlos visto en las cumbres andinas.

Sin duda, hubo entre los pigmeos tribus de hermoso aspecto y de grandes bríos y habilidad para disparar flechas, cuando en Tiro, según cuenta Ezequiel, los tenían para guarnición de las murallas y como complemento de hermosura.

Respecto al tamaño de los pigmeos, se ha disertado con mucha variedad. Para el padre Fuente de la Peña, fundándose en autoridades de Santo Tomás y de Aristóteles, no repugna que los haya de la corpulencia de una abeja y hasta de la de un mosquito; pero la más común afirmación es que tienen un codo de alto, sobre poco más o menos. La vida de los pigmeos es corta y en proporción de la estatura; a los tres o cuatro años es la mujer viripotente, etcétera. Los hombres son buenos jinetes y montan en cabras. En suma: se cuentan de ellos mil

particularidades, que pueden leerse en *El ente dilucidado*, en el *Anthropodemus plutonicus*, de Juan Praetorio[1], y en otras obras curiosas por el estilo.

Cuando el padre Francisco Álvarez, de vuelta de Abisinia, escribió y publicó su *Verdadera información de las tierras del preste Juan de las Indias* que se tradujo del portugués en las principales lenguas de Europa, se desvaneció un poco la ilusión de los pigmeos, ya que el padre, en los mismos lugares en que los pone Aristóteles, no vio hombres sino de forma y tamaño regulares.

De esta suerte, por las relaciones de los viajeros menos ponderativos y más resueltos a desautorizar el refrán que dice *De luengas vías, luengas mentiras,* fueron poco a poco desapareciendo de la mente de los doctos las especies fantásticas de hombres o semihombres, y dejó de creerse en las castas de aquellos que tienen cabeza de perro y, en vez de hablar, ladran; de los que sólo tienen una pierna; de los que sólo tienen un ojo, como los cíclopes y arimaspos; de los que tienen pies de cabra o de caballo; de los que no tienen cabeza y llevan en el pecho boca y ojos; de los que viven sin boca y se alimentan de aires y de aromas, y de otros pueblos monstruosos, de que hablan los citados autores, y de que trae también muy eruditas noticias el *Ensayo sobre los errores populares de los antiguos,* que Leopardi compuso.

El reconocimiento casi completo del planeta, realizado por españoles y portugueses, apenas dejó lugar a las fábulas, o las desterró a algún rincón inhospitable y remoto.

La poesía poco perdió con esto. Tales fábulas eran menos poéticas que grotescas y pueriles. En cambio, bien puede asegurarse que con los descubrimientos que empezó Colón y que terminó casi Elcano se disiparon las tinieblas, se iluminó y abrió el mundo a nuestra vista y se apercibió todo para que se lograse la certidumbre de la unidad del linaje humano y viniesen a ser factibles la convivencia y trato de las naciones todas y la solidaridad y fraternidad de ellas.

La hazaña que vertió tan clara luz en los entendimientos es por muchos historiadores más celebrada que la de Colón y merecería serlo si no se reflexionase que, si bien la magnífica cúpula de un soberbio edificio resplandece más que lo restante de él, todavía, sin echar sólidos cimientos, jamás la cúpula se levanta en el aire.

Como quiera que sea, la gloria de la hazaña de Magallanes es inmensa, así por el esfuerzo hecho para llevarla a cabo como por la trascendencia que tuvo. Uno de los autores que más ferozmente odian a España es, tal vez, el que con mayor elocuencia y entusiasmo, entre los modernos, celebran empresa tan grande[2]. «En toda la historia -dice- de las empresas de los hombres, nada hay que exceda y tal vez nada hay que se pueda igualar a este viaje de Magallanes. Comparado con él, el de Colón se oscurece. Es muestra y alarde de valor sobrehumano, de sobrehumana perseverancia y de tenacidad que no ceja ni se aparta de su propósito por ningún motivo ni padecimiento, sino que inflexiblemente persiste hasta su fin.» Magallanes tuvo, sin duda, la voluntad de hierro, y más duras que el pedernal las entrañas. Su heroísmo hubo de ser cruel: necesitó entrar al abordaje en los bajeles sublevados y matar a puñaladas a los rebeldes; se extremó en descuartizarlos y en colgar sus miembros de las entenas, y los llevó a ver a sus compañeros morir de escorbuto, de sed y de hambre; a alimentarse y a alimentarlos de cueros cocidos en agua del mar y de otras sustancias malsanas; a pasar tres meses y veinte días en el Pacífico, sin ver más que mar y cielo; a navegar doce mil millas por este, al parecer, interminable océano, y a perseverar en la certidumbre, e infundirla en el ánimo de su gente, de que no iban por una liquida llanura sin fin, sino de que llegarían al extremo oriental de Asia porque la Tierra es redonda, según él había visto su sombra proyectada en la luna.

Así logró Magallanes su propósito, dando por ello la vida. «El cambio -añade Draper- fue, no obstante, envidiable. Doblemente inmortal y tres veces dichoso, Magallanes puso cima al hecho más grande en la historia de la raza humana, e inscribió su nombre con signos indelebles en la tierra y en el cielo, en el estrecho que une los dos océanos y en las nubes de mundos que en la bóveda estrellada del hemisferio austral se columbran.»

Pero todavía es más bella y encarecida alabanza del mismo suceso, porque la realza el sencillo candor del estilo, la que hace contemporáneo del héroe portugués, la que hace Oviedo, que conoció y trató a Elcano. Hablando de la nao *Victoria,* dice: «Fué el camino que esta nao hizo el mayor y más nueva cosa que desde que Dios crió al primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto, y no se ha oído ni escripto cosa más de notar en todas las navegaciones, después de aquella del patriarca Noé; ni aquella nao o arca, en que él e su mujer e hijos e nueras se salvaron del universal diluvio, navegó tanto como ésta, ni fué para este efeto, sino para restaurar la generación humana por la misericordia divina[3]».

Así se supo, en suma, con plena certidumbre que en toda la extensión de América había hombres como nosotros, los cuales no podían menos de proceder de Noé y de sus hijos; pero ¿cómo llegaron allí?

Apenas hay escritor de cosas americanas que no se ponga esta cuestión y que no procure resolverla.

La resolución más fácil, adoptada por muchos fue la de suponer, o bien que, consintiéndolo Dios, los demonios habían llevado por los aires a algunos pecadores a aquellas soledades agrestes, donde olvidaron la primitiva revelación y se entregaron a mil idolatrías, abominaciones y torpezas, o bien que fueron ángeles los que llevaron volando a los primeros pobladores del Nuevo Mundo, como llevaron al profeta Habacuc desde Palestina a Babilonia.

Pronto, no obstante, fue desechada toda explicación por medio de milagros, pues, como dice bien el padre José de Acosta, no se pregunta lo que Dios pudo hacer, sino cómo se puede entender que lo hizo, según el orden y razón natural de las cosas. Por dicha todas las explicaciones racionales que se han dado y se dan de cómo se pobló el Nuevo Mundo ni se perjudican ni se contradicen, ya que el Nuevo Mundo es tan extenso que caben en él con holgura cuantos emigrantes, europeos o asiáticos, pudieron ir allí en diversas épocas.

Nada se opone a que sostengamos que los fenicios y los cartagineses fueron a América y fundaron allí colonias. Algo más duro de creer es que las flotas de Salomón y de Hirán llegasen hasta el Perú, que equivale a Ofir, empleando tres años en este viaje. Pero, en cambio, es más verosímil que en algunos libros chinos se hallen pruebas de pasadas comunicaciones entre América y Asia. En fin: parece evidente que varios pueblos y tribus de este Viejo Mundo invadieron no pocas veces y por diversas partes, allá en remota antigüedad, ese otro Mundo que llamamos Nuevo, el cual no quedó completamente aislado tampoco después de la Era cristiana.

De la llegada de europeos a América antes de Colón se refieren bastantes historias, legendarias unas y otras dignas de crédito.

Solórzano trae ya notable copia de ellas en su eruditísimo libro *Política indiana*[4], pero las desecha todas como fabulosas. Para él hasta donde la piedad católica le consentía decirlo, son patrañas todas las predicaciones de nuestra religión en América antes que fuesen allí los castellanos, y es confusa o nula toda noticia en Europa de que existiera aquel continente.

En apoyo de su idea, cita un epigrama de Juan Owen, que dice:

Nil ait esse novum Salomon sub sole: Colombus
in veteri mundum repperit orbe novum.

Y bien pudo añadir estos otros versos del mismo autor, más afirmativos y entusiastas aún:

Cedere diluvium, camposque parere liquentes,
nuncia de caelo prima columba venit;
aequora sic ultra nostris incognita, primus
nunciat inmensos esse Columbus agros.

Después se ha estudiado y aclarado más este punto, y, sin menoscabo de la gloria de Colón, ha venido a probarse y a divulgarse que, antes de Colón y con posterioridad a la Era cristiana, aunque sin lúcida inteligencia de ello y sin muy provechosas consecuencias civilizadoras, la América había sido visitada por europeos.

No es de este lugar referir con detenimiento las navegaciones de irlandeses, normandos e islandeses a América desde antes del siglo X hasta mediados del siglo XIV. Alejandro Humboldt, en el *Cosmos*, refiere cuanto hay que saber de importante sobre el particular y a su obra me remito. Baste indicar aquí que en el año de 1824, en una isla cerca de Upernavick, colonia danesa en la costa occidental de Groenlandia, bahía de Baffin, se hallaron tres columnas con inscripciones que prueban que en 1135 los normandos habían llegado a aquel punto. Hay, además, certidumbre de que avanzaron mucho más hacia el Sur en sus excursiones, recorriendo las costas de los que hoy son estados de Massachusetts, Rhode-Island y Connecticut, y visitando los lugares en que ahora están Boston y Nueva York, casi a la misma latitud que Madrid.

El primer obispo de Groenlandia, Eric Upsi, envió misioneros a aquellas regiones, que sus compatriotas llamaron *Vinland it goda* (la buena tierra del vino).

Asimismo parece verdad si bien con menos irrefragables pruebas, que los irlandeses habían estado en América antes de los escandinavos, y que fundaron colonias en las costas de Virginia, ambas Carolinas, Georgia y la Florida, a todo lo cual llamaron Gran Irlanda, si bien de nada de ello apenas quedó más tarde rastro.

Muy atinada es la observación de Alejandro Humboldt acerca del espíritu de proselitismo de las religiones cristiana y budista, el cual fue estímulo poderoso, en los primeros siglos de la Edad Media, para que los hombres, desde el Asia Oriental y desde el occidente de Europa, emprendiesen largas peregrinaciones, a fin de hacer la propaganda de sus doctrinas religiosas, de las cuales dependían, según la fe de ellos, la salvación y la dicha del linaje humano.

Grecia y Roma, gentílicas, carecieron de caridad, aunque tuvieron filantropía, y carecieron, sobre todo, de fe en la bienhechora enseñanza de importantes verdades reveladas, por donde no sintieron la fuerza del precepto *ite et docete omnes gentes.*

No es de extrañar, pues, que llegasen a las costas occidentales de América misioneros budistas, ni que monjes irlandeses visitasen antes que Leif, hijo de Eric el *Rojo,* las playas orientales del Nuevo Mundo, después de haber aportado y reconocido ya, desde el siglo VIII, las islas Feroë y la Islandia misma.

Lo que sí es de extrañar es que Colón no tuviese conocimiento de estos antiguos viajes a América por el Norte, ya que, según él contaba, había estado en Islandia cuando navegaba con su pariente Colombo el *Mozo;* pero yo creo que en esta parte de la vida del gran descubridor, nada quiso celar ni disimular don Fernando, su hijo. Y, además, si Colón hubiese sabido de cierto que ya se habían hallado tierras hacia el Norte, hacia el Norte hubiera dirigido sus carabelas, y no con rumbo al Sudoeste, buscando el camino del Catay.

Don Fernando Colón, repito, no encubrió ni disimuló nada. Y aquí, aunque sea muy de paso, quiero hablar de un artículo que un señor Laurence ha publicado en el *Harper's Magazine* de este mes de abril, titulado *El misterio de Colón.* Sobre lo cual, lo primero que hay que decir es que jamás hubo semejante misterio.

Conforme a las ideas del siglo en que vivía, Colón, lejos de avergonzarse, debió de hacer gala de haber navegado bajo las órdenes de su pariente Colombo el *Mozo,* de quien dice don Fernando, en son de elogio, «que era tal su fama que espantaban con su nombre hasta a los niños en la cuna». Y no es esto peregrino encarecimiento, ya que en el día de hoy, después de tres siglos, o más, en Andalucía asustan a los niños con el Drake.

En suma: Colón no pudo encubrir nunca lo que aparenta revelar el señor Laurence, y más bien don Fernando se jactaba de ello para hacer ver la falsedad injuriosa de un cierto Agustín Justiniano, quien había escrito en una crónica que su padre era de oscura familia, y contra quien quería demostrar que su padre no había gastado el tiempo «en cosas manuales ni en artes mecánicas, incompatibles con la grandeza y perpetuidad de sus hechos gloriosos», ni había sido el primer almirante de su apellido, ya que los hubo antes muy temidos e ilustres.

Entonces, y aun hasta dos siglos después, era causa de ilustración y de gloria el corso. En el Atlántico se organizaba con perfecto conocimiento y a veces bajo la protección de naciones cultas, en plena paz. Francia lanzaba flotas para saquear las colonias portuguesas y españolas; Liverpool las equipaba para asolar las costas del Brasil y Holanda enviaba sus corsarios por todos los mares.

«Justo es reconocer, por tanto -dice el señor Oliveira Martins-, que el comercio franco, llamémosle así, no se consideraba ofensa formal a los deberes internacionales de las potencias amigas. Y, por otro lado, este comercio franco o casi piratería, de acuerdo con la violencia de las costumbres, hacía que el robo marítimo se equiparase con la navegación mercantil, y que todo armador pirata gozase de excelente reputación en su patria cuando salía airoso y rico de sus empresas».

Por lo demás, el señor Laurence, que pinta a Colón con muy negros colores, acusándole de cruel y de codicioso, todavía le tiene por mejor que a sus más ilustres contemporáneos, contra los cuales fulmina mil anatemas. A los españoles y a sus reyes don Fernando y doña Isabel procura tiznarlos horriblemente con su pluma. Y como, en cambio, defiende a los indios, y, apoyándose en escritos de los cubanos Armas y Montalvo, vuelve por la buena fama e inocencia de los caribes, resulta que fueron Colón y los españoles a América, como la

serpiente al Paraíso, no a convertir a los indios, sino a pervertirlos y estragarlos, todo lo cual se cita aquí por curiosidad, aunque por lo exagerado o sin fundamento no merezca refutación alguna.

Para ajar más los laureles de Colón y de los españoles, refiere el señor Laurence varios viajes a América, de que Colón hubo de tener noticias. Pero no hay razón, no hay indicio que calle don Fernando en la historia de su padre, de cuantos a tan audaz empresa le movieron. Nada amengua su gloria. No pocos marinos antes que él, o por acaso, o impelidos por las olas, sin cálculo y sin intento, pudieron llegar a las Indias occidentales, y aun volver de ellas; pero ¿cómo comparar nada de esto con la profunda convicción y con el resuelto y constante propósito del gran genovés, tan dichosa y plenamente logrado luego con auxilio de los españoles?

De la ocasión en que vino Colón a esta Península habla también el señor Laurence; pero no es más claro que el hijo del héroe. Colón navegaba con su pariente cuando, cerca de la costa de Portugal, al sur de Lisboa, las naves en que iba cayeron sobre cuatro gruesas galeras venecianas, bien armadas y cargadas de riquezas. El combate fue tremendo. Las naves se aferraron, y los hombres «andaban de un bajel en otro, hiriéndose y matándose con odio y coraje, y no sólo con las armas, sino con alcancías y otros fuegos; de manera que, habiendo peleado desde por la mañana hasta por la tarde, muerta y herida mucha gente de ambos lados, se pegó fuego a la nave del Almirante y a una gruesa galera veneciana, atada a ella con ganchos y cadenas de hierro». Colón, que era brioso nadador, no tuvo más recurso que arrojarse al mar para salvarse del incendio. Dios, que, como dijo don Fernando, para mayores cosas le guardaba, le hizo llegar a la costa.

Este es, acaso, el más importante momento de la vida de Colón. Narrándolo, empieza mosén Jacinto Verdaguer su hermoso poema *La Atlántida;* tal vez, si prescindimos del poema de Araújo Porto Alegre, lo mejor que, en mi sentir, se ha escrito en verso en alabanza del descubrimiento de América.

En aquel momento puede decirse que terminó la vida profana del aventurero y se convirtió Colón en hombre inspirado, revelador de un Nuevo Mundo.

Apenas descubierto éste, surgieron las hipótesis para explicar el origen y procedencia de los hombres que lo habitaban.

Una de las hipótesis más antiguas es la de Alejo Venegas, quien, fundado en textos de Aristóteles, dice que «ciertos mercaderes cartagineses navegaron desde las Columnas de Hércules, y al cabo de muchos días de navegación hallaron una isla..., en la cual no había moradores, aunque era abundante de todas las cosas que a la vida humana son necesarias, allende de muy grandes ríos navegables...» En Cartago entraron en ayuntamiento cuando esto se supo y, «pensando que si la fama de la riqueza de aquella isla venía en noticia de las extrañas naciones, con la codicia irían ella la harían propugnáculo y defensa en que se retruxesen para enseñorearse de todos, mandaron que cualquiera que fuese osado de navegar para aquella isla luego muriese, y que a los que habían quedado allá si los pudiesen haber, los matasen». En el hallazgo de esta isla, el maestro Venegas, barruntando por firmes señales ser la Española, se fundó para sostener que por allí fueron pobladas las otras islas del golfo de Méjico y la Tierra Firme toda. Siguen esta opinión Mariana, Torquemada, Calancha y otros.

Algunos imaginaron que los fenicios habían sido los primeros pobladores de América, así porque fueron hábiles y atrevidos navegantes como por su costumbre de sacrificar hombres y muchachos a sus dioses, lo cual observaban también los indios. A esto se puso el reparo de que los indios no usaban letras, y los fenicios, sí; pero, entre muchas réplicas que se podían

dar, estaba la de que tal vez los fenicios que vinieron a América, por ser gente de poco fuste, no habían aprendido a leer, y menos aún la escritura.

La opinión de que los chinos fueron los pobladores de América ha sido también sostenida por autores graves y autorizada por el padre Lucena, en su bellísima *Historia de San Francisco Xavier.*

En suma: las opiniones sobre las primitivas colonizaciones de América han sido muy variadas, aunque conciliables, y sostenidas todas por autores de crédito, como más por extenso puede verse en el *Origen de los indios,* del padre fray Gregorio García, y en otro libro, casi con igual título, que acaba de reimprimirse, del doctor Diego Andrés Rocha.

El parecer favorito de este doctor, y por él más ampliamente sustentado, es harto pasmoso. Diez tribus enteras, de las doce de que constaba el pueblo de Israel, pasaron el Eúfrates, huyeron de la cautividad de los asirios, atravesaron toda Asia y poblaron América. En la peregrinación emplearon más de cien años, casi triple tiempo del que habían empleado sus padres en ir desde Egipto a Palestina.

El demonio quiso y pudo, en esta ocasión, ser arrendajo del Altísimo, y con burda grosería imitó para aquellos emigrantes no pocos de los prodigios que obró el Señor con su pueblo cuando Moisés lo guiaba. Así consiguió el demonio que olvidasen los israelitas la ley verdadera y se trocasen en indios idólatras. Pero el doctor Rocha tiene buen cuidado de excitarnos a que no los odiemos por descender de judíos, ya que les sucedió como a los de Toledo, que se fueron pronto de su tierra y no tuvieron parte en la muerte de Cristo. A una dificultad que se le ocurre halla en seguida respuesta. «Los indios -dice- descienden de los tártaros. ¿Cómo, pues, han de descender de los judíos?» Y contesta y prueba con mil argumentos sutiles, que los tártaros son también en su origen judíos.

Pero la opinión que estuvo más de moda en España, en los siglos XVI y XVII, fue la de que los indios de América eran en su origen españoles, que ya habían descubierto y colonizado otra vez aquel continente, más de mil años antes de Cristo, desde Cádiz fenicia, o mejor mucho antes, mandados allá por primitivos reyes de España, como Hespero, y como tal vez el mismo Túbal.

Así se justificaba, con más fuerza que de ninguna otra suerte, el dominio de España sobre los indios, quienes venían a ser como ovejas descarriadas que importaba reducir al aprisco, o como propiedad perdida que su dueño halla y recobra, o como antiguos vasallos del rey, que se habían extraviado, que reaparecían, y que, por reversión, *jure postliminii,* se ponían de nuevo bajo su cetro y custodia.

Me parece que entre los dieciséis o dieciocho títulos legítimos, por cuya virtud *barbari potuerint venire in ditionem hispanorum,* el padre Francisco Vitoria, egregio fundador del derecho de gentes, no cuenta esto de ser españoles ellos; pero otros teólogos y jurisconsultos lo cuentan. La verdad es que el asunto se ventiló y dilucidó en Roma, ante el mismo Padre Santo, por los años de 1659. Fue el caso sobre cierta bula, que otorgaba a los españoles varios privilegios, de los cuales los indios pretendían gozar también, ya que eran españoles desde poco después del Diluvio, cuando Túbal o Hespero los envió a fundar colonias, a las que dieron nombre de Hespérides, que son Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, según Oviedo, el padre Maluenda y otros.

En el litigio, el fiscal se atrevió a dudar de que los españoles hubieran ido a América tan temprano; y la objeción mayor que hizo fue la de que no les pudo ser cómodo ni fácil llevar a bordo en tan larga navegación, no sólo animales mansos y domésticos, sino también fieras,

como leones, tigres y osos. Es de presumir que se contestó a este escrúpulo afirmando que los animales fueron o pudieron ir al Nuevo Mundo por otro lado y no con los españoles primitivos. Como quiera que ello sea, al Sumo Pontífice hubieron de hacerle fuerza los argumentos y súplicas del doctor Valladolid, tesorero de la Santa Iglesia de Lima, y es probable que se diese a entender que los indios eran españoles de origen ya que, aprobándolo la Santa Congregación de Ritos, se concedieron a la gente de las Indias los mismos privilegios que a la de España.

El doctor Rocha, que reparte entre las diez tribus cautivas y desterradas por Salmanasar y los antiguos vasallos de Hespero la gloria de haber colonizado a América, se apoya en doscientos fundamentos que para excusar lo prolijo no se aducen aquí.

Sólo me toca citar uno de los doscientos, el cual, aceptado, triunfa de todas las objeciones: la existencia de la Atlántida. Si fue isla, se extendía desde cerca del estrecho de Gibraltar hasta corta distancia de las Antillas, que se unían por el Yucatán al continente americano; pero muchos quieren que la Atlántida estuviese también unida a Europa y África, cerrando el Mediterráneo y convirtiéndolo en un gran lago. Así se explica con facilidad cómo los vasallos del rey Hespero pudieron haber ido a pie enjuto hasta el mundo que Colón descubrió más tarde. La Atlántida, hundiéndose en el mar, con espantoso estrago, apartó aquel mundo de Europa por un piélago lleno de terrores, sirtes y bajíos. El terreno se desmoronó entre las olas y convirtió el agua en espeso fango. Los antiguos altozanos, alcores y cerros quedaron casi a flor de agua y produjeron enorme cantidad de sargazo y de otras plantas marinas, las cuales formaron inextricable laberinto, amenazando enredar como en tupidísima red cuantos atrevidos bajeles por allí se aventurasen. Y el Teide, alzando aún la cabeza cerca de cuatro mil metros sobre el sepulcro del sumergido continente, lo iluminó, cual rojiza y fúnebre antorcha, con el fuego de sus erupciones.

El transcurso de los siglos casi borró tan ingente catástrofe de la memoria de los europeos. Cuanto de la Atlántida refiere Platón vino a tenerse por fábula.

Después que América se descubrió, volvió lo de la Atlántida a parecer verdad, y cien autores, como Oviedo, Fernando Colón, Maluenda y Justo Lipsio, pusieron la Atlántida a modo de puente para que, desde Europa y desde África, pasasen los hombres a poblar América, allá en las primeras edades.

Ya en el siglo XVIII, o por no sujetarse tanto los escritores al sentido literal de la Biblia, o por desdeñarlo, o por haberlo estudiado y penetrado más en la Prehistoria, la Atlántida, en concepto de muchos, dejó de ser puente y vino a ser como vivero o almáciga, desde donde emigraron los hombres a poblar, colonizar y civilizar, unos yendo hacia el Occidente: América; otros, viniendo hacia el Oriente: África y Europa.

Mucho contribuyeron a que esta opinión se afirmase y extendiese las ideas y un escrito del ilustre astrónomo y literato Bailly, sosteniendo la existencia de un pueblo primitivo, de civilización refinada, que la difundió por nuestro hemisferio, desde Occidente a Oriente, siglos antes que empezara el movimiento contrario de la cultura, desde Oriente hacia Ocaso.

Inspirados, sin duda, por el libro de Bailly, que se publicó en 1777, imaginaron algunos que los atlantes, o dígase los naturales de la Atlántida, fueron ese pueblo conquistador y civilizador, y que luego que se hundió en el mar el asiento de su imperio y el foco de su luz, civilizadora, lo más sustancial de cuanto habían enseñado quedó en los colegios sacerdotales y en el seno de los misterios, donde sólo los iniciados podían llegar a aprenderlo, naciendo así las ciencias ocultas y hieráticas. Eusebio Salverte publicó en 1829 un libro curiosísimo, altamente encomiado por Littré y Arago, defendiendo esta tesis.

Poco a poco, no obstante, hubieron de achicarse, en el concepto general, la altura y la extensión del saber atlántico primitivo. Entonces persistió, y desde entonces persiste, la creencia de que, antes de las más antiguas emigraciones de los arios en Europa, cuando estábamos por acá en la Edad de Piedra, los atlantes invadieron estas regiones y nos trajeron el bronce y otros inventos.

Sobre los atlantes se ha escrito mucho y muy ameno, lo cual me induce a dar aquí de ello una somera noticia, aunque sea menester escribir dos artículos más. Válgame para disculpa que el caso es entretenido, si no está muy bien demostrado. Y válgame también que esto de la Atlántida ha servido de máquina y de materia épica a mosén Jacinto Verdaguer, quien, recogiendo con amor las leyendas simbólicas y tradiciones míticas de la antigua España, y engarzándolas como perlas en áureo collar, ha compuesto, según ya dije, tal vez el más bello poema que sobre Colón se conoce.

En la grandiosa sencillez del vate catalán, si no hay semejanza con la *Ilíada*, la hay con los himnos sacros, atribuidos a Homero; con los poemas de Hesíodo y con el recuerdo feliz de sucesos legendarios que evoca Píndaro para ensalzar a sus héroes.

Colón, después del combate y del incendio de su nave y de la galera veneciana, es acogido y albergado por un sapientísimo, misterioso y santo anciano, que vive en la soledad, consagrado al servicio de Dios y al culto de la Virgen María, cuya imagen resplandece en una capilla, al lado de la vivienda del anacoreta, colocada en alto escollo.

Las maravillosas historias sobre la Atlántida, que el anacoreta refiere a Colón, forman el rico tejido del poema. Colón, entusiasmado, resuelve ir a buscar, y busca y halla, en efecto, aquella parte del mundo que, al hundirse la Atlántida, quedó apartada de nosotros.

Yo espero que, por malo que sea el comentario en prosa que sobre esto me propongo hacer, siempre habrá de prestarle el poema de Verdaguer algún hechizo y alguna poesía de la mucha que atesora y ostenta.

- II -

En los tres o cuatro siglos que median hasta hoy desde el descubrimiento y la conquista de la mayor parte del Nuevo Mundo, la civilización europea ha progresado de un modo pasmoso, y no sólo en ciencias experimentales de las que mejoran la material condición y proporcionan más goces y comodidades, sino en filantropía y en respeto a la dignidad, a la libertad, a la vida y a la honra de los hombres, nuestros semejantes.

La fecunda semilla de este progreso bienhechor estaba ya sembrada y empezaba a brotar en el seno de la civilización que llevamos a América; pero distaba mucho de haber florecido y más distaba de dar sazonado fruto.

La intolerancia religiosa, que rayaba en veces en crueldad, existía aún con todo su brío. Las elegancias artísticas y literarias del Renacimiento, tal vez la hubieran mitigado en el mediodía de Europa; pero, por espíritu de contradicción, hubo dos circunstancias que reavivaron el fanatismo: el creciente poder de los turcos, nuevo pueblo muslímico que amenazaba subyugar a Europa, y la rebeldía de las naciones del Norte contra Roma, rebeldía que pugnaba por romper los lazos y destruir el principio de unidad que había informado la civilización grecolatina durante mil años, y la había salvado de la más honda barbarie.

El Renacimiento mismo concurrió por lo pronto a pervertir la moral. Sin duda, suavizó la aspereza de las costumbres, dio nuevo ser a las artes y a las letras, e hizo concebir el propósito, en los reyes y demás poderes públicos, de sujetar a los nobles turbulentos y a los privilegiados burgueses, para unificar la legislación, para enlazar e identificar las diversas comarcas y gentes que componían los estados, y para hacer surgir de esta amalgama las modernas nacionalidades; pero las letras y la filosofía gentílicas trajeron consigo, a par de esto, el desprecio de creencias que habían sido freno en la Edad Media a no pocas tiranías, y la burla de instituciones caballerescas, y el derrumbamiento de ideales altísimos, que, si bien carecían de finalidad y tenían mucho de sofístico, hermoseaban y elevaban los espíritus y los corazones. Por otra parte, la divulgada historia de conquistas y dominaciones, logradas por griegos y romanos y por otros grandes pueblos antiguos, así como el cuento de las poco piadosas hazañas de sus héroes, ofrecían peligrosos estímulos y ejemplos y despojaban a las almas de la caridad cristiana y de la evangélica mansedumbre, persuadiendo a la gente menuda de que todo medio era bueno para elevarse, medrar y sacudir cualquier yugo, y a los príncipes, de que, no ya lícito, sino laudable, era cuanto hiciesen para conservar el poder, adquirirlo o acrecentarlo. No era alevosía, sino habilidad y prudencia, el saber disimular para dar un golpe sobre seguro; perdonar las injurias no era bondadosa resignación, sino cobardía pusilánime, y vengarse bien y como quiera que fuese no era crueldad, sino grandeza.

A pesar de todas estas sombras y manchas que había entonces en nuestra civilización, salida apenas del caos de los siglos medios, fermentaban en ella con imperecedera virtud tales gérmenes de progreso, que bien pudo decirse, si hablaba un creyente, atribuyéndolo al principio sobrenatural que él entendía que la había creado, y si hablaba un racionalista, aplicándolo a otros hondos cimientos, aunque meramente humanos, que esta civilización, que dura ya cerca de tres mil años, está fundada sobre base indestructible; que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno, y que el espíritu soberano de verdad y de bondad que la ilumina y glorifica, permanecerá en ella, sin abandonarla nunca, hasta la consumación de los siglos.

Éste fue el magnífico presente que llevaron a América los españoles. Entre aquellos a quienes cupo la gloria de llevarlo, si bien hubo no pocos misioneros santos, llenos de caridad y de fe, los más fueron hombres audaces, de extraordinario denuedo, sufridos en las fatigas, astutos y nada escrupulosos.

A algunos los movió el ansia de correr aventuras, de ver mundo, de satisfacer la curiosidad, ya poética, ya científica, peregrinando por tierras y mares inexplorados y contemplando en el suelo extrañas castas de gentes, animales y plantas, y en el cielo, otras estrellas; pero los más iban y no podían menos de ir impulsados por pasiones no tan generosas y más violentas entonces que en el día: por la sed de dominio, por la codicia de oro y joyas y aun por el afán de señalarse y cobrar fama, levantándose entre los demás hombres, para todo lo cual no se reparaba en los medios.

De aquí los feos lunares que deslucen y denigran las brillantes páginas de nuestras conquistas en América. No he de ser yo quien los encubra o disimule. Lo que sostengo es que ningún otro pueblo, a fines del siglo XV y durante el siglo XVI, hubiera sido más que nosotros blando y humano con los indios. La historia de nuestro linaje no se parece a un idilio apacible, sino a la más feroz novela *naturalista.* Pero, aun así, aun confesándonos reos de muchas de las culpas que nos echan en cara, ¿cómo no reconocer que por odio o por falso sentimentalismo se han exagerado dichas culpas hasta el extremo más absurdo?

Asimismo, o por amor propio de casta, o por espíritu estrecho y mezquino de secta anticatólica, se ha tratado de menguar el beneficio que hicimos a América difundiendo en su

seno la civilización europea. Hasta se ha llegado a suponer que era superior a la nuestra la civilización indígena americana, que los españoles, según dicen, destruimos.

La verdad es que la misma facilidad con que fue destruida esa civilización, llamémosla así, prueba, no diré su corto valer, sino su anterior decadencia. Si hubo época en que floreció y valió más, esa época había pasado, y cuando llegaron a América los españoles había sobrevenido una corrupción espantosa.

No se explica de otra suerte la conquista de grandes Imperios por un puñado de hombres. A pesar de las armas de fuego y de hierro, a pesar de los caballos; y a pesar del pasmo que todo esto causaba en los indios, que tal vez tomaban a los españoles por seres sobrenaturales, no se comprende, por ejemplo, el triunfo de Hernán Cortés si no se presupone la tiranía insufrible, el yugo sangriento que los aztecas hacían pesar sobre todas las gentes y tribus del Anahuac. Los españoles triunfaron porque, en cierto modo, fueron considerados como libertadores; porque al lado de ellos combatían los que se rebelaban contra los tiranos.

Sin duda que los españoles de entonces llevaban perros para cazar indios como quien caza fieras, acostumbrados a la dureza de las leyes y de los procedimientos penables, general aún en el antiguo Mundo, aplicaban el tormento y tal vez condenaban a bárbaros suplicios; y, excitados por la codicia, solían sujetar a los indios a rudos y forzados trabajos; pero todo ello parece poco si se compara con el horror del Yucatán y del Imperio de los aztecas, las más civilizadas naciones de América cuando el descubrimiento y la conquista.

El horror de los sacrificios humanos había llegado a su colmo. No hay dios, en la Historia, que haya pedido tanta sangre humana a sus adoradores ni que haya sido tan regalado con ella como Huitzilopochtli. Con hacinados cráneos se levantaban torres que adornaban los teocalis; y otros cráneos, ensartados por las sienes, formaban guirnaldas, y se contaban por miles.

Cinco años antes que los europeos aportasen al Nuevo Mundo, en 1487, había habido en Méjico la más asombrosa fiesta de que se conserva memoria.

Fue la dedicación del templo mayor en Tenoxtitlan. Se cuenta que las víctimas llegaron a setenta y dos mil trescientas cuarenta y cuatro. La sangre corría por las escaleras del teocali a manera de agua cuando llueve recio. La matanza duró cuatro días, así en el templo mayor como en los demás adoratorios. El emperador o *tlacatecuthtli*, que era entonces Ahuitzotl, el *cihuacoatl*, los señores principales y los sacerdotes hacían simultánea o sucesivamente los sacrificios. Cuatro ministros de la horrenda deidad, teñidas de negro las caras y las manos de rojo, se apoderaban de cada una de las víctimas, conforme iban subiendo a la plataforma. Al punto la extendían boca arriba sobre la piedra convexa, y Ahuitzotl le abría el pecho con el cuchillo de pedernal, le arrancaba el corazón y lo ofrecía. Cuando Ahuitzotl se cansaba, le reemplazaban otros señores o sacerdotes. La sangre y la carne muerta se corrompieron y llenaron la ciudad de hedor abominable. A lo que parece, la gente sólo comía de esta carne las piernas y los brazos. Lo demás se quemaba o servía para alimentar las fieras que había en los palacios reales.

El señor Roa Bárcena dice: «Los que, llevados del espíritu de raza o de partido, afectan considerar la civilización de estas comarcas superior a la de los pueblos cristianos de aquel tiempo, y califican de extrema calamidad la conquista española fundadora de la sociedad a que pertenecemos, atrójanse al hallar en la Historia la consignación del antropofagismo a que se entregaban los aztecas, regalando sus paladares con algunas partes de los cuerpos de las víctimas, y mortifícanse ante los detalles de las fiestas sangrientas de Ahuitzotl. No pudiendo contradecir la aserción unánime de los historiadores, tratan de disminuir en unos cuantos

miles el número de las víctimas, como si esto destruyera lo que tal matanza tiene en sí de horrible».

En el reinado de Moctezuma II, que ocupaba el trono cuando llegaron los españoles, no disminuyeron los sacrificios humanos. Se hacía la guerra con el fin de reunir prisioneros que sacrificar. En la coronación de Moctezuma, las fiestas fueron espléndidas y los sacrificios muchos. En 1506 tuvo lugar la fiesta de la renovación del fuego. En esta fiesta se sacrificaron también innumerables víctimas. Sólo de prisioneros hechos en una guerra por un hermano de Moctezuma hubo tres mil inmolados. Y, por último, en 1512, después de grandes expediciones militares contra los mixtecas, los yopitzincas y otras tribus, destinando los prisioneros a ser sacrificados, hubo otra fiesta para consagrar una nueva piedra de sacrificios, sobre la cual dicen que se arrancaron los corazones a doce mil doscientas personas.

Se asegura que los aztecas fueron los que difundieron por otras regiones esta afición a los sacrificios humanos, con variadas ceremonias y prácticas, a menudo más salvajes aún, como las del mes llamado *Tlacaxipehualiztli* o *desollamiento de hombres*, las cuales, según el nombre indica, consistían en desollar a las víctimas y en cubrirse los desnudos sacerdotes con las pieles sangrientas y danzar pública y solemnemente así vestidos. El corazón de la víctima se solía poner en un plato con bolas huecas a modo de cascabeles, que sonaban al movimiento de la danza. De estos platos se conservan bastantes en los museos.

En el Yucatán, en el pueblo más civilizado del Nuevo Mundo, cayeron los hombres en los mismos extravíos antropofágicos que en Méjico. «De aquí -dice don Crescencio Carrillo, obispo de Mérida- provinieron vil abyección, esclavitud humillante y completa desmoralización en todos los sentidos. La lascivia competía con la crueldad, desarrollando en las almas las más nefandas inclinaciones. Los mayas se entregaron a desenfrenada licencia en la última época del período pagano. Aquel pueblo habría desaparecido del catálogo de los pueblos si no llegan oportunamente el descubrimiento y la conquista española a redimirlo».

Como se ve, no es muy de lamentar que las civilizaciones azteca y yucateca fuesen destruidas. Tal vez, en cambio, pueda lamentarse la violencia y cruel caída de la civilización peruana, que los incas fundaron. A pesar del despotismo y del endiosamiento del monarca, el cual, con sus plumas de *coraquenque* y su *llautu* o diadema imperial, era adorado como un ídolo, hablando una lengua que el vulgo no comprendía, y llevado en andas por sus grandes vasallos, condenados a muerte, si tropezaban, en aquella naciente civilización había algo de patriarcal y de filantrópico. La guerra se hacía para difundir la cultura, la paz y el orden; la conquista de los pueblos se procuraba con la persuasión, antes de acudir a las armas; y en el original comunismo de las instituciones sociales resplandecía la más tierna solicitud hacia los menesterosos, enfermos y ancianos.

No es dable formar muy alto concepto de la ciencia de los amautas ni de la poesía de los aravicos; pero los sacrificios humanos eran muy raros en el Perú, y era laudable el celo bondadoso que los incas mostraban al reducir a los demás pueblos a sus leyes y al orden de su vida. Así Tupac Inca Yupanki, salvando el desierto de Atacama y penetrando en Chile, y así Huayna Capac apoderándose de Quito.

Todavía, a la llegada de los españoles, había en América algún otro asomo de civilización. Tal era la de los chibchas, habitantes de la meseta de los Andes, donde tiene ahora asiento la ciudad de Bogotá, centro fecundo de la trasplantada española cultura.

Con el título de *El Dorado,* el doctor Liborio Cerda publicó poco ha, en 1883, un curiosísimo libro sobre estos chibchas. Hablando de ellos dice el historiador Piedrahíta: «Son muy políticos; andan todos vestidos, a que los obliga el temple de la región fría que habitan.»

En el traje y tocado, sobre todo las mujeres, ostentaban cierta elegancia. Un paño cuadrado, que llamaban *chírcate,* les servía de falda, ceñida a la cintura por el *chumbe,* y en los hombros se ponían la *liquira,* a modo de chal, prendido entre los pechos, medio desnudos, por un alfiler llamado *topo.* Sobre la frente y sobre los sueltos cabellos lucían medias lunas de oro o de plata. Las vestiduras, hechas de algodón, ya eran blancas, ya pintadas a pincel, ya estampadas de varios colores, por medio de rollos o sellos cilíndricos. Era la xilografía o el primitivo grabado en madera, aplicado a las telas, donde se usaban, o a la piel humana, donde, en vez de cubrirla con ropa, la embijaban con mil dibujos.

Los chibchas, si bien hilaban y tejían el algodón, cultivaban la tierra (a ellos se afirma que debemos las patatas), y si bien hacían vasijas de barro, y fabricaban, aunque rudamente, joyas de oro, en artes y ciencias eran inferiores a los aztecas y a los peruanos; pero en creencias religiosas y en usos políticos y sociales, sin duda eran superiores, pues ni resignaban por completo la voluntad, sometiéndose a un despotismo tan grande como el de los incas, ni gemían bajo el yugo sangriento de tan feroces divinidades como las del Anahuac.

Entre los chibchas, los sacrificios humanos eran pocos. El principal no sé si el único, era el del*guesa,* niño que criaban con esmero y regalo para que a los quince años llevase a la luna el respetuoso mensaje de las oraciones del pueblo. Con este fin, le paseaban en devota procesión; bailaban y cantaban, disfrazados los sacerdotes de sapos y de otros animales simbólicos; y luego ataban al niño a un poste, le acribillaban a flechazos, le arrancaban el corazón y recogían la sangre en vasos de oro.

Fuera de este desahogo a lo *divino,* los chibchas, aunque valerosos en la guerra, cuando la necesidad les obligaba a guerrear, eran de natural generoso y dulce.

Tenían leyes muy justas. Las potestades, espiritual y temporal, estaban separadas entre ellos. Ejercía la espiritual uno a manera de Sumo Pontífice que residía en Iraca, donde tenía grande y rico suntuario. Llamábanle Sugamuxi, que significa el encubierto o desaparecido, porque representaba en la Tierra a Bochica o Idacansas, profeta y legislador celestial, fundador de la civilización de los chibchas, quien, a su desaparición o a su muerte, dejó establecido aquel pontificado. El pontífice o Sugamuxi subía por elección a su elevada silla.

Los principales jefes, seculares o el civiles, eran dos: el Zipa y el Zaque. Residía el primero en Funza, y en Tunja o en Ramiriquí el segundo. Ambos tenían bajo sus órdenes gran número de principillos, que llamaban Usaques. Por rara constitución de aquellas dinastías, heredaban el trono los sobrinos y no los hijos. Los chibchas difundían su cultura, más que por la guerra, por el comercio, reuniéndose en ferias, a las que acudían a trocar sus productos gentes de otras tribus y lenguas.

Como quiera que ello fuese, yo entiendo que las grandezas, lujos, poder, población y artes de estas naciones semicivilizadas que se hallaron en el Nuevo Mundo, fueron harto ponderados y magnificados por los descubridores y conquistadores, los cuales, por lo común, eran pobres, gente nacida y criada en algún lugar de Extremadura o de Andalucía, desde poco habían visto, y además, jactanciosos, aficionados a la hipérbole y llenos de imaginación. De aquí, el que involuntariamente, merced a candorosos embustes, lo realzasen todo. De esto se originó un daño que los antiguos ponderativos cronistas no acertaron a prever: el que más tarde se nos culpase de la destrucción y ruina de multitud de objetos que vez sólo en la mente acalorada de los cronistas tuvieron existencia.

De la extraordinaria cantidad de indios que hallamos en varias regiones es de lo primero que conviene dudar o, al menos, rebajar bastante. Así se evitaría que a millones de seres humanos, engendrados en la fantasía de antiguos historiadores, los conviertan hoy los

filántropos en otros tantos espectros para que nos persigan, gritando: «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?» ¿Cómo creer, por ejemplo, que la ciudad donde residía el Sugamuxi era tan populosa que contenía más de doscientos mil habitantes? ¿Cómo conformarse con que el Zaque tuviera dentro de su palacio una guardia de cincuenta mil guerreros, y fuera muchos más, y con que a todos ellos los arrollase y acobardase Jiménez de Quesada, que llegase con diez hombres al salón en que estaba dicho Zaque, que se llamaba Quimuinchateca, sentado con majestad en u trono, y se apoderase de él, sin respeto ninguno? Y hay que tener en cuenta que el tal Quimuinchateca no era manso ni tímido, sino, como dice la Historia, «presto y diligente en las disposiciones de guerra, condición inexorable, y precipitado en los castigos a que era inclinadísimo, y, sobre todo, a ahorcar».

Aunque quitemos un par de ceros al número de indios armados que había en el alcázar y otro par de ceros a los que había fuera, todavía quedarían más de mil indios armados, con los cuales sobra para que resulte maravilloso el atrevimiento de Jiménez de Quesada en apoderarse del Zaque, a pesar del furor de sus vasallos, y en su mismo trono.

En suma: me parece que no harían mal los futuros historiadores de América en ir prudentemente rebajando el número de indios que había antes de la conquista española, y así vendría a resultar que, un siglo después de la conquista, a pesar de los trabajos forzados, de las encomiendas, etc., había en América más indios que antes.

Sobre los palacios, templos, ídolos, pinturas, objetos de arte y documentos históricos que destruimos, hay también que hacer gran rebaja.

La propensión marcada de los españoles de entonces no era de achicar el valer de lo que en América habían conquistado, sino la de engrandecerlo. En vez de deprimir a los vencidos, se esforzaba por realzarlos, hasta por vanidad, para dar mayor importancia a la victoria y al triunfo.

El pueblo español era entonces, y a mí se me figura que es aún, el más *católico* de Europa, no ya en el sentido estricto, sino en el más lato sentido de la palabra, según su interpretación literal; el pueblo menos exclusivo y más inclinado a igualarse a todos y a confundirse y mezclarse con todos, sin considerarse superior por naturaleza, sino por circunstancias accidentales que lo impelían a elevar a su nivel al que creía momentáneamente por debajo.

Brillante testimonio de todo esto da el florecimiento que, poco después de la conquista, se nota, aun entre los indígenas, en casi toda la América española. Sus lenguas, su historia, sus tradiciones, su poesía y sus artes, son objeto de esmerado estudio para los vencedores; y los indígenas y los mestizos toman parte en aquellas tareas, levantados ya a la altura de la civilización cristiana de entonces; salto prodigioso que nos lleva a admirar la inteligencia y la vitalidad de las razas americanas y el poder civilizador de la nuestra.

Entre los peruanos aparece Garcilaso, el inca, que ora es diestro y elegante intérprete de sutiles y bellas filosofías platónico-judaicas, ora autorizado encomiador de las glorias de su regia familia materna.

Entre los yucatecos, se distinguen por su cultura las ilustres familias indias de los Tutul Xiús, los Cheles y los Cocomes; la lengua maya se cultiva con amor después de la conquista, escribiéndola con nuestro alfabeto; y en esta lengua ya se conservan las cosas que en el antiguo alfabeto fonético de veintisiete letras los mayas acaso habían redactado, ya se redactan de nuevo y se comentan y adicionan las profecías, tradiciones, ritos, fórmulas y recetas y todo el saber de los *chilames,* o sea adivinos y sacerdotes.

En Méjico todavía es más notable, durante el siglo XVI, el movimiento intelectual en este sentido. La Imprenta vino en seguida, traída por el virrey don Antonio de Mendoza. Los misioneros aprendieron las lenguas del país con tal prontitud y facilidad, que pudo atribuirse a milagro y como a nueva bajada del Espíritu Santo. Los padres Alonso de Molina, Maturino Gilberti, Andrés de Olmos, Francisco Cepeda, Juan de Córdoba, Juan de Gaona, Alonso de la Veracruz, Benito Fernández, Juan de la Anunciación y muchos más, escribieron e imprimieron vocabularios, gramáticas, catecismos y sermones en diferentes idiomas del país. Los padres Sahagún, Benavente, Mendieta, Torquemada, Durán y otros, compusieron historias e ilustraron las antigüedades mejicanas. Y comunicada la afición a los indígenas o mestizos, Fernando de Alba Ixtlilxochil compuso la *Historia chichimeca*, la *Relación histórica de la nación tulteca* y el *Compendio histórico del reino de Texcoco;* los tlaxcaltecas Tadeo de Niza y Diego Muñoz Camargo, la *Historia de la conquista de Méjico* y la *Historia de Tlaxcala;* Fernando de Alvarado Tezozomoc, la *Crónica mejicana;* Juan Bautista Pomar, la *Relación de la ciudad de Texcoco;* Gabriel de Ayala, sus *Apuntes;* Cristóbal del Castillo, un *Viaje de los aztecas al país del Anahuac,* y Huitzimengari, las *Memorias del reino de Michoacan.*

Baste lo dicho para demostrar que, lejos de querer los españoles hundir en el olvido o bien oscurecer el esplendor de las civilizaciones e historias precolombinas, se esforzaron para perpetuar y para poner en claro y en orden sus interesantes recuerdos.

Por desgracia, éstos no podían ser sino algo vagos y confusos, como conservados por tradición oral, y no podían penetrar sino entre tinieblas y remontando la corriente de los siglos más allá de tres o cuatro en lo pasado.

Antes de que nadie me acuse de ignorante, yo confieso y declaro que no soy americanista sino de afición, y de afición muy reciente. Entiéndase, además, que yo no escribo para enseñar cosas nuevas, sino para entretener a quien tenga el antojo de leerme, y acaso para vulgarizar lo ya olvidado de puro sabido por los hombres doctos. Hecha esta advertencia, a fin de que me valga de disculpa, prosigo, si no asegurando, sospechando que apenas hay documento precolombino que derrame viva luz sobre la antigua historia de América. ¿Hay o queda en algún pueblo americano, conservado en la memoria o escrito antes de la conquista, algo equivalente a nuestras canciones de gesta o a nuestros romances? ¿Son auténticos los versos de Netzahualcoyotl? Los dramas mejicanos, si hay alguno escrito; el drama peruano *Ollanta,* las *Crónicas* y el llamado *Rig Veda americano,* publicado por Brinton, que confieso no haber leído, ¿qué mérito tienen? ¿Son anteriores a la conquista o compuestos o *recompuestos* y arreglados después? ¿Valían los quipos del Perú o las pinturas de Méjico para expresar con claridad y precisión hechos e ideas sin el auxilio de alguien que los aclarase, y a quien sólo servían de medio mnemotécnico, más o menos ingenioso? ¿Hay libro, hoja, lámina, tabla o piedra, con letreros precolombinos escritos con el alfabeto de los mayas, que creo que llaman *calculiforme* porque todas sus letras tienen forma de chinitas? ¿Adónde ha ido a parar el libro que don Juan Cocom conservaba de su abuelo, y que vio Landa? ¿Era sólo de pinturas o había en él escritura fonética? Los *Anales de los cakchiqueles,* los *analtees* y los *uinaltees* de los *chilames* y las profecías de Chilam Balam y de otros sabios mayas, como Natzin Yabun, Nahan Pech y Ah Kukil Chel, son del tiempo que se supone o fueron forjados por indios que sabían ya castellano, y tal vez latín, y que hablan leído a Isaías y le imitaban. ¿El *Libro de los salvajes,* que publicó el abate Doménech, es de veras de los salvajes o es facecia de un muchachuelo alemán, hijo de un colono?

Bien pudiera yo continuar este interrogatorio si no temiese hacerme cansado.

Dejemos a los doctores en americanismo el disipar, si pueden, las mencionadas dudas y otras análogas. Yo creo que hay códices pictográficos americanos anteriores a la llegada de

los españoles; pero poco enseñan y nada hubieran enseñado si los que iban a leerlos no supiesen de antemano lo que debían leer, valiéndose sólo del códice para refrescar la memoria. Hasta poesías amorosas dicen que se escribían con estas pinturas, aunque Max Müller nos quita la ilusión de su autenticidad diciendo: «Si los indios pueden leer tal escritura, son más grandes adeptos en los misterios del corazón que los jueces de las antiguas cortes de amor. Tales símbolos pueden, sin duda, ayudar al lector a acordarse del orden en que los versos se siguen, pero serían completamente inútiles sin un comentario o sin el conocimiento del texto».

Fray Bartolomé de las Casas es una de las más nobles figuras que nos presenta la Historia; mas no por eso hemos de tener por artículos de fe todas sus amorosas ponderaciones en favor de los indios. Para él, los jeroglíficos mejicanos eran tan perfectos que hacían inútil la escritura que nosotros enseñamos a los indios. ¿Cómo, pues, adoptaron en seguida los indios nuestra escritura para escribir libros en sus propios idiomas; por ejemplo, el *Códice Chimalpopoca,* en nahuatl, y el *Popol Vuh,* en quiché? Lo que probó la publicación por Brasser de Bourbourg de este último libro fue la fraternidad de los españoles y de los indios y la fusión que hubo en los espíritus. El *Popol Vuh* está escrito a más de mediados del siglo XVI por orden de un príncipe quiche, o por el mismo príncipe que se había hecho cristiano, que se llamaba don Juan de Rojas o don Juan Cortés, en vez de llamarse Tepepul o Tecum, y que seguía titulándose rey sin que nadie se lo estorbase: La traducción castellana es obra del padre Francisco Jiménez, dominicano, que floreció a fines del siglo XVII y que fue autor de otras obras entre ellas de un diccionario o *Tesoros de las lenguas quiché, cakchiquell y tzutohil.* Curioso es el *Popol Vuh,* pero así este libro, como los demás libros americanos y sus tradiciones, no tienen gran valor histórico, más allá, como ya he dicho y repito, de tres o cuatro siglos antes de la conquista. Allí el origen del mundo y del hombre, la vida de los dioses, lo más primitivo, se confunde con lo más reciente. En suma: poco se averigua y se sabe.

Me consuela de mi corto saber la consideración de lo mucho que yerran o desvarían los sabios, como lo demuestran las conclusiones diametralmente opuestas en que vienen a dar. Se diría que los asertos de mayor importancia de esta ciencia americanista siguen las varias modas o corrientes, y ayer fueron de una suerte y hoy son de la contraria. No hace mucho andábamos compungidos y llenos de remordimientos los españoles por haber interrumpido el curso de civilizaciones superiores a la nuestra, y que sólo Dios sabe adónde hubieran llegado sin la brusca interrupción. Ahora, sobre todo en los Estados Unidos, y por medio de escritores tan sabios y tan encomiados como Morgan y Fiske, hemos caído en el otro extremo. Cuando el descubrimiento, según ellos, nada había en América que pudiera llamarse civilización, ni había imperios que mereciesen llamarse imperios.

Todas las tribus estaban en el salvajismo o en plena barbarie: unas, en la Edad de Piedra; otras, en el principio de la Edad de Bronce. Para hallar estado social semejante en las tierras del mundo antiguo, cuyas costas baña el Mediterráneo, era necesario retroceder cuarenta o cincuenta siglos. Los indios de América no eran pastores porque no tenían ganado que guardar, salvo los peruanos. Apenas tenían idea de la propiedad. Si bien iban llegando a la esclavitud, casi no la tenían aún, porque mataban a los prisioneros de guerra y no los *conservaban,* dando en compensación a sus dioses algo menos precioso que la vida humana. «Conviene precaverse -añaden- contra todo lo que en español se ha escrito sobre los indios», porque nosotros lo sublimábamos y aumentábamos. Ya convertíamos en palacios chozas hechas de barro y de paja; ya de cualquier aldea o rancho hacíamos una ciudad populosa como en España no las había, y ya fingíamos ejércitos en que los combatientes se contaban por centenares de miles, o para pelear contra ellos, o para tenerlos por aliados. Así, verbigracia, cuando Cortés sitió a Méjico, cuentan, Clavijero entre otros, que podía Cortés, disponer de un ejército como el de Jerjes. Seguían su bandera, en realidad vengadora y

libertadora, los guerreros del reino de Acolhuacan, los de las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; los de las ciudades del valle de Tenoxtitlan e innumerables totonacas, mixtecas, otomites, tlahuicas, cohuixeos y matlazincas.

Lo cierto es que, sin igualar su ejército con el de Jerjes, Cortés, en Otumba y en el sitio de Méjico, tuvo en su favor muchísimos indios auxiliares. Esto disminuye lo maravilloso de la conquista en cuanto al sobrehumano valor de los españoles y de su capitán, pero aumenta el crédito de Cortés como político hábil al pensar en la buena maña con que se ganó las voluntades y el apoyo de los indios contra los indios, y prueba evidentemente que los aztecas eran aborrecidos, y que, no bien las otras tribus hallaron a alguien que les inspirase confianza y acertase a unirlas al mismo fin, todas se rebelaron contra los aztecas y contra su feroz tiranía.

Y no desdora esto, sino que presta mayor lucimiento al heroísmo de los aztecas y de su último *tlacatecuhtli* Cuauhtemoc, digno de la estatua que en la moderna Méjico se le ha erigido; digno del hermoso poema en que Eduardo del Valle canta su gloria, y digno del elegante prólogo, rabiosamente *misohispánico*, que Altamirano le antepone. Tenoxtitlan, en su obstinadísima defensa, compite con Sagunto, Astapa y Numancia, y se iguala con Troya. Y no es menester llamar a Hernán Cortés mal caballero, pillo, ladrón y demás improperios (con citas del *humorístico* romance de Enrique Heine), para que Cuauhtemoc se coloque por encima de Héctor.

El reciente libro de Fiske, que, ya para seguirlo, ya para contradecirlo, nos sugiere muchas de estas reflexiones, concede, y no puede menos de conceder, aun achicando más de lo justo la cultura y el poder de los americanos prehispánicos, una extraordinaria importancia a su descubrimiento por los europeos. «La antigua América, según la hemos visto -dice Fiske al terminar el primer capítulo de su obra-, era un mundo mucho más arcaico que el de Europa y de Asia, y presentaba, en tiempo de Colón, formas de sociedad, atrasadas ya en las costas del Mediterráneo, antes de la fundación de Roma. De aquí la intensa y peculiar fascinación de la Arqueología americana y su profunda importancia para el estudio de la Historia Universal».

No se aparecieron por arte mágica, ni por visión o ensueño magnético, como en la lindísima novela de María Corelli se aparece la ciudad de Ardat, anterior a Nínive, anterior a la vocación de Abrahán, anterior a la dispersión de los arios por el mundo, sino que se aparecieron, con patente realidad, solidez y sustancia, Méjico y el Cuzco, a los atónitos españoles que seguían a Cortés y a Pizarro. Fue la extraña aparición de gentes ciudades, imperios o repúblicas, apartados del resto del género humano, allá en remotísimas edades, quizá de resultas de alguna gran revolución telúrica, y siguiendo desde entonces una marcha por el camino de la Historia, según Fiske, por virtud de un movimiento inicial propio y distinto, esto es, sin impulso y sin influencia de la civilización de Asia y de Europa, hasta la llegada a América de Colón.

En esta marcha por separado, en este aislamiento completo del resto de los hombres, sin columbrar la luz principal que marca el camino del progreso, no es de extrañar que los antiguos americanos se extraviaran y se retrasaran. Lo que sí es extraño y lo que excita la admiración y reclama la alabanza, es que estos antiguos americanos, al ponerse en contacto con los españoles (exagérese cuanto se quiera lo rudo del encuentro) no cediesen la tierra y se retirasen, como les sucedió con otros hombres de Europa; no quedasen humillados y hundidos; no desapareciesen en esto que ahora llaman *la lucha por la vida,* sino que se levantasen de súbito a nuestro nivel, saltasen de un estupendo salto los treinta o cuarenta siglos que de nosotros los separaban y se unimismasen y se fundiesen con nosotros.

La América inglesa, separada ya o ligada aún con la metrópoli, es Inglaterra dislocada o trasplantada, pero nada más que Inglaterra. Allí los indios desaparecen, se extinguen o se aíslan, no entran en la comunión política; no forman parte de la sociedad fundiéndose en ella. En la América portuguesa y española, todo, desde el principio queda fundido; todo da glorioso testimonio de nuestro espíritu humanitario en el más alto sentido, sin declamaciones hueras. Allí puede haber, hubo y hay guerreros ilustres, hombres de Estado, poetas, oradores, presidentes de repúblicas, sabios y eruditos, que no nos incumbe deslindar si son indios, o mestizos, o españoles puros; todos son hispanoamericanos, lo cual no denota, como denota la expresión *angloamericano,* al europeo criollo o nacido en América, sino el producto de la fusión de ambas razas, en el ardiente crisol y por la plasmante virtud de nuestra caridad católica.

De esta aparición, en el siglo XVI de Cristo, de sociedades no más cultas las más adelantadas que las de Italia antes de Roma o que las de Egipto bajo las primeras dinastías faraónicas, provino gran confusión para los sabios. Entusiasmados no pocos con la semejanza, la atribuyeron a transmisión o remedo y no a coincidencia. No reflexionaron bastante en que los hombres, cuando llegan al mismo punto en la senda del progreso, suelen inventar las mismas cosas en todos los países, sin *traducirlas* unos de otros, digámoslo así.

En Méjico hay pirámides como en Egipto, y no por eso hemos de creer que todas se edificasen hacia la misma época, ni por gente consanguínea, ni menos que mil o dos mil años más tarde se les antoja a los mejicanos imitar a los egipcios.

En América había sacrificios humanos; pero esto no prueba que los americanos desciendan de los cartagineses ni de ningún otro pueblo de África, de Asia o de Europa, sino que todos o casi todos los pueblos, al llegar a cierto punto en su historia, suelen tomar la misma detestable costumbre y suelen hallar en la efusión de sangre humana algo de grato a los dioses que los hace propicios y nos redime.

El Arco de las Monjas, en las ruinas de Palenque, y el del Tesoro de Atreo, en Micenas, dicen que parecen hermanos gemelos, sin duda por no ser arcos; pero ¿quién ha de imaginar que vino Agamenón a Yucatán a construir Palacios, a pesar de que el doctor Le Plongeon, después de pasar cuatro años explorando el Yucatán, afirma que la lengua maya y la lengua griega son casi idénticas y la tercera parte del vocabulario igual?

La Cruz es venerada o adorada en no pocos lugares de la América prehispánica; pero no se infiere de ahí que aportasen o el apóstol Santo Tomás, o antiguos frailes de Irlanda, o varios obispos españoles, fugitivos de los moros, a predicar en América el Evangelio. La Cruz, mucho antes que Cristo muriese en ella, tuvo un significado religioso en no pocas naciones.

En varios pueblos de América, lo mismo que en Europa, se refieren historias de hadas y de hechizos y amores muy semejantes de ninfas y genios, de diosas y dioses, que, prendados de criaturas mortales, salen, para unirse con ellas, del centro de la tierra, y del fondo de los mares, lagos o ríos, o bajan del cielo, y luego viven unidos, hasta que cierto encanto se rompe, y el consorte sobrenatural huye para siempre. También está muy repetido el cuento de alguien que va a una tierra muy linda, a un paraíso, donde cree permanecer sólo días o semanas, y cuando vuelve a su patria, lo halla todo mudado porque han pasado siglos. Sin embargo, no siempre es lícito inferir que han sido transmitidos estos cuentos. Bien pueden haber nacido a la vez en varios puntos.

Con los usos y costumbres, hasta con los más extravagantes, ocurre lo propio. Nada menos fino y amable, ni nada más desatinado y ridículo, que el obligar a una mujer, a poca de

haber parido, a volver a sus faenas domésticas, o a trabajar en el campo, mientras que el marido se acuesta en lugar de ella, y, como si estuviese delicadísimo de salud, es regalado y cuidado con extraordinario esmero y este singular sobreparto, así se estila o se ha estilado en bastante tribus americanas, como en varias comarcas de España y del resto del mundo.

Manía común y natural de los hombres es la de enmendar la plana a la Naturaleza para realizar en los cuerpos cierto bello ideal; para aparecer, o más distinguidos y aristocráticos, o más belicosamente tremendos. No choca, pues, que, en el mismo período histórico, los hombres, por dondequiera se pinten, se cincelen y se taraceen la piel. Ni choca tampoco, allí y cuando a las grandes cruces militares que se usan hoy, responde un collar de dientes de los enemigos que cada guerrero ha muerto, que este guerrero se cuelgue bezotes, se adorne la nariz con palitos incrustados, huesos o piedras, o se agujeree por gala los carrillos y embuta o engaste allí los retorcidos colmillos de alguna fiera como hacían los botocudos. Lo que apenas se comprende es que los hombres hayan coincidido en la idea absurda de que lo más egregio y elegante es tener la frente deprimida y el cráneo prolongado como pan de azúcar, y en apretar con dos tablas formando ángulo las cabezas de los niños, a fin de deformárselas por la presión continua y suave. Esta deformación, sin embargo, se usaba en el Perú, en Filipinas, entre los indios del Brasil, entre los antiguos egipcios, entre los toltecas, y en otras tribus o naciones harto apartadas unas de otras por el espacio y por el tiempo. Era también muy común, aunque no tanto, la operación del trépano para que el alma pudiese salir del meollo y volver a él con facilidad.

En mi sentir, ninguna de estas coincidencias, ni mil más que trae Ignacio Donnelly en su divertido libro titulado *Atlántida*, demuestran que hubo en lo antiguo dicho continente, centro de una primitiva civilización, la cual extendieron los atlantes por América y por Europa, África y Asia; pero tampoco el resultado idéntico o muy semejante de la inventiva original de todas las castas de hombres demuestra, como se inclina a sostener Juan Fiske, que es autóctona la primitiva civilización americana.

Hay multitud de tradiciones que, si bien mezcladas, por anacronismo enorme, con historias divinas del origen de la Humanidad, del Diluvio y hasta de la creación del Universo, dan claro indicio de que varios profetas, legisladores o sabios, hubieron de ir de Europa o de Asia al Nuevo Mundo, en diversas y mucho más recientes épocas.

No hablo de Manco Capac y de su aparición a orillas del lago Titicaca y de su misión benéfica (doscientos o trescientos años antes de la llegada de Pizarro), porque todo ello es muy sabido y ha sido muy comentado.

En casi todas las tribus que habitaban en el Brasil: guaraníes, tupíes, tamoyos, macarayás, tupinambas y quién sabe cuántas otras de más exóticos nombres y apodos, se contaba que un cierto Suñé, varón barbudo, en quien después las personas piadosas creyeron reconocer a Santo Tomás, había venido del Oriente y había enseñado buenas teorías y mejores prácticas, como la de cultivar y preparar la mandioca y la de valerse del fuego para guisar y otros usos.

Entre los chibchas, Bochica hace parecido papel al de Suñé entre los tupinambas y al de Manco Capac en el Perú. Es un dios, que realiza mil prodigios, como el de romper las rocas y abrir paso a las aguas del lago Funcé, produciendo la gigantesca catarata del Tequendama; pero también se nos presenta como un hombre, como un extranjero, que llega del lado de Oriente, que dicta leyes sabias, que da, como diríamos ahora, una Constitución al país, y que enseña las artes y la agricultura.

Pasemos en silencio nombres e historias de otros personajes por el estilo, casi siempre con barbas, los cuales vienen a ser en América lo que Cadmo y Cecrops entre los griegos, y

sólo citemos, por último, al más importante de todos: al llamado entre los mejicanos Quetzalcoatl y entre los mayas Kukulcan, o sea, *Sierpe con plumas,* quien, a más de ser *dios del Aire,* es ser meramente humano: hierofante extranjero que adoctrina a los hombres y los civiliza por dondequiera que pasa. El compañero de Quetzalcoatl era Tlaloc, dios de la Lluvia. La Cruz era símbolo y como signo de ambos dioses. Tal vez la Cruz figuraba los cuatro vientos cardinales, ya que era Quetzalcoatl rey de los Vientos, agitador de las nubes y lanzador de relámpagos, truenos y rayos. Por su dominio en las nubes se le representaba como pájaro; por su poder en los rayos y en las centellas, se representaba como serpiente. En una las dos losas que, en 1840, descubrió Stephnes en Palenque, en las ruinas del apellidado Templo de la Cruz, se ve a Quetzalcoatl en forma de viejo que sopla en un cañuto. En la otra losa, se ve a su joven compañero Tlaloc, con más ricos, vistosos y simbólicos arreos todavía.

Lícito y razonable es emplear con Quetzalcoatl el evhemerismo: despojarlo de lo sobrenatural y divino con que la imaginación y el entusiasmo de los antiguos americanos lo transfiguraban convertirlo en personaje histórico, que vivió en época determinada.

La más antigua, en que podemos suponer que floreció, consultadas las oscuras cronologías americanas, es hacia fines del siglo X de nuestra Era. Quezalcoatl estuvo entonces en la península yucateca, fundó la ciudad y reino de Mayapan, reinó algunos años, y abandonó voluntariamente el cetro y se fue a otra parte.

La leyenda de Quetzalcoatl en Méjico es casi idéntica, aunque más ofuscada por la mitología. Quetzalcoatl es el dios de la Luz y está en guerra constante con el dios de las Tinieblas, Tezcatlipoca, y con el tremendo Huitzilopochtli, sediento siempre de víctimas humanas.

Al desaparecer Quetzalcoatl de América, dicen que se volvió a las regiones de Oriente, de donde había venido. Desde entonces surgió entre mayas y mejicanos algo a modo de mesianismo. Quetzalcoatl fue para ellos lo que para los portugueses el rey don Sebastián y para los antiguos bretones el rey Arturo. Quetzalcoatl había de volver y había de destronar a Tezcatlipoca y a Huitzilopochtli, acabando con el infame y sangriento culto de tan diabólicas deidades.

A Cortés ya sus españoles favorecieron en extremo tales creencias y profecías. Por cumplimiento de ellas se tuvo su llegada. Esto facilitó la conquista. Esto hizo rápidamente posible para los españoles la alianza de los indios, enemigos de Huitzilopochtli, contra los que tan inhumanamente le adoraban.

De todos modos, así Quetzalcoatl, como otros dioses hierofantes por el estilo, si los despojamos de su divinidad y los reducimos a las humanas proporciones, dándoles la consistencia histórica, y disipando la nube mítica que los envuelve, no podemos menos de suponer que fueron náufragos o peregrinos, asiáticos o europeos, procedentes del Antiguo Mundo o de alguna colonia, y echados por acaso entre aquellas naciones bárbaras. La gratitud, el respeto y hasta el terror que infundieron, al tratar de civilizarlas, les valió, sin duda, la apoteosis.

Ejemplos de esto hubo en América, aun después de descubierta y explorada por los españoles y portugueses. Así, Diego Correa, náufrago donde luego fue la antigua capital del Brasil, Bahía de Todos los Santos. Los indios le llamaron *Caramurú,* y de él escribió fray José Duran el ingenioso poema del mismo título.

Las aventuras de este portugués, que otros llamaron Diego Álvarez, tienen completa realidad histórica. Vivió treinta o cuarenta años entre los indios, muy temido y respetado

como un semidiós. Se casó con una joven salvaje, a quien la leyenda llama Paraguasú y supone hermosísima, y de ella tuvo numerosa prole. Es lo cierto que la acusación de que los portugueses y los españoles han acabado con los indios, se explica mejor por esta fértil ternura que mezcla las razas que por nuestra ferocidad en exterminar la de los indios. Cuando llegaron otros portugueses adonde estaba Diego Correa, convertido en príncipe, en Caramurú, en ser sobrenatural, ya éste, salvándose de que se le comieran, había semicivilizado cristianizado a los indios, disparando algunos tiros al aire con su escopeta, enamorando a las mujeres y emparentando con aquellas tribus.

Así el tesorero Cabeza de Vaca, que en 1528 acompañó a Pánfilo de Narváez, y naufragó en la desembocadura del Mississipi, y fue cautivado por los indios, con otros dos españoles y un negro llamado Estebanico. Las aventuras de los cuatro pudieran dar asunto a la más entretenida novela. Cabeza de Vaca pasó por taumaturgo, y por dios o semidiós entre los indios, hizo que ellos mismos le llevasen hasta la cercanía del límite de las tierras dominadas ya en Méjico por España, caminando más de dos mil millas, y allí se escapó con sus dos compatriotas y con el negro y se volvió entre los suyos.

Ni es esto muy de maravillar cuando se piensa en que hubo la apoteosis de un caballo, realizada por modo más chistoso. En Méjico debe correr como cuento, y como tal lo ha referido, poco ha, con notable primor de estilo, y lo ha publicado en *El Liberal,* el general Riva Palacio; pero nada más histórico.

Todavía, a fines del siglo XVII, había entre Yucatán y Guatemala el reinecillo independiente de Peten-Itzá. El excelentísimo señor don Martín de Urzúa y Arismendi, conde de Lizárraga, gobernador y capitán general, fue a conquistarlo, con un pequeño cuerpo de yucatecos. Hecha la conquista, entró en triunfo el conde en la capital de aquella diminuta monarquía, y ¡cuál no sería su sorpresa cuando halló que, en el templo principal, el ídolo del dios Tzmin-Chac, o *animal del trueno,* a quien se encomendaban más devotamente los indios, representaba un caballo! Se hicieron averiguaciones, y vino a saberse que, más de siglo y medio antes, Hernán Cortés había pasado por allí, en rápida marcha sobre Guatemala. El caballo se le enfermó de fatiga, y el ilustre capitán lo dejó con gran recomendación para que a su vuelta se lo entregasen curado. Tan estrafalaria fue la cura y tan contrarios a la naturaleza caballar los alimentos, que en fuerza de profundo respeto propinaron los indios al cuadrúpedo, que el cuadrúpedo se murió, y para que Cortés no se enojase, si volvía por allí y lo reclamaba; determinaron deificarle y afirmar que se había subido a los cielos. Todo esto lo refiere con muy menudas y puntuales circunstancias el obispo don Crescencio Carrillo.

Algo tendría de divagación cuanto en este artículo va dicho, no mirando que me convenía buscar un empalme, un sincronismo entre los sucesos del Nuevo Mundo y los del Antiguo, a fin de poner allí la base para la reconstrucción e la Atlántida hundida.

Desgraciadamente, por más esfuerzos que se hagan, al penetrar en lo pasado del mundo americano, apenas se llega más allá de tres o cuatro siglos antes de la conquista española. En las más antiguas ruinas no se ven rastros de época anterior al siglo X u XI de la Era cristiana. Los monumentos del Yucatán no son más antiguos. Todos los apóstoles barbudos de que, entre mitos, habla la tradición, o no tuvieron ser real o fueron posteriores al cristianismo. La historia más larga de un pueblo americano, la de los toltecas, puede extenderse, con un poquito de imaginación, hasta el siglo II después de Cristo, y ya, con mucho auxilio de imaginación, hasta siete siglos antes de Cristo. Así, como por fuerza, venimos a caer en lo que ya decíamos en nuestro artículo primero: en que los toltecas fueron las diez tribus de Israel cautivas de Salmanazar, y que hallaron ya la América poblada de otros indios, El libro que traían los toltecas, y que nadie vio nunca, el *Teoamoxtli,* hubo de ser el *Pentateuco,* como lo sospecha lord Kingsborough; pero, concediéndolo todo, aún estamos muy lejos de la

Atlántida. Sin embargo, ya llegaremos a ella, si no nos cansamos o si no se cansan los lectores.

Sin Atlántida no se explica el origen de los indios, que ni para los creyentes pueden ser autóctonos, ni lo pueden ser para los racionalistas monogenistas, ni siquiera para muchos racionalistas poligenistas, los cuales han demostrado que en América no hay, ni vivos ni muertos, ni fósiles ni no fósiles, monos catarrinos. Y como, según ellos, estos monos son los padres de los *antropipitecos* o *antropiscos alalos,* padres, a su vez, del hombre, resulta que en América no pudo haber hombre sino por importación.

Ya veremos cómo el hombre pudo ser importado en América por la Atlántida.

Yo no tengo la pretensión de demostrarlo. Armado de prudente escepticismo, cuido bien de no dar completo crédito a *Los atlantes, estudios antehistóricos de Roisel* y a la *Atlántida o el mundo antediluviano,* de Ignacio Donnelly; pero ambos libros me divierten mucho y me estimulan y mueven a decir yo también, si puedo, cosas divertidas. Espero que nadie me lo censure cuando se trata de un asunto en que es difícil, si no imposible, descubrir la verdad. Nadie hasta ahora la sabe. Tratemos sólo de presentar una hipótesis que tenga algo de verosímil.

- III -

Todo está en duda en el asunto de que, para entretenimiento y no para instrucción de los lectores desocupados, tratamos aquí. Yo anhelo resolver el asunto con una hipótesis, y hasta la necesidad de la hipótesis está en duda.

Con decir que los hombres aparecieron en el Nuevo Mundo como en el Antiguo, ya la hipótesis no se necesita.

La hipótesis, con todo, es indispensable, según ya hemos dicho, para los cristianos, mahometanos, judíos, etcétera, que creen por fe en el origen de los hombres todos de un solo par; para los sabios monogenistas como Buffon, Linneo, Cuvier, Humboldt y Quatrefages, los cuales, sobre poco más o menos, vienen a sostener lo mismo con razones científicas; y para muchos sabios poligenistas, que niegan ellos sabrán por qué, la virtud o potencia del mono americano para convertirse en *antropisco* y luego en hombre.

Demos por cierto que hay tres monos antropomorfos, de los que provienen tres distintas razas humanas: dos dolicocéfalas, hijas, o mejor dicho, nietas del chimpancé y del gorila; y una, braquicéfala, hija o nieta del orangután. Aceptado esto, América se queda sin hombres, como allí no los importemos. El asunto de mis artículos persiste.

Quien quiere destruírmelo (y confieso que me contraría) es Carlos Vogt en sus *Lecciones sobre el hombre.* Los monos, según él, se han *antropomorfoseado* por dondequiera. Del mono africano saca este señor a los negros, aunque del gorila, que hace muchos siglos hubo de estar establecido en Inglaterra y Alemania, saca a la gente rubia; del mono asiático saca al *negrito,* y del mono americano saca a los indios de América. Hay, además, otra invención, la más reciente entre los antropólogos, invención con la cual corona R. Hartmann sus profundos estudios sobre los monos, poniendo por dondequiera el origen del hombre. Éste no es ya nieto del mono, sino hermano. El padre o tronco común de ambos, en tan donoso árbol genealógico, es un animalito llamado *driopíteco,* que dicen que hubo de parecerse muchísimo

a nosotros, aunque nadie ha visto de él hasta ahora sino algunos fragmentos de huesos fósiles, por cuya virtud, y mediante la anatomía comparativa, han reconstruido los sabios todo el animal y averiguado además su vida y costumbres, sin que nada se oponga a que haya habido driopítecos en América y, por consiguiente, hombres autóctonos.

Si algo de todo esto fuera verdad, mi gozo en un pozo. Ningún objeto tendrían mis investigaciones. Pero no hagamos caso de Vogt, ni de Hartmann, y sigamos adelante.

Quaelibet audendi semper fuit aequa potestas:
Scimus et hanc veniam petimusque damusque vicissim.

Haciendo cejar a los indios en el curso de su historia hemos llegado con los toltecas, que son los que más antigua la tienen, hasta unos siete siglos antes de Cristo. Ya entonces habían fundado los toltecas el imperio o reino de Tulapán, al nordeste del nuevo Méjico. En la capital de este imperio, que se llamaba Huehuetlapalán, florecían tanto las ciencias que, advirtiéndose ciertos errores en la cronología, hubo más de cien años antes de la Era cristiana un Congreso de astrónomos para reformar el calendario. La reforma se hizo, y guiados por esta reforma, por tradiciones, por pinturas y por lo que debía de decir el *Teoamoxtli* o *libro sagrado* de los toltecas, del que tal vez tuvo copia don Fernando de Alba Ixtlilxochitl, el caballero Boturini, Clavijero y otros, prolongan más hacia lo pasado la historia de los toltecas y hacen retroceder a estos indios hasta el pie de la torre de Babel, en cuya fábrica tomaron parte. Confundidas allí las lenguas, y no entendiéndose con los otros fabricantes de la torre, los toltecas emprendieron un largo viaje; y, poco a poco, caminando hacia el Nordeste, desde las llanuras de Senaar, vinieron a parar en el estrecho de Berhing, por donde pasaron a América, siendo sus primeros pobladores.

Es evidente que, admitida esta hipótesis, el *Teoamoxtli* no es ya él *Pentateuco*. Fuerza es suponer que los toltecas lo compusieron en América. Es, digámoslo así, el primer libro criollo.

Notables antiguallas americanas hallan fácil explicación en este supuesto de que los toltecas estuvieron en Babel, aunque sólo fuese de peones de albañilería. De la magnífica, si bien malograda construcción de aquel colosal monumento, salieron más entusiasmados que escarmentados; y así, aunque groseramente, procuraron erigir y erigieron en América obras parecidas. Tales son las construcciones de los *mount-builders*, que tanto han dado que hacer, que estudiar que escribir y que disputar en los Estados Unidos. *Mount-builders* es como si en castellano dijésemos constructores de cerros artificiales, túmulos o majanos. Con los libros que hay acerca de estos majanos o túmulos se puede llenar un grande estante, dado que no quieran amontonarse para formar otro majano. La verdad es que los que se han hallado y excavado son muchos: pasan de veinte mil, y se han extraído de ellos por lo menos treinta y ocho mil objetos curiosos, como puntas de flechas y hachas de piedra, que brillan en los museos arqueológicos. Y es lo más singular que los *majaneros*, permítasenos traducir así la expresión *mount-builders*, ya en tan remotas edades fumaban en pipa. Las pipas, de que se ha hallado gran surtido, y el tabaco que los *majaneros* fumaban en ellas, no eran vicio y regalo como en el día, sino que tenían carácter religioso y litúrgico. Los dioses de aquella gente gustaban del humo, y las pipas venían a ser a modo de turíbulos con que los *majaneros* los incensaban o sahumaban. De aquí que se esmerasen en hacer unas pipas muy bellas, con figuras esculpidas de animales y de hombres.

Como la ignorancia es atrevida e incrédula, alguien puede sospechar que estas pipas, así como los majanos, son obra de los hurones, de los zuñíes y de otras tribus salvajes, de cuando los europeos habían llegado ya al Nuevo Mundo, y que en los dichos majanos se han hallado, además de las pipas, navajas, zarcillos, brazaletes y otros dijes y baratijas de evidente manufactura europea.

Yo declaro con franqueza que me incomoda este prurito que tienen no pocas personas de marchitar y desvanecer las ilusiones científicas. Por fortuna, no lo consiguen.

Hay majanos de éstos, túmulos, cerros artificiales, pirámides informes o como los queramos llamar, que pasman por su grandeza, y se resisten a la suposición de que sean muy recientes. El volumen de algunos se eleva (yo no respondo de la cuenta) a más de medio millón de metros cúbicos.

Según los más peritos anticuarios de los Estados Unidos, estos monumentos (los más considerables) se levantaron por los ascendientes de los actuales *pieles rojas,* del VI al XII siglo de nuestra Era.

En el Yucatán y en Méjico hay, sin embargo, cerros piramidales o túmulos más pulidos, que pueden creerse de mayor antigüedad que los del Norte. Así las pirámides de Teotiguacán, la de Cholula y multitud de ellas en Izamal y en las ruinas de Uxmal, de Mayapán y de otras ciudades yucatecas. Pero ¿quién sostendrá seriamente que alguna de estas pirámides es contemporánea de las de Egipto?

La mayoría de los escritores sostienen que los monumentos más grandiosos, obra de los mayas, toltecas y aztecas, no parecen más antiguos que los más antiguos majanos del Norte. Méjico fue fundado en 1325. Y, según Fiske, Izamal y Chichen-Iztá, en el Yucatán, no deben de ser muy anteriores. Uxmal era ciudad más moderna todavía. Aunque decaída no estaba arruinada ni desierta cuando llegaron los españoles. Según Stephens, Charnay y otros juiciosos viajeros, apenas hay monumento en el Yucatán y en Centroamérica que se erigiese antes del siglo XII. Sólo a Copán y a Palenque conceden la superior antigüedad de dos o tres siglos.

Imposible es concordar esto con lo que ya hemos dicho de la llegada de los toltecas poco después de la confusión de las lenguas en Babel. Don Crescencio Carrillo afirma además que los toltecas, convertidos ya en mayas y capitaneados por un héroe, llamado Zamná, fundaron a Izamal, ciudad que Fiske tan moderna supone.

Tanto desacuerdo se comprende sólo, reconociendo que todo se funda en conjeturas o bien en documentos históricos de poca o ninguna autoridad, y asimismo en desacuerdo a veces. La imaginación más tímida se siente impulsada a echarse a volar o, mejor dicho, echarse a nado en este mar de contradicciones confusas. El señor Carrillo, por ejemplo, cita y se apoya mucho en un manuscrito maya, que él posee y llama *Códice chumayel*, redactado con letras de nuestro alfabeto, como otros del mismo género, por un indio, ya letrado y cristiano, quien debía de mezclar las tradiciones o materia épica difusa de su pueblo con lo que había aprendido en nuestras historias, sagrada y profana. De aquí, acaso, la torre de Babel y demás recuerdos bíblicos.

Por otra parte, este Zamná, semidiós, dios o profeta forastero, semejante al Kuculcán, que vino más tarde, si bien algunos quieren que sea un misionero budista, que predicó en América cuatro o cinco siglos antes de Cristo, otros aseguran que era Votán u Odín o un hijo o pariente suyo. Y en este último caso bien puede imaginarse otra historia; pero entonces debemos poner la fundación de Izamal en el siglo X o más cerca de nosotros. Puede imaginarse que Zamná

fue algún escandinavo extraviado de la Groenlandia o de la Vinlandia. En suma: yo creo que puede imaginarse todo cuanto se quiera. Lo único que no puede imaginarse es que los hombres que fundaron a Izamal, fueron los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Cuando llegaron a él los toltecas se lo encontraron bien poblado, y por muy diversas naciones, lenguas y castas. Entre otras se habla de una de inmorales y desaforados gigantes, los cuales, en justo castigo de su soberbia y liviandad, fueron exterminados en un festín por el estilo del de Damasco, aunque no sin dejar algunas reliquias. Herrera, en la década IV, libro X, afirma que de cierto sepulcro se exhumó el esqueleto de uno de estos descomunales seres humanos, el cual esqueleto todo se deshizo en polvo, salvo una muela que pesaba poco menos de libra y media.

Aun desechando esto de los gigantes, no es posible concebir la América primitiva, la América más allá de toda fundada noticia histórica, sino con una población heterogénea, compuesta de mil razas diversas por constitución física, idiomas, tradiciones y grados de cultura. Si en algo se parecían los indios unos a otros era en aquello que es propio y radicalmente idéntico de todo ser humano si no llega al último límite de la degradación. Casi todos los indios creían en las almas, y en una vida futura con Infierno y Gloria, allá a su modo. Y si prescindimos de la multitud de dioses que habían ido imaginando y adoptando, por dondequiera se notaban vestigios de cierto monoteísmo más o menos grosero. El dios principal, el único al principio acaso en la mente del indio, no era ni podía ser más que el concepto sublimado de un poderoso indio eterno a él semejante. Así es que los rezos y plegarias que a este dios se dirigían, rebosaban de feroz y egoísta franqueza y carecían de moralidad, como en casi todas las religiones primitivas. Freeman Clarke trae muestras de estas oraciones de indios. «Gran Qua-hoot-zee: ¡Déjame vivir, haz que yo no enferme, que persiga a mis enemigos, que nos los tema, que los halle durmiendo y que los mate!» «¡Gran Espíritu de arriba! Ten piedad de mis hijos y de mi mujer. No permitas que lloren mi muerte. Haz que yo tenga buen éxito en mis empresas y mate a mis enemigos y vuelva sano y salvo al seno de mi querida familia y de mis amigos, para que nos regocijemos juntos.» «¡Apiádate de mí, Woh-Konda! Soy muy pobre. Déjame vengar la muerte de mis amigos. Haz que venza yo a mis contrarios y que les arranque el cuero de la cabeza.»

Salvo ciertas menudencias, como la del *escalpelamiento* para condecorarse con las cabelleras de los vencidos, estas oraciones se puede decir que carecen de perversión. En el estado natural de guerra constante, ¿cómo no desear y pedir a Dios que nos dé la victoria? En las naciones más civilizadas del mundo se sigue aún pidiendo a Dios lo mismo.

Donde, ya se nota el progreso perverso, lo alambicado y refinado, fruto de la corrupción, es en otras religiones americanas: la de los aztecas singularmente. Es menester que el pensamiento de los hombres dé muchas vueltas, entre por muy intrincados caminos, haga muchas evoluciones, para que venga a concebir dioses que se deleiten en aspirar el vaho de la sangre y en devorar carne humana; que se casen con una mujer y la eleven a diosa, haciendo que sus sacerdotes la maten y desuellen; y para quienes la mayor lisonja y obsequio que todo devoto puede hacerles, es azotarse, herirse y agujerearse el pellejo hasta ponerlo como una criba, según solían los más penitentes aztecas, «untando (expresión de Gómara) los hocicos de los ídolos con la propia sangre.»

Todos estos refinamientos malos, y algunos buenos, que tuvieron los mismos aztecas, otras tribus del Anahuac, y más que todos los peruanos, no pueden considerarse sino modernísimos; con dos o tres siglos de antigüedad a fines del siglo XV. Haciendo abstracción de dichos refinamientos, América estaba, cuando fue descubierta, como Europa en el último período de la Edad de Piedra o en el primero de la de Bronce. Y como, salvo el imperio de los incas, que empezaban, no debía en realidad de haber habido ningún poder unificante y

civilizador, que hubiese durado, las castas de gentes aparecían más distintas que en ninguna otra parte del mundo.

Nada más vario que el hombre americano. Nada más difícil de estudiar y clasificar que la multitud de castas que, sin conocerse muchas, en completo aislamiento a veces y sin tener noticias unas de otras, estaban esparcidas por toda América, desde Alaska al cabo de Hornos. Por el color de la piel, unas eran rojas, otras amarillas, otras cobrizas, otras morenas, otras blancas y otras casi negras. Por la estatura, sin llegar ya a creer en que hubiese gigantes y pigmeos, había hombres de todos tamaños, desde los corpulentos patagones, hasta los changos pequeñuelos.

Sin duda, en algunas de estas castas podía entreverse el parentesco con las del Antiguo Mundo. En otras no, salvola esencial condición de ser todas de hombres. En los naturales de la América rusa y en otras tribus del Noroeste, hasta California, se ve patente el origen asiático; la incursión en el Nuevo Mundo, por las islas Kuriles y Aleucias, de tártaros, kantschastkales, japoneses y chinos. Tienen la nariz ancha y aplastada, los pómulos salientes, la encarnación amarillenta, los ojos oblicuos y el cabello lacio. Algunos tienen barba. Suele ser gente mansa y sumisa. ¡Cuán diferentes, en cambio, son los iroqueses, los crikes y otros pieles rojas, aborrecedores y rebeldes de nuestra civilización, valerosos e indómitos y cuyo hermoso y noble aspecto los asemeja a la raza caucásica! Distintos eran también los chichimecas, toltecas y aztecas y otros habitantes de Méjico y de la América Central, fornidos, de buen talle, morenos, con gruesos labios y frente estrecha; bravos y crueles como los pieles rojas. En fin: en la América del Norte había hasta tribus de piel blanca y de cabellos rubios.

En la América del Sur era aún mayor la diversidad de razas. Los araucanos, chatos y de no domada cerviz; los tupíes, parecidos a los pieles rojas; los guaraníes, pequeños, rehechos, lampiños y con manos y pies delicados y menudos; los apiacas y los abipones, esbeltos y gallardos como los europeos; casi negros los puelches y los charruas; los aimaras, en el Perú, semejantes a los toltecas, como si procediesen de ellos, y los quichuas, dominadores de los aimaras, distinguiéndose por el extremadamente corvo y aguileño de sus narices.

La contemplación de tan diversas gentes y de su barbarie a que su aislamiento del Antiguo Mundo las había traído o en que las había mantenido, desató, para describirlas, la rica vena del insigne poeta brasileño Araújo Porto Alegre. En su poema *Colón,* cuando va navegando hacia América, el héroe tiene un pasmoso sueño profético. Los espíritus elementales, los genios del aire, del agua, de la tierra y del fuego,

gnomos, ondinas, salamandras, silfos,

desenvuelven a sus ojos, en ingente y animado panorama, todo el Nuevo Mundo que va a descubrir. Sus habitadores, a lo que entiende el poeta, no pueden mostrarse a Colón sino bajo la semejanza de aquellos bárbaros, que los escritores griegos y latinos nos pintan, según en varias edades, o fueron domesticados por el Imperio romano o lo invadieron y destruyeron.

Aunque sea mal, voy a extractar y traducir aquí algunos versos, a fin de dar idea del sueño:

De la escarpada sierra bajan huestes
con broqueles y lanzas. Pieles visten
y plumas los guerreros. Su bizarro

aspecto belicoso miedo infunde.
Imberbes y cobrizos, sin cultura,
en el traje remedan y en los gestos
las bárbaras falanges de otras eras,
cuando era selva Europa y entre llamas
cayó, a los pies de Genserico, Roma.
El cimbro allí, con emplumada frente
que marcha a combatir; el rudo avaro
que pide sangre en desacordes himnos;
el alano robusto que transporta
el techo errante y la familia libre;
enemigo del fuego el huno oscuro,
que salpica su túnica con sangre,
horror de Felimer; y los gelones
en el campo de Varo sus estacas
mortíferas blandiendo. Allí los pictos
embijados, de humana carne ansiosos,
los agatirsos que el cabello tiñen
de azul, y los vampiros sarracenos
que chupan del vencido las arterias.
Y vio Colón también nuevos druidas
que el corazón arrancan y lo ofrecen
humeante al sol, y en la mitad de un lago
vasta ciudad con moles esculpidas
por obreros que el hierro desconocen;
y pirámides altas y paredes
exornadas con cráneos y cubiertas
de grotescas imágenes, en donde
adquiere forma la fealdad sublime,
cuyo culto ideal se esmera y pugna
por tener majestad en su fiereza.

Acaso no poca de esta fiereza sea obra de la imaginación del vate, a fin de hacer mayor efecto por el espanto. Acaso, como ya dije en mi anterior artículo, no habría tantos indios en América; pero bastantes eran y de sobradas castas y linajes para que se haga imposible atribuir tan abundante y variada población a europeos náufragos o extraviados, o a colonos fenicios, cartagineses, irlandeses o islandeses, que no consta que fundasen jamás ningún establecimiento ni muy importante ni muy durable, que solían llegar sin mujeres, y que, si llegaban, llegaban en barcas, cada una de las cuales no tenía más de treinta o cuarenta hombres de tripulación.

Más verosímil es que América fuese poblada por el Occidente. Sin creer con seriedad en que los israelitas o algunos de los fabricantes de la famosa torre pudiesen venir peregrinando desde Babilonia hasta el estrecho de Behring, hay razón para sostener que no pocos colonos de otras tribus y más cercanas comarcas pasaron por dicho estrecho o siguieron la cadena que entre Kamchastka y Alaska forman, a modo de pasaderas, las islas Aleucias.

Cabe asimismo en lo posible que, impulsados por los vientos, aportasen al occidente de América algunos isleños de la Polinesia, atrevidos navegantes que usaban grandes piraguas, capaz cada una de transportar 150 guerreros.

Consta, por último, que los chinos y los japoneses conocían y visitaban la América desde muy antiguo. Los chinos la llamaban Fu-Sang, y Fu-So los japoneses. De Guignes, Paravey y otros sinólogos han presentado textos de autores chinos que prueban los viajes de sus compatriotas al Nuevo Mundo antes de los europeos. En el siglo V fueron a América, desde el país de Ki-Pin, misioneros budistas.

Todo esto, sin embargo, es insuficiente; no explica bien cómo América se pobló. Y así, de no suponer el autoctonismo americano, conviene abrir al torrente de la emigración más ancho y fácil cauce, allá en edades prehistóricas para los mismos europeos.

Confirma mi opinión el más ligero examen de las lenguas americanas. Su multitud asombra. Unos cuentan 1.5000 lenguas; otros llegan a contar 2.000. Son tan diferentes de las del Mundo Antiguo, que dice Hervás: «El no hallarse en ellas palabras de los idiomas europeos, asiáticos y africanos basta para que se conozca claramente que las naciones de América, sin mezclarse ni tratar con las de otros continentes, pasaron allí al suceder la dispersión del linaje humano...».

Ni veo yo que Hervás, como asegura Max Müller, reduzca todas las lenguas americanas a once familias: cuatro para el Sur y siete para el Norte. Lo que dice Hervás es que, a pesar de la diversidad y muchedumbre de lenguas que hay en América, pues no hay tantas en todas las demás naciones conocidas de todo el orbe, y eso que en América faltaba aún, en tiempo de Hervás, no poco por descubrir, se puede decir que hay once naciones principales que han impuesto sus idiomas a la mayor porción de aquel mundo. Son estos once idiomas: en la América del Norte, el mejicano, el tarahumano, el pima el hurón, el algonquín, el apalachín y el groenlándico; en la América del Sur: el araucano, el guaraní y el quichua, y el caribe, que en ambas Américas se habla. Nada de lo cual significa que Hervás convierta dichas once lenguas en madres de las otras. Al contrario: Hervás halla tan extraordinaria la diferencia de ellas entre sí y con relación a las del Mundo Antiguo, que deduce de ahí el pase de los primeros pobladores a América en edad remotísima y prehistórica, y si bien considera posible la población de la América del Norte por el estrecho de Behring, no cree lo mismo de la América meridional. «Las lenguas -dice- de las naciones de ésta no me dan el menor fundamento para conjeturar que ellas hayan pasado por la América septentrional; por lo que, sin pasar por ésta, debieron de haber entrado en la América meridional, lo cual no pudo ser sino suponiendo la unión del África con ella por medio de la famosa isla Atlántida, de cuya sumersión se encuentran aún señales indudables en el mar...».

Sin duda consistió el que se conservasen tantas lenguas y tal vez el que naciesen otras, o en el aislamiento de las tribus o en la guerra perpetua en que vivían, ya que las lenguas que no se escriben cambian fácil y rápidamente; mas, a pesar de todo, yo no me atrevo a dar crédito a lo que afirman algunos autores sobre la rapidez de estos cambios. Cuentan que hubo misioneros que, después de haber recogido con gran cuidado y diligencia todo el léxico del idioma de una tribu y estudiado además las formas gramaticales de dicho idioma, tuvieron necesidad de ausentarse, y cuando volvieron o enviaron a otros con los citados léxico y gramática, hallaron que ya no entendían a aquellos salvajes, porque habían adoptado o inventado otro idioma enteramente distinto.

Personas doctas, para demostrar que la lingüística, más que de las ciencias naturales, es ramo de las ciencias psicológicas y políticas, y que en el habla importan, más que el organismo, la inteligencia y la voluntad, ponen como ingenioso argumento que los animales no mudan sus gritos y voces, porque si un perro vive entre vacas sigue ladrando y no muge, y si un toro vive entre caballos, brama y no relincha, mientras que el inglés, si vive en España, sale hablando castellano, y el español, si vive en Grecia, acaba por hablar griego. Pero el

argumento no tiene, a mi ver, bastante validez, y siempre deja mucha prueba en favor de que en el lenguaje hay también algo de orgánico.

Es general en todos los pueblos la constancia para conservar el idioma nativo, por donde yo no puedo creer que los indios cambiasen con tal rapidez su lenguaje, aunque éste no tuviese literatura. Apenas la tiene el vascuence y aún persiste entre españoles, desde hace acaso tres mil o más años. Entre las conquistas de los romanos, de lo que yo más me maravillo es de que impusieron el latín a las naciones que sujetaron a su imperio, si bien procuro explicármelo imaginando cierta afinidad con el latín en las lenguas que hablaban antes de la conquista romana dichas naciones. En América misma, con todo su despótico poder y su obstinado empeño, los incas no lograron imponer la lengua quichua a los pueblos vencidos, y aun en quienes la impusieron, fue de modo tan violento y efímero, que, no bien disuelto por Pizarro el imperio del Perú, el quichua se fue abandonando u olvidando y volvieron a hablarse sólo los antiguos idiomas de las varias tribus. De ello se lamentaba el padre Blas de Valera, citado por Garcilaso, ya que, con tanta variedad de idiomas, y sin la lengua oficial del Cuzco, era harto difícil entenderse con los indios del Perú y evangelizarlos.

Patente queda, pues, que los muchos idiomas de América, más que de la inventiva y volubilidad *glótica* de los indios, proviene de la tenacidad en conservar el habla de sus mayores.

Todo da indicios y más que nada los idiomas, no del autoctonismo, pero sí de la antigüedad, aunque apenas con historia, de las naciones americanas. Así su muchedumbre, su poco parecido a las del Antiguo Mundo, y hasta el carácter primitivo de algunas lenguas, que son monosilábicas, como el otomí y la pamé, y la singular condición polisintética de otras, que llaman holofrásticas, porque aglutinan los vocablos, desfigurándolos y mermándolos, para que expresen juntos ideas completas en palabras de extraordinaria longitud a veces.

Sirva de ejemplo el nombre de una ciudad del reino de Acolhuacán, que se llamaba *Achichilacachocán,* lo cual dicen que significa «sitio en que los hombres lloran porque el agua está colorada»; y también los nombres de ciertas dignidades sacerdotales, pues, a la manera que tenemos nosotros en las catedrales el deán, el doctoral, el lectoral y el arcediano, en Méjico, tenían, en los templos, el *atempanteochuatzin,* el *teztatzoncatlometochtlí,* el *omotochtliyauhqueme* y los *monauhxiuhcauhques,* de quienes se cuenta que hacían penitencias terribles, lo cual se explica con sólo que tuvieran que pronunciar a menudo el nombre que llevaban. El infierno mejicano estaba dividido, como el de Dante, en zonas, regiones o departamentos, con no menos variada profusión de suplicios; y el séptimo de estos departamentos se llamaba el *izmictlanapochealocán,* o sea, como si dijésemos en un solo vocablo, *lugar de los muertos donde hay agua y humo.*

El idioma que en Europa se parece más a las lenguas americanas aseguran los filólogos que es el vascuence, que es también el más primitivo.

Diré ahora, en resumen, lo que yo infiero de lo dicho hasta aquí. Infieroque de los documentos americanos pintados, de antes del descubrimiento, nada se sacaría en claro si de antemano no se supiese por tradición oral casi todo lo que se saca: que todos los documentos escritos, códices, libros sagrados, remedando los de la Biblia, etcétera, son posteriores al descubrimiento; que de la historia de América poco se sabe de fijo que vaya más allá de tres o cuatro siglos antes de Colón; y que, según los más razonables arqueólogos, no hay templo, ruina, pirámide, majano, ídolo, ni vaso en América, de que pueda afirmarse que sea anterior al siglo X o al IX de nuestra Era. Pero infiero también, por la muchedumbre de razas, por la extraña diversidad de idiomas, por el patente aislamiento de los indios (salvo las momentáneas y confusas apariciones de profetas y legisladores extranjeros) y por tradiciones

míticas pertinazmente conservadas, que, si prescindimos de pequeñas colonias, que, en edades históricas, después de Buda y de Cristo, han podido llegar, por Alaska y por Groenlandia, los indios, en su mayoría, estaban en América desde una época remotísima y enteramente prehistórica para el Antiguo Mundo.

Viene en apoyo de esto cierta civilización superior y anterior a las de los incas, toltecas y aztecas, de la cual hay vestigios y recuerdos tan vivos que constituyen certidumbre, y que desde la América Central hubo de dilatarse a la del Sur y a la del Norte. Para los hombres que conservaban algo de esta civilización, aunque ya harto decadente el dominio de los incas en el Perú pudo ser como el de los ostrogodos en Italia, y la llegada al Yucatán y a Méjico de los chichimecas, toltecas y aztecas, como la invasión de los bárbaros del Norte respecto a la civilización grecolatina.

Esta muy antigua y tradicional civilización de América hubo de tener su principal asiento y primer foco en el Yucatán, en donde Landa y otros historiadores aseguran que fue importada por mar desde grandes islas que había hacia el Oriente. Y más confirma aún la hipótesis de la Atlántida lo que referían, por tradición, los yucatecos acerca del gran imperio de Xibalba. Coincidiendo con lo que refiere Platón, contaban los indios que el mencionado Imperio estaba gobernado por dos reyes supremos, los cuales tenían bajo sus órdenes a otros diez reyes, cada uno de ellos señor de un gran reino, y formando todos juntos una Confederación poderosa, que llegó a dominar el mundo entero, hasta que ocurrió un espantoso cataclismo y el Imperio de Xibalba se hundió en el Océano.

Después de hundida Xibalba, o sea la Atlántida, ¿quién sabe lo que pudo durar y duró la civilización que en América los atlantes dejaron? Desde la época en que, si damos realidad al mito, hay que poner la sumersión de la Atlántida, hasta la época en que empiezan las historias americanas, además harto inseguras y discrepantes, hay un intermedio de dos mil o tres mil años o más.

Un eruditísimo historiador mejicano de nuestros días dice que la vieja civilización del Sur (supongamos que fue la de los atlantes) desapareció al impulso de las tribus que vinieron del Norte, a las cuales, convertidas luego en naciones poderosas, encontraron los conquistadores españoles.

Prescindo de las enormes discrepancias de los historiadores de la antigua América. Yo me inclino a creer, aunque apenas me atrevo a declararlo para que no se enojen y me tilden de ignorante, que cada uno dice lo que se le antoja, apoyado en *pinturas* o en algún precioso *códice,* que ha visto o posee, escrito siempre por algún indio, ya cristianizado, y a cuya fantasía cronológica el padre Petavio o algún sabio antecesor suyo suele cortar las alas.

¿Cómo conciliar lo que dice el señor Chavero de la llegada de los toltecas en el siglo V con lo que afirma el obispo Carrillo de que los mayas eran descendientes de los toltecas y ya fundaban ciudades en Yucatán, antes de que Roma fuese fundada?

De cualquier modo que sea, para que lo de la Atlántida tenga visos de verdad es indispensable saltar por cima de todas éstas desacordes historias e ir mucho más allá, en lo pasado, con el apoyo de otro género de documentos, indicios y razones. Es menester interpretar las mitologías y dar a varias narraciones cosmogónicas un valor histórico y es menester no oponerse, por ejemplo, a que los anales jeroglíficos aztecas de los *soles* o cataclismos abarquen un período de dieciocho a veinte mil años, donde ya pueden estar a sus anchas, extenderse y poner cuanto quiera.

Pongamos nosotros el más antiguo de los mencionados soles o cataclismos: el llamado *Atonatiuh* o *sol de agua.* En él pereció ahogada casi toda la Humanidad. «El relato bíblico - dice el señor Chavero- nos recuerda este cataclismo en el Diluvio. La ciencia lo refiere a la separación de los continentes y al hundimiento de la Atlántida.».

Véase, pues, como los autores más entendidos y versados en cosas americanas vienen a parar todos en la Atlántida, aunque por diferentes caminos.

Todavía me queda por tratar del argumento, a mi ver más poderoso en favor de la existencia del Imperio de los atlantes y de la difusión por ambos mundos de su dominio y cultura. Lo que me aflige es que la base de este argumento ofrece enormes dificultades para tratada por mí. Es muy científica, y yo soy hombre de poquísima o ninguna ciencia, y hasta ahora los hombres verdaderamente científicos apenas la han tratado y dilucidado. Me refiero al alfabeto de los mayas.

Nos conservó este alfabeto la inteligente laboriosidad de fray Diego de Landa. El manuscrito que lo contenía estaba custodiado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid, de donde lo tomó y publicó, en 1864, el abate Brasseur de Bourbourg.

Los veintisiete signos fonéticos de este alfabeto se ve claro que fueron ideográficos en un principio. Convertidos después en letras, hubieron de simplificarse perdiendo gran porción de los rasgos del dibujo. Ignacio Donnelly los simplifica más aún: abstrae de cada letra los rasgos más característicos, y, hecha esta ingeniosa operación, compara las abstraídas letras mayas con las correspondientes de los más primitivos alfabetos de nuestro hemisferio, y encuentra entre ellos notable parecido. ¿Será, pues, antiquísimo el alfabeto de los mayas? ¿Provendrá del de los atlantes, ya que no sea el mismo? ¿Lo llevarían los atlantes, en sus conquistas y excursiones, a los egipcios y a los sidonios desde donde modificándose más tarde, iría a dar origen a las letras etiópicas, hebraicas, griegas y latinas?

Se da por probado que todos o casi todos los alfabetos proceden del fenicio, y que éste procede de jeroglíficos egipcios de los cuales tomaron los cananeos, cuando reinaron en Egipto los hiksos o pastores, cierto número de caracteres que respondían a las articulaciones fundamentales de su idioma; pero ya los mencionados jeroglíficos egipcios habían de constituir un alfabeto, o sea una serie de signos fonéticos, o de letras. Si hemos de creer que los atlantes las introdujeron en Egipto, antes de que la Atlántida se hundiese, eso hubo de ser tres o cuatro mil años antes de nuestra Era. Puede suponerse, además, que los atlantes llevaron su alfabeto, no sólo a Egipto, desde donde se difundió, sino también, directa e inmediatamente, a otras regiones, ya que hay alfabetos en el antiguo Oriente, que se parecen, más que al fenicio, al maya. Tal es el de una inscripción de un rey de Cilicia, llamado Tarcondemo, que vivió siete siglos antes de Cristo. En esta inscripción, que nadie ha podido entender hasta hoy, las letras están aún llenas de complicaciones, y figuras y rostros humanos, como las letras de los mayas.

En suma: Ignacio Donnelly sutiliza y alambica tanto, que casi nos hace creer que el alfabeto de los mayas es el más antiguo de toda la Tierra.

Véase aquí otra demostración:

Los egipcios decían que el dios Thot había inventado el alfabeto, y como este Thot es el Hermes de los griegos y el Mercurio de los latinos, y Mercurio era hijo de Maya y nieto de Atlas, viene a resultar que el alfabeto primero fue el de los hijos de Maya y nietos de Atlas, o dígase el alfabeto de los mayas y atlantes.

Para que no nos confundamos, para que no caigan en error los poco curtidos en estas ciencias, importa distinguir la escritura en general de la particular alfabética. Pudo escribirse, y se escribió, con miles de signos ideográficos, como escriben aún los chinos, o con centenares de signos, expresando sílabas, como escribieron los antiguos caldeos, los asirios, persas y otros pueblos que emplearon la escritura cuneiforme; pero esto nada tiene que ver con el alfabeto que conservaban los mayas y que fue inventado y difundido por los atlantes. Los atlantes mismos acaso no lo inventaron, sino que acertaron a conservarlo como el resto de más valor y utilidad de la primera civilización humana, anterior a todos los diluvios, hundimientos y torres de Babel que hubo o pudo haber habido.

Los turdetanos, por testimonio de Estrabón, tenían poemas y códigos escritos, con siete u ocho mil años de antigüedad; en la India se hablaba de un libro compuesto por el primer avatar de Visnú, y que el mismo dios salvó del Diluvio, convirtiéndose en pez y sacándolo del fondo del agua; los rabinos hacen literatos a Set y Adán, y aun afirman que dejaron libros escritos por ellos; y los druidas se jactaban también de autores célticos antediluvianos, que no sé bien si se llamaban Hu y Perylit, o algo por el estilo.

Ninguno de estos libros se conserva ya en biblioteca pública ni privada, por rica que sea. Todos, por desgracia, se han perdido. No debemos extrañar, por consiguiente, que se hayan perdido del mismo modo los libros mayas, escritos con el mencionado alfabeto, y, sobre todo, los libros atlantes.

Cuenta Platón que en la Atlántida se ponían las inscripciones en columnas de bronce y en láminas de oro: bizarría y magnificencia que han de haber contribuido a que todo ello se pierda, ya por lo pesado, ya por lo rico del material, que se habrá sumergido para siempre o se habrá derretido para provecho o remedio de algún ignorante necesitado que lo hallase.

Más acertados y modestos anduvieron, por ejemplo, los acadíes, o sea los inventores de los signos cuneiformes o los que de ellos se servían desde antes de Likbagas, rey de Ur, los cuales eran los más aficionados a escribir, entre los hombres que formaban el antiquísimo Imperio de Kiprat-arbat, o de las cuatros razas, o de Arbalisún, o de las cuatro lenguas. Estos escribieron sus libros en ladrillejos muy delgados y bien cocidos, que se han conservado hasta hoy. Muchos se guardaban en la Real Biblioteca de Asurbanipal, rey de Asiría. Allí los halló el señor Layard, a quien todos hemos conocido cuando estuvo aquí de embajador de Inglaterra, adonde los llevó, depositándolos en el Museo Británico. Aunque la lengua acadí era ya lengua muerta, ocho o seis siglos antes de Cristo, cuando reinaba en el citado Asurbanipal, quien tenía los libros como tenemos nosotros libros en latín, los sabios de ahora se han afanado tanto y con éxito tan dichoso que han resucitado la lengua acadí, de la familia de los turaníes y algo parecida a la vascuence, y han traducido los libros escritos en ella, muchos de los cuales circulan por ahí en francés, para que los lea cualquiera. ¡Ojalá pudiéramos hallar algún libro atlante y traducirlo del mismo modo!

Yo no creo que exista ya libro atlante. Me parece, aunque no me atrevo a afirmarlo que no existe libro maya tampoco, escrito con el propio alfabeto; pero, en fin, no poco se sabe o se imagina de los atlantes, y voy a ver si atino a ponerlo aquí con claridad y en compendio.

Para conseguirlo tendré que remontarme a no pequeña antigüedad; tendré que volar con la imaginación más allá del año 2350 antes de Cristo, en el cual se derritieron y derrumbaron los hielos del Polo Norte; se abrieron, por la gran sacudida, anchas y hondas grietas en la corteza de nuestro globo; las islas de Rodas y Samotracia estuvieron a punto de ser tragadas por el mar; el Bósforo se abrió sin necesidad de ningún Lesseps; se secó un mar que separaba la China de la Mogolia, y, por último, se hundió la Atlántida bajo las ondas encrespadas del mar que conserva su nombre.

Todo esto lo refiere con la mayor exactitud en la fecha, y con la misma puntualidad que pudiera tener un testigo ocular, el señor G. Rodier en su amenísima y sorprendente obra titulada *Antigüedad de las razas humanas.* Bien puedo yo ir más lejos y contar lo que sucedía en la Atlántida antes de que se hundiese, en aquel aciago año 2350. La época es reciente, si la vemos en las tablas cronológicas del señor Rodier, que empiezan veinticuatro mil años antes de Cristo y que ya hacia el año 8000 ponen una invasión de los atlantes en el Mediterráneo, la cual fue rechazada por los egipcios, auxiliados de los primitivos griegos o jaones. Pero todo esto bien merece otro artículo, que he de procurar sea el último y que termine esta serie.

Madrid, 1892.

Sobre dos tremendas acusaciones sobre España del angloamericano Draper

Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada», por don Francisco Javier Simonet, «Shall Cuba be free?» (Artículo de Clarence King en la revista de Nueva York «The Forum»)

El librito cuyo título va en el epígrafe contiene, en pocas páginas, bastantes datos y mucha doctrina; mas no sólo por esto, sino por las ideas que sugiere y por los comentarios de que puede ser objeto, ha llamado mi atención y me ha movido a llamar también sobre él, si puedo, la atención del público.

El señor Simonet, autor del libro, es un arabista de reconocido mérito, de grande ilustración y catedrático en Granada de la lengua del Yemen. Ha publicado ya varios libros en que muestra su mucho saber. Uno de ellos ha sido premiado por la Real Academia Española, y otro ha sido premiado por la Real Academia de la Historia.

La obra de que nosotros vamos a hablar es menos fundamental y profunda; es una obra de divulgación. Y si bien trata de sucesos pasados ya hace siglos, tiene, en nuestro sentir, un interés de actualidad.

En las naciones extranjeras abundan los escritores desapasionados y juiciosos, de quienes no podemos quejarnos; pero no escasean tampoco los escritores violentos, ciegos de furor, fanáticos con el fanatismo que hoy se estila, y tan acérrimos enemigos de España, que no hay crimen, maldad e infamia que no atribuyan a nuestra nación, infiriendo de ahí que la postración y decadencia en que hoy estamos es un justo castigo de Dios, y si no cree en Dios el que de esta suerte quiere requebrarnos, una ineludible consecuencia de las leyes fatales, impuestas no se sabe por quién, que dirigen y ordenan la marcha de la Humanidad a través de los siglos.

Con algunos autores tenemos cierta disculpa, ya que para ellos no hay responsabilidad ni libre albedrío. Todo o casi todo depende del medio ambiente. Y si nosotros somos crueles, codiciosos traicioneros y, sobre todo temerosos de Dios, que, según Buckle, es la peor de de las cualidades, todo ello consiste en que en España no hay lluvias regulares, sino feroces tormentas y prolongadas sequías, y, además, tal multitud de terremotos, que nos tienen siempre con el alma en un hilo y con el corazón en un puño y producen en nosotros la crueldad y la intolerancia religiosas.

En prueba de que no exagero y de que no pueden ser más atroces las injurias que nos dirigen algunos escritores, cuyas obras se traducen al castellano, teniendo acaso nuestro público el mal gusto de estimarlas y la candidez de creer lo que dicen, citaré al célebre catedrático de la Universidad de Nueva York Juan Guillermo Draper, el cual, en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, asegura que España, en justo castigo de sus espantosos crímenes, está hoy convertida en un horrible esqueleto entre las naciones vivas, y añade Draper: «Si este justo castigo no hubiera caído sobre España, los hombres hubieran ciertamente dicho: no hay retribución, no hay Dios.» Por donde se ve que es un bien y no un mal el que este pobre país esté muy perdido, porque, mientras peor estemos, mayores y más luminosas serán las pruebas de la existencia de Dios y de su justicia. Largo es, muy largo, el capítulo de culpas que Draper nos echa a cuestas; pero las dos culpas más enormes son las de haber destruido por completo, o casi por completo, dos civilizaciones: la oriental y la occidental.

La primera de estas dos acusaciones no es tan ridícula como la segunda, de que hablaremos después; mas no por eso es menos falsa.

Indudablemente, los árabes, antes del Islam, poseían cierta extraña cultura, en algunos puntos patriarcal y propia de pueblos nómadas y pastores; en otros puntos, como, por ejemplo, en la poesía, hasta refinada. Cuando, entusiasmados por las predicaciones de su profeta, se arrojan a conquistar el mundo, no se puede decir que fuesen bárbaros. Tal vez por no serlo y por hallarse muchos países vejados, humillados y oprimidos por razas conquistadoras y por gobiernos despóticos, les fue fácil conquistarlos. Tal vez fueron recibidos como libertadores en algunos países, o el pueblo, al menos, se sometió con docilidad a su yugo, no hallándolo más pesado que el que antes sufría. Así se explica, por ejemplo, que cuatro o cinco mil muslimes conquistasen a Egipto. Así se explica que no muchos más hiciesen la conquista de España. En poco tiempo se extendió el imperio musulmán desde la India y las fronteras de China hasta el mediodía de Francia, salvando los Pirineos. Los árabes, sin embargo, no eran muchos, y arrastraron en su expansión, valiéndose de ellas para triunfar, a hordas bárbaras o semisalvajes, como los habitantes del norte de África, mauritanos, bereberes, o como queramos llamarlos. En España se llamaron y se llaman moros. Sin duda, por cada árabe de los que vinieron a la conquista de España, bien se puede suponer que hubo un centenar de moros. Y esto en el principio, mientras España estuvo sometida al califato de Oriente, y también, así durante la independencia de la España musulmana del mencionado califato como desde la fundación del de Córdoba hasta su desmembración y ruina después de la muerte de Almanzor. La multitud de reyezuelos que surgieron de la ruina del califato, cuando no eran renegados españoles, eran moros y no árabes. Y, por último, en la época de las dos primeras grandes invasiones africanas, la de los almorávides y la de los almohades, que en España prevalecieron y duraron, el elemento arábigo entró por muy poco, los invasores y dominadores de España fueron africanos bárbaros que no pudieron traer ni trajeron ningún principio civilizador a nuestra Península. Aquí fue donde se domesticaron y civilizaron algo, sometiéndose sin sentirlo los vencedores a la superior inteligencia y saber de los vencidos y al influjo que de esto nace.

Los árabes mismos no poseían, al extenderse por el mundo y al apoderarse de España, una civilización superior y propia. Tuvieron, sí, el mérito de no destruir la civilización de los países que ocuparon, de aceptar y de recibir en cada región algo de lo que allí se sabía, ya conservándolo para que no se olvidase o se perdiese, ya siendo como vehículo para llevarlo de una región en otra. Esta buena cualidad, que no fue sólo tolerancia, sino curiosidad simpática y afición respetuosa al saber de los vencidos, valió de tal suerte que durante algunos siglos, acaso hasta después de las últimas cruzadas, pudo creerse que el mundo musulmán era más culto que el mundo católico, y los espíritus superficiales pudieron esperar o temer que el islamismo, en Asia, en el norte de África y en España, arrebatase al cristianismo europeo la

bandera del progreso y la antorcha de la cultura. Casi todo este brillo, sin embargo, y esta aparente superioridad en algunos momentos históricos se debieron en todas partes, y más que en ninguna en España, a la civilización de los vencidos, a veces respetada, por lo cual merecen los vencedores elogio; a veces, viva y retoñando y reverdeciendo siempre, sin que pudieran los vencedores arrancarla de cuajo, a pesar de los esfuerzos que hicieron, y al fin, sometiéndose a ella.

En suma: no es posible descubrir en toda la cultura hispanomuslímica cosa alguna de valer que haya surgido en Arabia o en África entre alarbes y moros, y que desde allí haya venido a España. A mi ver, cuanta alabanza se quiera dar a la cultura muslímica española es alabanza que se da a los españoles mahometanos y no a moros ni a árabes que viniesen de fuera trayendonos ciencias, artes o industrias que aquí no existiesen o que aquí no tuviesen origen.

Por lo demás, yo creo que en la prosperidad y en la grandeza de los estados o reinos musulmanes que hubo en España entran por mucho la ponderación y la jactancia de los historiadores. Entra también por algo la manía de no pocos críticos y pensadores modernos de encarecer o ensalzar demasiado cosas que, si bien son bellas o buenas, no merecen tan ponderativos encarecimientos.

Apenas hay gran pueblo, de los que más han figurado en la Historia, que no haya dejado más hermoso y brillante rastro de sí que los árabes en sus monumentos.

Se supone, y no he de negar que es suposición muy poética, que la cultura arábiga, no sé si en España sólo o también en otros países, depende o está ligada a una estrella que los griegos llamaron Canopo y los árabes Sohail. Esta estrella brilló, siglos ha, muy alto sobre el horizonte de España. En el día, a causa de la precisión de los equinoccios, apenas se levanta poco más de un grado sobre el horizonte de Cádiz. Cuando Sohail desaparezca de nuestro cielo, desaparecerán también y serán ruinas y escombros los monumentos del arte arábigo que en Espata quedan.

Esperemos que este vaticinio astronómico no se cumpla, para lo cual importa que haya restauradores artistas como el señor Contreras y que nuestros ministros de Fomento no escatimen los recursos, no ya para conservar lo que aún existe, sino para restaurar lo que se halla lastimosamente medio destruido. Así, por ejemplo, yo no me contento con que la Alhambra se conserve, sino que, si de mí dependiese, haría restaurar las dos torres de las Infantas, y de la Cautiva, cada una de las cuales es, o, mejor dicho, ha sido y puede volver a ser, una primorosa filigrana; un palacio o casa real de la Alhambra en miniatura.

Acaso como arquitectos es como los árabes son o han sido más originales. Pero ¿quién negará que su arquitectura tiene escasa majestad y solidez, y que se distingue y es digna de elogios más que por nada, por las menudencias y prolijidades del ornato?

El edificio más grandioso que de la época muslímica queda en España es la catedral de Córdoba, la antigua Mezquita de Abderramán. Pero en aquel bosque de columnas que forman las diecinueve naves o calles, ¿hay muchas columnas que sean arábigas? ¿No ve hasta el más profano que todas o casi todas son de templos cristianos o gentílicos, de la época romana o de la época visigótica, arruinados y despojados por los muslimes para edificar y hermosear su templo? Este templo, a decir verdad, no me entusiasma tanto como a otros, en cuyo entusiasmo me parece advertir no poco de extravagancia. Hasta figurándome la Mezquita íntegra, en todo su esplendor, sin templo cristiano en su centro y tal como estaba en la época de los Abderramanes, sin la pared que la limita ahora hacia el patio de los Naranjos, y dejándose ver desde él toda la longitud de las diecinueve calles, alumbradas, por lámparas de

plata y oro, y hasta figurándome además en todo su esplendor y belleza los primorosos mosaicos, alicatados y dibujos de la capilla del Mihrab, yo hallo, y he de confesarlos aquí aunque se pongan las manos en la cabeza los que me lean, que me parece más hermoso, más digno, más artístico el templo cristiano que se levanta ahora en medio de la mezquita y que tantas y tantas personas lamentan el que allí se haya levantado. Para mi gusto, no ya el templo en su totalidad, sino alguno de sus pormenores, como, por ejemplo, la sillería del coro, vale más que el Mihrab con todos sus arabescos y que cuantos primores, labrados con prolijidad bárbara, contiene y contuvo la mezquita en su época más brillante.

No discuto aquí si hubiera sido o no mejor edificar en cualquier otra parte et templo cristiano y dejar la Mezquita íntegra y tal como estaba. Falta de sentido arqueológico y de buena crítica de bellas artes puede afirmarse que hubo en esto; pero, en el siglo XVI, ¿hubiera habido en cualquiera otra nación de Europa un amor más fino a la arqueología y un juicio más claro sobre el valer artístico e histórico de un monumento, que hubieran impedido, sobreponiéndose al sentimiento religioso, la construcción de un templo cristiano en el centro de la Mezquita? Si, por una parte, algo de la Mezquita se destruía, ¿cómo negar, por otra, que hay no poco de poético y de sublime en la idea realizada de levantar, en medio del más espléndido santuario del islamismo y del arte oriental, otro magnífico santuario, según el gusto europeo, más adecuado al culto y glorificación del Dios trino y uno?

No negaré yo la gracia y el encanto de algunas construcciones arábigas.

Si los árabes produjeron algo original fue en arquitectura, aunque tal vez tomasen mucho del arte bizantino y de la arquitectura de la India y de Persia y de otras regiones que invadieron o conquistaron.

Aun así es de notar y de deplorar la vida efímera e inconsistente de los monumentos arábigos. La estrella Sohail no se había ocultado aún bajo el horizonte de España, y ya no había en Córdoba ni huellas de los palacios de los califas; Medina-Azahara se había desvanecido; los alcázares y jardines de Almotamid, en Sevilla; de Almotacín, en Almería, y de otros reyezuelos elegantes y sibaríticos, se diría que se los había tragado la tierra. De ellos no queda una columna en pie, ni huella, ni rastro. Todavía en Grecia, en Sicilia y en Italia están erguidos y casi completos monumentos del arte helénico, anteriores de seis o siete siglos a la Era cristiana; en Egipto, en la India y en Persia y en otras tierras del centro de Asia subsisten pasmosas obras que dan testimonio del poder arquitectónico de pueblos que fueron grandes hace miles de años, mientras que de los árabes, sobre todo en España, y de la mejor época, apenas queda nada. El mismo Alcázar de Sevilla, más que moro, es mudéjar, y honra más el buen gusto del caprichoso y popular tirano don Pedro de Castilla que la elegancia del rey poeta Almotamid, o la magnificencia de su tremendo padre, que adornaba sus jardines y las puertas de su alcázar con las cortadas cabezas de sus enemigos.

Los encomiadores de los tiempos muslímicos en España ponderan más aún, y no menos superficialmente, el gran florecimiento y prosperidad a que la agricultura había llegado entonces. Para las irrigaciones, sobre todo, no tienen más que alabanzas. Hay quien imagina que España en tiempo de los moros era toda ella una florida, amena y fructífera huerta que los cristianos luego hemos marchitado y destruido. Nada más falso que este aserto. Bastante digno de encomio hicieron los moros (o, mejor dicho, los españoles musulmanes, pues no hay razón para que fuesen moros o para que nosotros así los llamemos), a fin de cultivar, regar bien y hacer productiva la tierra, especialmente en Valencia, Alicante, Murcia y Granada; pero cuando se estudia bien este asunto se ve que los cristianos hicieron más y mejor para el mismo fin después de la conquista, así en grandiosas y útiles obras hidráulicas como en leyes y reglamentos para organizar sabiamente el regadío. Don Jaime I de Aragón y don Alfonso el Sabio de Castilla, aunque no tuvieran más que este mérito, gozarían de inmortal popularidad y

serían gloriosos y benditos. Pero hay más aún: los más colosales trabajos realizados para el riego, trabajos que pasman por su solidez y magnificencia, son de las épocas en que se supone a España sumergida en las tinieblas horrorosas de un brutal fanatismo; son del reinado de Felipe II, bajo cuya protección y por cuya excitación se construyeron los admirables diques y pantanos de Alicante, de Elche y de Almansa, o son del tiempo de Carlos III, bajo cuya protección y por cuya excitación se hicieron los de Lorca.

En artes y letras es mayor desatino sostener que los moros importaran nada en nuestro país, ni influyesen, salvo un poco en la arquitectura, en el desenvolvimiento intelectual de los españoles. De escultura y pintura no hay que hablar, pues aunque, a veces, faltando a los preceptos de su religión, escupiesen y pintasen algo, lo por ellos pintado y esculpido fue grosero y rudo. Así lo atestiguan las esculturas y las pinturas que en la Alhambra se conservan. Poesía dramática no tuvieron nunca. Algo de poesía épica o narrativa puede decirse que tuvieron, si bien no tuvieron nada que ni remotamente pudiera compararse, no digamos ya al antiquísimo *Poema del Cid,* pero ni a las leyendas de santos de Gonzalo de Berceo. De aquí se infiere que nuestra gran literatura nacional trilingüe (castellana, catalana y portuguesa) nació o retoñó, en estos idiomas vernáculos, de su antigua raíz y tronco cristianos y latinos, raíz y tronco firmemente plantados en nuestro suelo. Y si algo de fuera, si algo extraño vino a ayudar o a fomentar el reverdecimiento de esta literatura, vino de Francia y de Italia, y no de la morería. Por el contrario, yo creo, debe y puede sostenerse que la pompa oriental, las galas y primores, a veces excesivos, y cierta redundancia que en nuestra poesía y en nuestra elocuencia se notan frecuentemente, y aun se censura, son ya sobras o defectos que de muy antiguo tuvieron los españoles, y por los cuales fueron motejados en Roma, Lucano, Séneca y otros prosistas, oradores y poetas de nuestra patria.

En las poesías escritas en lengua arábiga por españoles y en España, aunque durante la dominación muslímica, no hallo difícil percibir, a través de la forma clásica tomada de la antigua poesía del Yemen y de la imitación de los verdaderos poetas árabes más famosos y celebrados, algo, y no poco, en el sentir y en el pensar, nacido en corazones y espíritus españoles, y que casi de seguro no hubiera nacido jamás en el alma de un moro de África o de un beduino de Arabia. Este orientalismo es tan español y tan poco oriental, que a raíz de la última reconquista se manifiesta esplendorosamente en prosa y en verso en nuestra literatura española y nace del concepto fantástico, transfigurado y hermoso que la mente de los vencedores crea y forma de las costumbres, usos, pasiones y cultura del pueblo, a quien ha vencido. De aquí la novela caballeresca, la ficción graciosa de Ginés Pérez de Hita. Y de aquí la multitud de preciosos romances moriscos y el tinte imaginariamente oriental que engalana tantas de nuestras obras poéticas, desde los mismos romances moriscos que incluye en sus *Guerras civiles* el mencionado Ginés Pérez de Hita, hasta los admirables romances de Góngora y de don Nicolás Moratín, hasta el arabismo cordobés del duque de Rivas en *El moro expósito,* y hasta los esplendores y ensueños orientales del valenciano Arolas y del instintivo y popularmente iluminado poeta Zorrilla en su leyenda de *Alhamar* y en otras composiciones y fragmentos. Casi todo esto contiene un arabismo u orientalismo hechicero y de color de rosa, tan creado por nosotros, que bien se puede asegurar que no hay árabe ni moro que, aunque se le tradujera en su lengua, entendiese palabra de ello.

¿Ni cómo habían de entender las quintaesencias y los refinamientos amorosos y místicos que gastan los poetas y algunos de sus héroes, y los discreteos, delicadezas y finuras de sus galanes y de sus damas?

No voy a dilucidar aquí si algunas poesías compuestas en España, aunque en lengua arábiga y por muslimes españoles, pudieron ejercer influjo en la poesía castellana; si los cristianos conocían dichas poesías arábigas; si varios romances, como el de *la pérdida de Valencia,* fueron traducidos o imitados del árabe; si el Arcipreste de Hita ya en el fondo, ya en

la forma, imitó cantares moriscos; y si la elegía de Abul-Beka, de Ronda, en su primera parte, fue uno de los modelos que tuvo presentes Jorge Manrique cuando compuso sus admirables coplas. Lo que sostengo es que, en todo caso, fue cortísimo el influjo e insignificante la imitación. Scnack, por más esfuerzos que hace, tiene que convenir en que los cristianos españoles conocieron poco la poesía arábigohispana y la imitaron menos, y tiene que convenir también en que esa poesía arábigohispana, más o menos conocida e imitada, apenas tenía ya de arábiga sino la lengua en que estaba escrita.

Pasando ahora de las letras a la ciencia, empezaré por decir que no me incumbe estimar aquí y tasar en su valor la de los árabes; pero sí procuraré, aunque sea compendiosa y someramente hacer tres importantes afirmaciones, Es la primera la de que España, cuando la conquista muslímica, tenía su ciencia propia, de la que dan testimonio clarísimo no pocos escritores y sabios, descollando entre todos San Isidoro de Sevilla, y que esta ciencia, a pesar de las persecuciones y tiranías de los conquistadores, continuó luciendo entre los mozárabes o pueblo cristiano vencido, y dio altas muestras de sí en el abad Sansón, en San Eulogio y en Álvaro de Córdoba. Es la segunda, que los árabes y los moros no eran sabios cuando vinieron a España, ni trajeron sabios consigo, de suerte que los sabios y la sabiduría que hubo más tarde entre ellos no deben tenerse por arábigos, sino por españoles. Tan español es Averroes como Séneca, como Luis Vives o como Domingo de Soto. Y es la tercera que, lejos de destruir los cristianos españoles la ciencia mucha o poca de los españoles muslimes, la protegieron, la fomentaron, se aprovecharon de ella y la difundieron por toda Europa. En este punto, más que en ningún otro, la acusación de Draper no puede menos de atribuirse a mala fe, a ligereza o a supina ignorancia.

Otro pueblo, además de los árabes y de los moros, hubo en España durante toda la Edad Media, el cual, por su larga permanencia entre nosotros (tal vez, en parte, desde antes de la venida de los romanos), no podía ser mirado en España como forastero, sino como indígena. Era este pueblo el israelita, que valió, importó e influyó más que los muslimes en la civilización del mundo, floreciendo y mostrando tal actividad en España por su saber, que bien podemos jactarnos de ello como de una gloria; Maimónides, Ibn Gebirol, los Ben Ezrra, Jehuda-Leví de Toledo y otros muchos filósofos, doctores y poetas nos pertenecen, como, por ejemplo, Mendelsshon o Enrique Heine pertenecen a Alemania.

Llamemos ahora, para acomodarnos a la manera vulgar de expresarse, ciencia arabigojudaica a toda esta ciencia que floreció en España entre los españoles que siguieron la ley de Moisés o la ley de Mahoma. ¿Qué fundamento hay para asegurar, como asegura Draper, que los cristianos españoles la destruyeron?

Los rabinos ilustres, los filósofos y los doctores musulmanes, arrojados de Andalucía por el fanatismo de los almohades, tuvieron franca acogida y lograron protección generosa en las cortes de los reyes de Aragón y Castilla. Así, las célebres escuelas de Lucena y de Córdoba vinieron a trasladarse a Barcelona y a Toledo. Ansiosos de difundir por el mundo esta ciencia arabigojudaica, ya en la primera mitad del siglo XII, el arzobispo toledano don Raimundo y sus amigos y clientes hicieron traducir, tradujeron y dieron a conocer a Francia y a otras naciones cristianas las obras y doctrinas de Al-kendi, Alfarabi, Avicena, Avicebrón y otros autores. Sin duda, Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla fueron los iniciadores y divulgadores primeros de la filosofía y del saber semíticos en la Europa de la Edad Media.

Ernesto Renán nos reconoce este mérito y nos concede por ello su nada sospechosa alabanza, diciendo: «La introducción de los textos árabes en los estudios occidentales divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas, y el honor de esta tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde a Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla.»

Claro está que muy fácilmente y con erudición de segunda mano, tomada de varios autores españoles, entre los cuales sobresalen Menéndez y Pelayo y Amador de los Ríos, pudiera yo extenderme aquí y convertir en libro este artículo para demostrar hasta la evidencia que todo el saber arabigojudaico de España fue propio de los españoles, y que éstos no sólo lo crearon, sino que lo divulgaron por toda Europa.

El librito del señor Simonet, que da lugar a las consideraciones que hemos expuesto, las confirma con gran copia de erudición y con multitud de datos y de hechos, algunos de los cuales citaré en este escrito, tomándolos al azar o prefiriéndolos por más curiosos. Muladíes o españoles de puro origen, bien probado, ya por documentos históricos, ya por sus propios nombres de mal disimulada etimología latina o peninsular, fueron: «Abdel-Melic-Ben-Hagib el Asolamí, Alí Ibn-Hazm, el célebre Ibn Thofail, el insigne botánico malagueño Ibn-Albaitar, el distinguido gramático Abdalah-Ben-Vivax, el poeta y naturalista Abú Otzman Ibn Loyon, los literatos y poetas Ibn Corral e Ibn Xalvator o Salvador y hasta el egregio filósofo Ibn Babia o Pace (desfigurando el ablativo latino), a quien conocieron los filósofos escolásticos de la Edad Media con el nombre de Avenpace.» En conclusión (para terminar en este punto mi artículo, como termina el señor Simonet el libro de que trato): de los testimonios que hemos alegado se infiere que ni al elemento arábigo ni al berberisco, sino al indígena, se debe, en su mayor parte, el esplendor literario y artístico del califato cordobés y del antiguo reino nazarita. Y por si acaso nuestras razones parecieron poco fuertes, o inspiradas tal vez por el sentimiento patria, concluiremos apoyándolas en la autoridad de un crítico extranjero muy competente, del alemán Guillermo Lubke que en su celebrado *Ensayo sobre la historia del arte se* expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países *islamizados*, se debe, sin duda, a las relaciones íntimas de moros y cristianos, en las cuales éstos comunicaron a aquéllos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, artes y poesía.»

Saltemos ahora de la llamada civilización oriental a la occidental, que, según Draper, también hemos destruido. Esta civilización, que Draper afirma que era superior a la civilización española del siglo XV, es la americana precolombina.

Imposible parece que se diga de buena fe tamaño disparate. ¿Qué diantre de civilización había en America antes de su descubrimiento? Por casi todas partes era completo el salvajismo. Menos en el Perú, no creo que en región alguna hubiese animales domésticos. Había en varias tribus conocimientos elementales de agricultura; pero en las demás se vivía de la pesca y de la caza, o los hombres se comían unos a otros. Los sacrificios humanos exigían millares de víctimas. El perpetuo estado de guerra y los vicios nefandos destruían la población e impedían su aumento. En Méjico, que era el Imperio más civilizado, no habían descubierto aún que con un líquido combustible y con una torcida se podían alumbrar de noche, y la pasaban a oscuras por falta de candiles. Los jeroglíficos en embrión de aztecas, yucatecos y otros pueblos del centro de América (aun dando por supuesto que los más significativos y mejor pintados no son posteriores a la venida de la gente española y no son obra de indios industriados y medio civilizados ya por nosotros), a más de ser casi ininteligibles, dejan entrever una cultura harto inferior a la de los antiguos imperios del centro de Asia más de mil años antes de Cristo. Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido o degradado antes de llegar los españoles. Poco o nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio, llevamos a América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia y otras mil cosas excelentes que por allí no había.

Se nos acusa de haber procedido con crueldad y codicia y de haber sometido a duros trabajos y atormentado con atroces castigos a la población india, hasta el extremo de

mermarla y aun de hacerla desaparecer en algunas regiones. No seré yo quien defienda a todos los aventureros españoles de entonces, admirables y gloriosos por su inteligencia y por sus bríos, pero que distan mucho de valer para modelos de santidad, y que tal vez, como vulgarmente se dice, eran lo peor de cada casa. Si hubieran sido aventureros ingleses, franceses o alemanes los que a fines del siglo XV hubieran ido a América, ¿se hubieran conducido con más humanidad que los españoles? ¿Fueron más mansos y amorosos con los indios los alemanes a quienes el emperador Carlos V concedió que se estableciesen y se extendiesen por las que hoy son repúblicas de Venezuela y Colombia? ¿Se condujo más afable y dulcemente, no ya con los indios, sino con los mismos españoles establecidos en América, el enjambre de piratas, corsarios y filibusteros que en diferentes épocas fueron allí contra nosotros?

Los hombres de guerra y de aventuras en todos tiempos, y más aún en el siglo XVI, no han pecado por lo cariñosos y suaves, y en dicha época había dos corrientes de sentimientos y de ideas que endurecían más sus entrañas: el fanatismo religioso de la Edad Media, persistente aún, y el renacimiento pagano, que, al traernos las elegancias y los primores, las artes y las letras de la clásica antigüedad, nos trajo también no poco de su corrupción, de sus vicios, de sus pasiones sensuales y de su sed de deleites y bienes de fortuna. Muchos de estos defectos no podían menos de tenerlos los aventureros audaces que envió España a América; pero la misma España no los tenía. ¿Pueden ser más filantrópicas que lo que son las leyes de Indias? ¿Se mostraron nunca nuestros legisladores crueles ni faltos de caridad para con los pueblos salvajes o semisalvajes a quienes civilizamos y cristianizamos? ¿Ha habido nunca pueblo de más católico corazón que el pueblo español? Y digo *católico* en el más lato sentido de la palabra, envolviendo en ella el significado que tienen hoy las palabras *cosmopolitismo* y *humanitarismo.* Fray Bartolomé de las Casas no fue el único defensor de los indios; fue, acaso, el más vehemente y atrabiliario; pero antes y después de él hubo multitud de santos misioneros y de almas piadosas que defendieron y protegieron a los indios, y, desde luego, los consideraron iguales a ellos y, a veces, superiores, cuando por su nacimiento, por la autoridad de que gozaban o por el respeto que les tenían los de su casta eran superiores en su tierra. No sería tan grande la tiranía y la opresión de España cuando no sólo igualó al pueblo indio con el pueblo español, sino que dio cartas y títulos de nobleza a los indios que se distinguían o eran ya nobles entre los suyos. Todavía, por ejemplo, es grande de España y duque, y goza de una pensión cuantiosa entre nosotros, el sucesor de Moctezuma.

Y últimamente, con motivo del centenario del descubrimiento de América, la ilustre duquesa de Alba ha sacado del archivo de su casa y ha publicado un tomo voluminoso, donde se contienen multitud de títulos de nobleza, escudos de armas y honrosos privilegios concedidos por los monarcas españoles a muchos señores indios a raíz de la conquista.

En cuanto al pueblo, yo creo y tengo por seguro que se puede demostrar que en muchas de las tierras descubiertas y ocupadas por los españoles en América, los indios, en vez de perder, ganaron en ser conquistados. Aun durante la misma conquista, por mucha importancia que se dé a la superioridad de nuestra Caballería, de las armas de fuego y de la pericia militar, no se comprende cómo unos pocos españoles pudieron vencer y sujetar con crueldades a grandes muchedumbres y a poderosos imperios. Esto se comprende mejor entendido como debe entenderse: asegurando que los españoles triunfaron porque fueron allí como libertadores, y ganaron en muchas partes la voluntad y el auxilio de los indios mal contentos, los cuales lograron sacudir así la tiranía más espantosa. Es probable que en Otumba hubiese del lado de Hernán Cortés tantos indios como en el Ejército contrario. Y no sin razón nos auxiliaron, porque salieron ganando en todo. «Antes -como dice Gomara- pechaban el tercio de lo que cogían, y si no pagaban eran reducidos a la esclavitud o sacrificados a los ídolos; servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados a millares por sus fanáticos sacerdotes.» «Después de la conquista -añade Gomara- son señores de lo que

tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos, que viven holgando. Venden bien y mucho las obras y las manos. Nadie los fuerza a llevar cargas ni a trabajar. Viven bajo la jurisdicción de sus antiguos señores, y si éstos faltan, los indios se eligen señor nuevo y el rey de España confirma la elección. Así que nadie piense que les quitasen los señoríos, las haciendas y la libertad, sino que Dios les hizo merced en ser de españoles, que les cristianizaron y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan, y de carne para que coman, la que les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y lo que tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron. Porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados.»

Yo entiendo que la cándida y sencilla apología que acabo de citar basta para prueba de cuán benéfico fue para los indios el triunfo de España sobre ellos. Dicha sencilla y cándida apología vale más que las declamaciones pomposas. Los hechos posteriores lo confirman plenamente. Desde el norte de Méjico hasta el extremo sur de Chile y de la República Argentina, sería fácil demostrar que en el día de hoy hay más indios que hubo nunca, y son más felices, mejores y más civilizados que jamás lo fueron; que bajo el dominio de España los indios que se distinguían o lo merecían podían ser cuanto se podía ser entonces en España: generales, arzobispos, duques, marqueses y presidentes de tribunales; y que ahora pueden ser, y son a veces, presidentes de las repúblicas. En los Estados Unidos tal vez habrán sido más humanos con los indios. Pero yo no he visto indios muy en auge en los Estados Unidos, ni que alguno de ellos figure entre los personajes importantes, que por su riqueza, por su posición o por su saber, influyan ni remotamente en el gobierno de la nación. Tal vez los indios de los Estados Unidos estén acorralados como en España solemos tener toros bravos en una dehesa o jabalíes en un coto, mientras que los indios de las tierras que España y Portugal ocuparon, ya presiden las repúblicas como jefes supremos ya brillan como oradores en las asambleas legislativas, ya mandan ejércitos, ya recorren como diplomáticos las cortes de Europa, ya ganan fama y aplausos escribiendo en la lengua del pueblo que los conquistó elegantes e inspiradas poesías e interesantes libros en prosa, cuyo valer y mérito somos los primeros en reconocer nosotros los españoles, no estimándoles la alabanza sino complaciéndonos en darla acaso a veces más allá de lo justo.

Las tremendas acusaciones de Draper contra España están puestas en su libro con mero intento teórico, a fin de que en su ramplona filosofía de la Historia figuremos nosotros como un pueblo precito, y a fin de que en el drama cuya acción es el desenvolvimiento de la inteligencia humana y el paso de la edad de la fe a la edad de la razón haga España el papel más odioso. Pero en el día se renuevan y se exacerban estas acusaciones, no va para filosofar más o menos burdamente, sino para sacar muy duras consecuencias prácticas contra nosotros. En los Estados Unidos escriben hoy muchos para denigrarnos, como Draper escribía, siendo lo más gracioso que todo lo que dicen contra nosotros es con el fin de ensalzar a los cubanos y de afirmar que deben ser independientes y libres. Acaso el más feroz de estos escritores antiespañoles sea un cierto señor Clarence King, que ha publicado en la revista *The Forum* un artículo titulado *¿Ha de ser Cuba libre?* Un amigo mío, angloamericano, me envió hace un mes, dicho articulo, excitándome a que le contestase y hasta brindándome con que insertaría mi contestación en una revista de su tierra.

Las acusaciones del señor Clarence King son menos razonables aún que las de Draper; pero como llevan el propósito de excitar en los Estados Unidos el odio y el desprecio contra España y de favorecer a los rebeldes de Cuba, auxiliándolos y declarándolos beligerantes, creo que algo conviene decir contestando al señor Clarence King, aunque la defensa que haga yo de España sea ligera, desenfadada y de broma, ya que el artículo del señor Clarence King,

no merece refutación más seria y detenida. Lo que diga yo sobre él será como remate y complemento de la impugnación que la salida de tono y los anatemas de Draper contra España me han inspirado.

Empezando ahora por contestar a la acusación que nos dirige el señor Clarence King de haber exterminado la población india de Cuba, que llega a suponer, se elevaba a un millón de almas, diré que parece imposible que con seriedad se insinúe, ya que no se afirme, semejante disparate. Si a nosotros, fundándose en él, se nos dice: «¿Qué habéis hecho de ese millón de almas?» «Caín, ¿qué has hecho de tu hermano?», con la misma razón podemos suponer nosotros que en la inmensa extensión de territorio ocupado hoy por la gran República había lo menos cuarenta millones de indios, y preguntar luego con voz fatídica: «¡Caínes! ¿Qué habéis hecho de ellos?»

De todos modos, a mí no me parecería razonable dirigirme a los ingleses pidiéndoles cuenta de esos indios que han desaparecido. Se la pediría, en todo caso, a los que se han apoderado de sus bienes después de matarlos y viven hoy en el territorio que ellos tranquilamente poseían. Porque es absurdo e irracional, suponiendo que gente de casta española mató a un millón de indios para apoderarse de Cuba, simpatizar con los herederos y con los que se aprovechan aún de la matanza y del robo, y condenar por ese robo y por esa matanza a los españoles de por acá, que desde el descubrimiento y la conquista de América hasta hoy no han hecho más que predicar y legislar en favor de los indios.

Es cosa de risa citar a Hatuei, que dijo que preferiría ir al infierno a ir al cielo con los españoles, para aplaudir a los descendientes de esos españoles porque se rebelan contra otros españoles, que no sacaron el menor provecho de la muerte de Hatuei ni le hicieron el menor agravio. Todo lo que dice el señor Clarence King acerca de esto vendría muy a propósito si hubiese aún en Cuba descendientes de Hatuei y de sus indios que apellidasen libertad y que pugnasen por arrojar de Cuba a los españoles intrusos, lo mismo a Weyler que a Maceo o que a Máximo Gómez.

Otra no menos chistosa acusación del señor Clarence King contra nosotros se funda en la esclavitud de los negros, sosteniendo que, acostumbrados nosotros a mandar esclavos, no sabemos mandar hombres libres. No parece, al leer esto, sino que en los Estados Unidos no hubo esclavitud nunca. Dice también el articulista que España se vio *forzada* a dar libertad a sus negros. ¿Y quién le hizo tal fuerza? España dio la libertad de grado y con gusto. Y los propietarios de los negros no se opusieron con las armas a esta libertad, si bien en Cuba era el darla más difícil, perjudicial económicamente y más peligroso que en los Estados Unidos, aunque no fuese más que porque en Cuba la población negra era tan numerosa como la blanca. No fue, pues, en España; fue en los Estados Unidos, o al menos en mucha parte de ellos, donde se vieron *forzados* a dar dicha libertad; donde tuvieron que tragarla a regañadientes, y donde al que la dio, al libertador glorioso, no faltó quien en premio le matase de un tiro.

Por lo demás, la compasión hacia los negros esclavos acaso se pudiese probar que ha sido más tardía que en nuestra raza en la raza anglosajona, que bastante tiempo ha sido *negrera*, y donde aún, en el presente siglo, se inventan teorías tan filantrópicas y consoladoras como la de Malthus y la del *Struggle for life.*

No en el día, en que los españoles estamos harto abatidos, sino en los momentos o en los siglos en que preponderábamos en el mundo, se le ocurrió a ningún español que tuviera séquito y que valiera algo el considerarse de una raza superior a las demás razas humanas, y el despreciarlas y humillarlas. Ni cuando el Gran Capitán se enseñoreó de Italia, arrojando a los franceses; ni después de Lepanto, de San Quintín y de Pavía; ni cuando en Trento

prevalecieron nuestros teólogos y, reformando la Iglesia, oponían fuerte valladar al protestantismo y trataban de conservar la virtud que informaba y que unía la civilización europea; ni cuando desde principios del siglo XV, con tenacidad admirable y con fe constante, agrandábamos experimentalmente el concepto de las cosas creadas, circunnavegando el planeta, cruzando mares incógnitos y tenebrosos y descubriendo nuevos mundos y nuevos cielos, jamás hemos menospreciado a las otras naciones, ni las hemos tratado con insolente orgullo, ni las hemos insultado como en el día se nos insulta.

A la verdad, ni ahora ni nunca habrá un solo español que rebaje la gloria de Lincoln; todos ensalzaremos esa gloria; pero alguna, aunque sea menor, nos toca colectivamente, porque dimos de buena voluntad, y no por fuerza, libertad a los esclavos negros de Cuba; y alguna gloria también, anterior, y, a mi ver, más clara y con algo de divino, nos toca por haber sido de nuestra raza santos varones como Alonso de Sandoval y Pedro Claver, que hicieron por los negros, en un siglo en que aún se ignoraba hasta el nombre de filantropía, movidos de caridad cristiana, obras maravillosas por amor de Dios y de los negros de África.

Supo el señor Clarence King que en el carácter español (ya se entiende que en el de los españoles peninsulares, pues en el de los cubanos, sobre todo si son rebeldes, ha de haber habido una transformación dichosa) supone, digo, que en nuestro carácter persiste en combinación diabólica, la crueldad pagana de Roma, reforzada y sublimada con feroz intensidad por la Inquisición. De aquí resulta que el más blando y humano de nosotros es un Calígula-Torquemada. Y que, a fin de evitar que sigamos haciendo atrocidades contra los pobrecitos e inofensivos insurrectos, los Estados Unidos tienen el deber moral de reconocer la beligerancia de dichos señores, que no talan, ni incendian, ni saquean, ni cometen atrocidad alguna.

Lo de la Inquisición es una cantaleta que nos están dando los extranjeros desde hace mucho tiempo, y que nos tiene ya tan aburridos, que casi justifica que algunos españoles se pongan fuera de sí y, en apariencia, se vuelvan locos, aunque sean sujetos de mucha madurez y juicio. Así es que, sin duda por chiste y para lucir la agudeza de su ingenio, alguien defienda la Inquisición todavía, como, por ejemplo, lo hace con mucha gracia el catedrático don Juan Manuel Ortí de Lara, el cual llega a exclamar: «¡Oh dichosas cadenas del Santo Oficio, que tan fuertemente sujetaban al monstruo de la herejía, que no le dejaban libertad alguna para impedir a los ingenios españoles el vuelo que tomaron desde las alturas de la fe por las regiones del saber y de la poesía!»

Claro está que el monstruo de la herejía, que hoy anda suelto en España sin que la Inquisición lo encadene no impide al señor Ortí de Lara que vuele por donde se le antoje, y hasta que haga la apología de la Inquisición. Pero yo no quiero ni puedo hacerla, y convendré con el señor Clarence King en que la Inquisición era una infernal maquinaria muy a propósito para atormentar y matar a la gente. En lo que no convengo con el señor Clarence King, sacando una consecuencia opuesta a la suya y muy favorable a los españoles, es en que nosotros, poseedores de la maquinaria susodicha, hayamos atormentado y asesinado jurídicamente a más personas que las atormentadas y asesinadas jurídicamente en no pocas naciones extranjeras, donde tal vez, y sin tal vez, no hubo Inquisición nunca. Jamás la Inquisición de España se regaló ajusticiando víctimas tan ilustres como Servet, Vanini y Bruno. Jamás la Inquisición de España condenó, sino que aplaudió, defendió y ensalzó a Copérnico, a Galileo y a otros sabios, a quienes en tierra donde no había Inquisición condenaban. Y en lo tocante a la muchedumbre de gente menuda, quemada, ahorcada o muerta por otros medios a manos del fanatismo religioso nada tienen que envidiarnos los pueblos más cultos que en el día hay en Europa. Sólo de brujos y brujas, si hemos de creer a Michelet, en Tréveris quemaron siete mil; pocos menos en Tolosa, de Francia; en Ginebra, quinientos en tres meses; en Wurzburgo, ochocientos de una sola hornada, y mil quinientos en

Bamberg. Convengamos en que jamás hubo en España tan espléndidas y colosales chamusquinas. Y es lo más chistoso, si yo no recuerdo mal (porque no doy ahora para comprobarlo con una Historia de los Estados Unidos que contenga el período colonial), que en esos estados se quemaron y se ajusticiaron también brujos y brujas con profusión pasmosa. Por donde yo me inclino a sospechar que en toda la América dominada por España durante los siglos XVI y XVII no hizo la Inquisición tantas víctimas, contando judíos, mahometanos y herejes relapsos y hechiceros de todo linaje, como las victimas que por sólo el delito de brujería fueron sacrificadas en los Estados Unidos cuando aún eran colonias.

Otra de las razones que tiene el señor Clarence King para desear que Cuba no sea española es que Cuba es un paraíso muy fecundo y que en otras manos más trabajadoras y hábiles produciría mucho más. Este argumento, no obstante, no vale nada en favor de los cubanos. Es probable, es casi seguro que, si los dejásemos en libertad, Cuba no prosperaría más de lo que hoy prospera. Si prevaleciesen los negros, Cuba sería como Haití, y si prevaleciesen los blancos y mulatos, Cuba sería como es Santo Domingo. Los cubanos que de buena fe y de corazón estén con los rebeldes, si quieren entrever y columbrar el porvenir que siga a su triunfo, bien pueden mirarse en el citado espejo. Harto lo comprenderá el señor Clarence King, coincidiendo con mi parecer; pero por cierta púdica delicadeza no deja ver el fondo de su pensamiento. El fondo de su pensamiento es que Cuba llegue a ser una estrella más en la bandera de su patria. Adiós entonces idioma, casta, sangre y linaje españoles en la isla. En ella, al cabo de veinte o treinta años, o de menos, no se hablaría más que inglés. Todo hombre de origen español desaparecería de la isla más pronto que desaparecieron los indios cuando se apoderaron de la isla los españoles.

Pero ¿qué mal, qué daño, qué terribles ofensas hemos hecho los españoles de la Península a los españoles de Cuba para que a ser unos con nosotros prefieran algo a modo de suicidio colectivo? Nada, prueba menos que el exceso de prueba. Figurémonos que el señor Clarence King tiene razón; que los españoles no sabemos gobernarnos; que nuestra administración es absurda y corrompida. Con esto no probará sino una cosa: que si los cubanos toman muy a pecho su desgobierno, no deben separarse de España, sino separarse de ellos mismos y ser otros de los que son, y convertirse, por ejemplo, en yanquis. En una nación tan democrática como es y ha sido siempre la nuestra, ¿qué diferencia puede haber ni hubo nunca entre un español de Cuba o un español, verbigracia, de Málaga, de Loja o de Logroño? Los que alternan en España en el Poder, con turno más o menos pacífico, los Narváez, los Cánovas y los Sagastas, ¿no pudieron ser cubanos? ¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos. Felipe II la proclamó solemnemente con palabras citadas por el mismo señor Clarence King. Si esta unidad legal existió bajo un Poder absoluto, lo mismo era para los peninsulares que para los cubanos, y estos últimos no podían pretender entonces ser más libres que nosotros. Pero no bien hubo en España una Constitución liberal, en 1812, la Asamblea que formó esta Constitución declaró, adoptando la elevada idea de Felipe II, que la nación española es el conjunto de todos los españoles de ambos hemisferios. Las libertades de que desde entonces debieron gozar los peninsulares las debieron gozar también los cubanos. No fue culpa nuestra que Fernando VII, el *Deseado*, diese al traste con todas esas libertades no bien volvió a España en 1814. Renacieron dichas libertades en 1820, en virtud, por desgracia, de un motín militar, que puede considerarse como el pronunciamiento inicial en la larga serie de pronunciamientos que después ha habido. Y menos culpa nuestra es aún que en 1823, así los peninsulares como los cubanos, perdiésemos de nuevo las mencionadas libertades por obra de los Cien mil Hijos de San Luis, sostenidos moralmente por la Santa Alianza, o sea por Rusia, Prusia y Austria, con el beneplácito, sin duda, de la libre Inglaterra.

De cuantas crueldades y tiranías y de cuantas muestras de grosero, torcido y falso celo religioso hizo y dio entonces un partido fanático por el afán de extinguir en España la civilización moderna y de retroceder a una edad de ignorancia y barbarie, que jamás existió y fue completamente soñada, más culpa que dicho partido fanático y servil tuvieron la Santa Alianza, los franceses que ejecutaron sus órdenes y casi toda Europa, abrumando con su peso al pueblo español y desatando las manos de Fernando VII para que, en premio de haber peleado por su trono, cargase a este pueblo de cadenas. Pero, aun así, justo es confesar que los cubanos fueron los que menos padecieron, si es que algo padecieron, de este último absolutismo de los diez años.

Una prueba más de que no son los españoles peninsulares tan culpables de este absolutismo de los diez años, sino de que nos lo impusieron las más poderosas naciones de Europa, es que desde que en 1834 hubo en España un Gobierno liberal, los gobiernos de esas naciones se negaron a reconocerlo, le volvieron la espalda y favorecieron al pretendiente, rey de los fanáticos y serviles. El nuevo orden de cosas no fue reconocido en España, por Prusia y Austria, hasta después de la revolución de 1848, y por Rusia, hasta 1857.

Y como yo no quiero condenar a nadie en más de los justo, y menos a naciones tan ilustres como Rusia, Prusia y Austria, ni quiero tampoco injuriar al partido absolutista español, diré que alguna explicación y hasta disculpa tuvieron el odio y el terror de ellos a las modernas libertades, ya que tanto glorificaban, como el señor Clarence King, la primera Revolución francesa. Por pasmosos que hubiesen sido sus triunfos guerreros, no bastaban a atenuar las atrocidades de Dantón, Marat y Robespierre, y los espantos del terror y de la guillotina; y fue lo peor que todo ello tuviese por resultado un gran genio militar sin duda, pero a la vez un déspota, que humilló y ensangrentó a Europa entera, sin que el más hábil y sutil profesor de filosofía de la Historia pueda descubrir, fuera de la ambición personal, del prurito de elevar a la familia y a los amigos y del afán del predominio de un pueblo sobre los otros, propósitos y fines altos y providenciales parecidos a los que más o menos conscientemente tuvieron Alejandro y César.

Será pensamiento mío que tal vez escandalice a muchas personas, pero que ahora se me ocurre y no puedo menos de expresarlo: la primera Revolución francesa, en vez de acelerar el advenimiento de la libertad verdadera y los progresos del linaje humano, vino a atajarlos, oponiéndoles, como obstáculo que tienen que saltar en su curso; el miedo y la repugnancia que los desórdenes y crímenes de la Revolución inspiraron.

Como quiera que ello sea, pues sería, muy largo discutirlo aquí, vuelvo a la cuestión de Cuba. Hoy que tenemos libertad, los cubanos la tienen también como nosotros. Sus senadores y sus diputados toman asiento en nuestras cortes. Allí defienden sus intereses, allí piden reformas, allí concurren a legislar, con los demás representantes del pueblo, y aún son más considerados y atendidos. Nunca, pues, la rebelión ha sido menos justificada que en el día por motivos políticos.

¿Lo será acaso por motivos económicos? Menos aún. Los cubanos no pagan tanta contribución como nosotros. Apenas pagan contribución territorial. Pagan en las aduanas. Y si algún empleado de los que van de la Península se enriquece por allá, bien puede afirmarse que no es a su costa, sino con beneficio de ellos, favoreciendo el contrabando. En lo tocante a la solicitud con que el Gobierno de la metrópoli procura el fomento de la producción agrícola, de la industria y del comercio de Cuba, se llega a un extremo casi increíble. En prueba de ello, baste citar el Tratado que los señores Foster y Albacete negociaron en Madrid, siendo presidente de la República el señor Arthur, y que el señor Cleveland, no bien entró en la Casa Blanca, retiró sin consentir que se ratificase. Si el Tratado hubiese sido ratificado, los azúcares de Cuba hubieran ido a la gran República, libres o casi libres de derechos, y de la misma

manera hubieran sido recibidas en Cuba las harinas, las carnes y muchos productos de la industria angloamericana. Inútil es ponderar la prosperidad y el auge que esto hubiera traído a la Perla de las Antillas. Para lograr este fin, hubiéramos sacrificado nosotros con buen ánimo la agricultura de Castilla -cuyas harinas no hubieran podido resistir la competencia-, el comercio de Santander, bastante de la industria Catalana y no cortos intereses de nuestra Marina mercante.

Alguna queja tengan acaso los cubanos de que, a fin de proteger la industria azucarera peninsular, se grave con demasiado derecho de introducción la azúcar de Cuba; pero el fundamento de esta queja es aparente cuando se considera el corto consumo que España puede hacer y hace de azúcar en comparación de lo que totalmente produce la isla, que, por otra parte, cuenta con más ricos, favorables y cercanos mercados.

Dice el señor Clarence King que por codicia, por la riqueza que de la isla sacamos y por lo que esperamos sacar, nos resistimos a que sea independiente y libre. A mi ver, nada hay más falso; y creo que de los dieciocho millones que hay de españoles, sólo no pensarán como yo mil o dos mil a lo más. Todos sabemos que en los cuatrocientos años que hace ya que poseemos a Cuba, sólo durante quince o veinte ha habido sobrantes en las cajas de Ultramar. En los otros trescientos ochenta y tantos años Cuba no nos ha valido sino gastos, sacrificios y desazones. «Pues entonces -dirá el señor Clarence King-, ¿por qué España no abandona a Cuba?» La pregunta equivale a la que pudiera hacerse a una buena madre, cuya hija mimada no le trajese más que gastos, si se le aconsejara que la dejase en plena libertad para que ella se ingeniase y buscase quien con más lujo la mantuviera. Conservar a Cuba no es para nosotros cosa de provecho, sino punto de honra, de que España no puede prescindir.

La nación que ha descubierto, colonizado, cristianizado y civilizado a América tiene más derecho que ninguna a ser y a llamarse americana, aun dentro de las doctrinas de Monroe, y tiene el deber sagrado e ineludible de sostener este derecho con razones y con armas hasta donde sus fuerzas alcancen y mientras su sangre, su dinero y su crédito no se agoten.

No se comprenden los argumentos que se puedan alegar en los Estados Unidos para proclamar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar acaso a otras potencias a que también la declaren. No hubiera habido menos motivo para pedir o declarar hace años la beligerancia del *Tempranillo*, del *Chato de Benamejí* o de los Botijas. No se conducen mejor Máximo Gómez y su cuadrilla, ni atinan con más habilidad a escabullirse de sus perseguidores. Las diferencias que hay son favorables a aquellos antiguos bandidos de la Península, porque no eran incendiarios, y porque, como se acogían a un indulto, cumplían como caballeros y no volvían a las andadas, engañando y burlando a los que los habían indultado.

En la pasada guerra civil cubana, el conde de Valmaseda, ofendido de estas villanías con que era burlada y pagada la generosidad española, dio un bando, no he de negar que harto violento; pero esto no basta para justificar la nota dirigida por el señor Fish, secretario de Estado, al ministro de España en la gran República.

Esta nota es una dura reprimenda hecha en nombre de la civilización cristiana y de la Humanidad por alguien que debió de creerse, sin el menor interés, representante y encargado de Negocios de dicha civilización y aun del linaje humano y con autoridad para dirigirse a nosotros como a un subordinado suyo. Fueran las que fueran las faltas cometidas por el conde de Valmaseda, el señor Fish cometió, al dirigir la nota, un atentado contra la soberanía, la autonomía y el decoro de España, cuyo ministro, si su Gobierno no hubiera sido tan débil y le hubiera prestado apoyo, lo menos que hubiera debido hacer es devolver la nota sin

contestación, dándola por no recibida, como alguna otra nota, menos insolente y soberbia, se devolvió en Madrid a un ministro angloamericano.

Ahora, por fortuna, si de algo han pecado el noble general Martínez Campos y los demás jefes y autoridades de España en Cuba, ha sido de lenidad, de espíritu de conciliación y de generosa confianza. Repito, pues, que no se comprenden los argumentos que pueden alegarse en los Estados Unidos para declarar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar a otras potencias a que la declaren.

Ni el Gobierno español ni sus agentes han cometido ni cometerán en Cuba crueldad alguna. Aunque los forajidos que están asolando el llamado, por el señor Clarence King, fecundo paraíso no merecen que las potencias cultas de Europa los amparen o los protejan, no contra nuestra saña, sino contra nuestra justicia, yo espero que ésta se temple y mitigue con la mayor misericordia; mas no por eso acierto a explicarme que a los cabecillas rebeldes, a los principales al menos, y a los que no tienen siquiera la excusa de ser cubanos y de estar cegados por un mal entendido amor a la patria, se los perdone si llegan a caer en poder de nuestros soldados. Justo y necesario será algún saludable escarmiento.

Difícil es, cuando no imposible, descubrir el motivo de queja que, en nación tan grande y poderosa como los Estados Unidos, pueda haber contra España, bastante a mover a mucha parte de su ilustrada Prensa periódica, al señor Clarence King y a una respetable comisión de senadores, a que pidan, valiéndose de mil injurias contra España, que el Gobierno de la gran República declare beligerantes a los insurrectos, procure que otras potencias también los declaren, y garantice así la impunidad de todos ellos para el día en que depongan las armas, cansados de andar a salto de mata y de perpetrar toda clase de delitos. Por el contrario, España es quien puede quejarse por no pocos motivos: porque la acogida y el favor que reciben en aquel país los ingratos y rebeldes hijos de España exceden sobre manera a la más franca hospitalidad, y porque bien puede recelarse que, excitado por ellos, el Gobierno angloamericano ha mostrado con frecuencia cierto prurito de vejarnos y lastimarnos.

Hay una, en mi sentir, detestable costumbre, fundada en torcidos principios de Derecho Internacional, que prevalece en todas las naciones cultas, y, no lo negamos, también en España. Hablo de la exagerada obligación en que se creen los gobiernos de proteger a sus súbditos en país extraño y de pedir, hasta con amenazas, que reciban indemnización de perjuicios que se les causen o pérdidas que tengan.

Los gobiernos, movidos por la opinión pública, extraviada o violenta, reclaman, tal vez sin mucha gana y por cumplir, pero reclaman, y suelen hace, de las reclamaciones tirantez, enfriamiento de amistad y hasta conflictos. Y es lo más deplorable que cuando la potencia que reclama es fuerte, humilla a la débil, en ocasiones la atropella y casi siempre le saca el dinero. Y, en cambio, cuando es más débil la potencia reclamante, en vez de salir airosa, es desdeñada en su reclamación, y su súbdito ofendido se queda burlado en vez de lograr ser indemnizado.

Cuando, por cualquier circunstancia se equilibran las fuerzas de las potencias reclamante y reclamada, suelen originarse hasta guerras, aunque para declararlas se busque o se invente otro fundamento. Así, por ejemplo, si bien se rastrea y aun se escarba hasta llegar a la raíz de algunas expediciones belicosas, se verá, que nacen de reclamaciones poco atendidas de particulares. Probablemente, si Francia y España no hubieran reclamado algo en balde para súbditos suyos, tal vez nunca hubieran tenido la ocurrencia de favorecer en Méjico a un partido monárquico y un tanto aristocrático y de ir allí a levantar el trono, que pagó más tarde muy caro un príncipe egregio y bondadoso. Tampoco sin reclamación hubiera habido guerra del Pacífico ni bombardeo de Valparaíso y del Callao.

Cuando la nación de quien se reclama es débil, sin duda que no hay guerra, pero suele haber violencia y atropello. Así, pocos años ha (y prescindo de todo disimulo diplomático), Italia contra Colombia.

Véase, pues, con cuánta imparcialidad reconozco que apenas hay potencia, incluso España, que no adolezca de esta manía de reclamar exageradamente en favor de sus súbditos, establecidos o de paso, en país extranjero, aunque cristiano y civilizado como aquel de que son naturales. A mi ver, sería bueno y provechoso decidir en el primer gran Congreso diplomático que haya que esa protección del súbdito en país extranjero no la ejerza ninguna potencia cristiana y culta sino cuando dicho súbdito vaya a vivir a un país bárbaro o resida en él, y que, si reside en un país culto y cristiano, como el país de que procede, se someta a las leyes, usos y costumbres del país de su nueva residencia, sufra las molestias y se exponga a los peligros que allí sufren o a que allí se exponen los demás, y reclame contra cualquier agravio o daño, no por la vía diplomática, sino por los medios y recursos que le preste la legislación del país adonde voluntariamente ha ido.

Así se evitarían muchos males. Así se evitaría que, en ocasiones, en vez de ser una ventura que venga un extranjero, con capital o con inteligencia o con ambas cosas, a un país pobre y débil, sea una calamidad o un ominoso preludio de vejámenes y sobresaltos, y así se evitaría que el extranjero que pasa de un país débil a un país fuerte sea desatendido y acuda en balde, en cualquier reclamación, a su Legación, a su cónsul o directamente a su Gobierno. Hasta hoy no se ha pensado en esta reforma del Derecho internacional, que ligeramente dejo indicada. No clamo, pues, contra la costumbre protectora. No protesto del uso, sino del abuso. Y lo que más lamento es que en los Estados Unidos se haya sutilizado y alambicado tanto el uso o el abuso, que no reclaman sólo en favor de legítimos castizos y nativos angloamericanos, sino en favor de cualquier cubano rebelde que se va a la gran República huyendo de la autoridad española por delitos políticos que su nueva patria adoptiva no considera como tales. Han procedido de aquí muchas reclamaciones, que hemos satisfecho con longanimidad lastimosa, por donde los rebeldes, al ver la protección triunfante que se les otorga y la condescendencia con que España la acepta y paga, desdeñan a España y reciben alicientes y estímulos para rebelarse contra ella.

A despecho de tanta dificultad, entre las cuales, como se ve, cuentan por algo las que los Estados Unidos nos suscitan, todavía espera la mayoría de los españoles, y yo con ella, que Cuba, por ahora, *no ha de ser libre,* como el señor Clarence King ansía y propone. Esperemos que Cuba siga siendo libre, pero española, como la metrópoli desea; pero tenga por seguro el señor Clarence King que si, por desgracia, y lo que Dios no permita, se agotasen nuestros recursos y tuviésemos que abandonar la Gran Antilla, no hay español peninsular que sueñe por espíritu vengativo con que aquello se vuelva o *yanqui* o *merienda de negros.* Por cima del patriotismo y más allá del patriotismo, vive y alienta en nosotros el amor de casta o de raza. Ojalá, primero, que Cuba siga siendo española; pero si Cuba deja de serlo, ojalá que sea pronto, para gloria y satisfacción de la antigua madre patria, una gran República cultísima y floreciente. Entonces, Máximo Gómez, por ejemplo, a quien ahora fusilaríamos o ahorcaríamos sin escrúpulo y para cumplir con una penosa obligación, brillaría, con aplauso nuestro, a la altura de los egregios libertadores; podría ponerse al nivel de Simón Bolívar y de Jorge Washington y tener estatuas y monumentos como los que ellos tienen. Lo malo es que bien se puede apostar uno contra mil a que ese estado de florecimiento y de grandeza no llegará para Cuba, ni en muchos siglos, si prematuramente y con marcada y notoria ingratitud lograra ahora separarse de la metrópoli. Queden, pues, tranquilos los angloamericanos y los hispanoamericanos, y no recelen que ni a Jorge Washington ni a Simón Bolívar les suscite el Cielo o el Destino un rival de gloria.

Madrid, 1896.

Los Estados Unidos contra España

Desde que empezó la funesta guerra de Cuba hasta el día de hoy, en medio de los enormes disgustos y cuidados que nos afligen, algo hay que celebrar, sirviéndonos de consuelo y dándonos esperanza de un éxito dichoso.

Celebramos, pues, en primer lugar, el acendrado y generoso patriotismo del pueblo español, que, por una causa que no puede traernos provecho, pero en la que está interesada la honra nacional, sufre con resignación y hasta con gusto los grandes sacrificios de sangre y de dinero que se le han impuesto y que se le impondrán en lo futuro. Y celebramos, además, prescindiendo de todo interés de partido, la enérgica y atinada actividad con que el general Azcárraga, ministro de la Guerra, ha logrado enviar a la Gran Antilla, con extraordinaria rapidez los hombres y los recursos que allí se requieren para que la rebelión pueda ser sofocada.

Poco propicia ha sido hasta ahora la fortuna a nuestros generales, cuando consideramos la magnitud de los medios que la nación y su Gobierno les suministran; pero España no debe ni puede censurarlos, antes conviene que los elogie y aun los bendiga, porque no desesperan de la salud de la patria.

De un general pueden exigirse valor, serenidad, autoridad y pericia en las cosas militares. Lo que no puede exigirse, no siendo lícito culpar a nadie de que le falte, es aquella inspiración maravillosa que el genio de la guerra infunde a veces en el alma de los grandes capitanes, y por cuya virtud obtienen triunfo, que todas las ciencias bélicas y las estrategias más profundas jamás explican. En Gonzalo de Córdoba y en Hernán Cortés, por ejemplo, hay un no sé qué de sobrenatural que nos pasma y con lo que sería delirio contar para todas ocasiones.

En la ocasión presente, y desistiendo de exigir como obligación o como deber las inspiraciones o los milagros del genio, nuestros generales, antes Martínez Campos y ahora Weyler, merecen aprobación y aun aplauso. Los justifica, sobre todo, la destreza del enemigo para rehuir el combate, escapar a la persecución y escabullirse y esconderse. En la gran extensión de la isla, en sus bosques y ciénagas, en lo quebrado y áspero del terreno a veces y en lo insalubre y mortífero de aquel clima para los europeos, encuentran apoyo los insurrectos, y nuestros soldados, obstáculos harto difíciles de superar. Si recordamos que en la primera mitad de este siglo hubo en Andalucía forajidos como el *Tempranillo,* el *Chato de Benamejí,* el *Cojo de Encinas Reales,* Navarro y Caparrota, y que teniendo cada cual una cuadrilla de diez o doce hombres a lo más, en campo raso, donde, si a veces el terreno es quebrado, no hay selvas tupidas ni lugares pantanosos, todavía burlaron las persecuciones y se sustrajeron durante largos años a las batidas que dio el Poder público para cazarlos, no debemos extrañar que, a pesar de nuestro valeroso y valiente ejército, recorran la isla Antonio Maceo, Máximo Gómez y otros malhechores, con disfraz de patriotas, y que talen, incendien y saqueen, sin que se haya logrado aún capturarlos e imponerles el castigo que merecen.

La disculpa del poco éxito alcanzado hasta ahora no puede tener fundamento más sólido ni más claro.

En cambio, son dignos de omnímodas alabanzas, singularmente en el general Martínez Campos, el noble patriotismo y la suprema abnegación con que fue a Cuba, exponiéndose en una lucha sin gloria a la mengua o a la pérdida de su crédito, que ya no podía ser mayor. Y no menos alabanza piden la lenidad, la dulzura y el espíritu de conciliación con que el general Martínez Campos, durante todo el tiempo que ha mandado en la isla, ha tratado a los diferentes partidos políticos que en ella hay, sin excluir a los que, llenos de imperdonable

ingratitud hacia la metrópoli y ciegos por ambición o por falso y torcido amor al suelo natal, anhelan y buscan la separación de Cuba y de España.

A pesar de esta conducta circunspecta y humana del general Martínez Campos, en nada desmentida hasta el día por su sucesor, el general Weyler, y a pesar de que los insurrectos no tienen residencia fija ni guarida permanente sino que andan a salto de mata, más que como soldados como ladrones, ha ocurrido lo que a nadie sorprende, porque se preveía, pero lo que a toda persona honrada y juiciosa escandaliza y aturde. El Senado angloamericano, después de larga discusión, en que muchos de sus más notables individuos se han desatado en groserísimas injurias contra España, ha estimulado y autorizado al presidente Cleveland para que, en el momento que considere más oportuno, declare la beligerancia de los insurrectos.

Durísimo, feroz, es el ultraje que el Senado angloamericano ha hecho a España y que la Cámara de representantes de la misma República casi por unanimidad ha confirmado luego; pero aunque los periódicos más acreditados de la Península miran con calma la ofensa que hemos recibido y recomiendan al pueblo español prudencia y sufrimiento, todavía quiero yo, valga por lo que valga y hasta donde mi voz pueda ser oída, recomendar prudencia y sufrimientos mayores.

Es innegable que en la resolución que se ha tomado y en los motivos que se han alegado para tomarla se nos ha hecho el insulto más sangriento que hacer se puede. Un sujeto cualquiera medianamente celoso de su honra, ofendida así por otro sujeto, quedaría afrentado, humillado y escarnecido si no pidiese y buscase la venganza en un duelo a muerte. Pero ¿qué paridad hay entre lo que sucede y debe suceder cuando se trata de particulares y lo que sucede y debe suceder entre dos potencias soberanas?

Los padrinos de los particulares desafiados, cumpliendo con las leyes del honor y del duelo, no consienten que nadie riña en él con ventaja, ni uno contra cuatro, ni con mejores ni más poderosas armas éste que el otro, sino que todo lo equilibran procurando la posible igualdad de fuerzas o de destreza y de probabilidades del triunfo. Muy bueno y deseable sería que no hubiese riñas, sino paz entre los hombres; pero ya que hay riñas, es laudable y extraordinario progreso el desafío bien ordenado entre particulares. Por el contrario, la guerra entre naciones, a pesar de cuanto han ganado los usos y costumbres y a pesar de los decantados progresos del derecho de gentes, sigue siendo casi tan desordenada y salvaje como en los tiempos antiguos, por más que esto se vele o disimule con refinamientos hipócritas. Una nación aislada, como lo está España, con menos de la cuarta parte de habitantes que tienen los Estados Unidos y con muchísimos menos recursos pecuniarios para comprar u fabricar los costosísimos medios de destrucción que hoy se emplean, incurriría en un heroico delirio y cometerá un acto de inaudita temeridad en provocar a dichos Estados, pidiéndoles, con sobrada energía, satisfacción de una injuria, que, en mi sentir, se puede por ahora disimular sin desdoro. Obvias son las razones que tengo para aconsejar este prudente disimulo, por parte de los Poderes públicos, se entiende, y quedando a salvo la lengua y la pluma de cada ciudadano español, para devolver con creces agravio por agravio y para desahogarse hasta quedar satisfecho y pagado.

Entiendo con esto que un desahogo particular, con el motivo de que vamos tratando, es disculpable, aunque a poco o nada conduzca; pero cualquiera manifestación colectiva en ofensa y en odio de la gran República norteamericana sería hoy por todos estilos perjudicial y contraproducente, y nos quitaría mucha parte de la razón, de que debemos cargarnos. Veo, pues, con verdadero contento la circunspección y el juicio con que casi todos los periódicos de España aconsejan al pueblo que se abstenga de tales manifestaciones, y la prudente energía con que el Gobierno se apercibe a prevenirlas o a reprimirlas.

Pero yo aún voy más allá en excitar al Gobierno a la longanimidad y a la paciencia. Creo que el Gobierno no debe siquiera pedir por la vía diplomática satisfacción al Gobierno de Washington por las groseras injurias y calumnias que han lanzado contra España varios senadores desde el Capitolio de Washington.

Hay que tener en cuenta que en aquella gran República no suelen ser los *politicians* las gentes más estimadas, mejor educadas y más sensatas: que por allí no guardan en las discusiones públicas el mismo decoro y la misma cortesía que en los parlamentos europeos, y que en el estilo y hasta en los modales se advierte cierta selvática rudeza, por influjo acaso del medio ambiente, por cierto atavismo, no transmitido por generación como el pecado original, sino por el aire que en aquellos círculos políticos se respira. Cuando en los escaños de un Cuerpo legislador se masca tabaco, se colocan los pies más altos que la cabeza, y cada senador se entretiene con un cuchillito y un tarugo de madera en llenar el suelo de virutas, no es de extrañar que se digan y se aplaudan las mayores ferocidades, como si oradores y oyentes estuviesen tomados del vino.

No prueba esto, ni mucho menos, que la mayoría de aquella gran nación piense y sienta como sus apasionados *politicians,* antes es de esperar que esa mayoría, sin con quejas violentas no la soliviantamos nosotros y no nos enajenamos su voluntad, proteste, al ver nuestra serenidad y nuestra cordura, contra los agravios que los senadores nos han inferido y dé con su protesta el conveniente vigor y el indispensable apoyo al presidente, señor Cleveland, para que él proteste también sin que nosotros lo pidamos o lo exijamos y para que no se prevalga de la insinuación y del permiso con que le excitan y facultan a reconocer la beligerancia.

Claro está que el Gobierno español debe estar prevenido para todo evento, sin que ninguno, por peligroso que sea, le sorprenda o le asuste; pero al mismo tiempo nos atrevemos a recomendarle placidez y calma.

Aun suponiendo al señor Cleveland amigo de España o amigo al menos de la justicia, no comprendo qué nos propondríamos lograr si de oficio pidiera satisfacción nuestro Gobierno de las injurias que nos han dirigido los senadores. Inútilmente pondríamos al señor Cleveland en el mayor apuro, ya que él no tiene fuerza para castigar a los senadores que se han insolentado contra nosotros ni para moverlos a que se retracten y canten la palinodia. Lo más que el presidente podría hacer, sacrificando acaso un poco de su popularidad e indisponiéndose con los senadores para estar fino y amable con nosotros, sería decir que deploraba que nos hubiesen injuriado. Tal función de desagravios es tan triste y tan incompleta, que lo mejor es que no la haya. Lo mejor es que el Gobierno español no aspire a que el señor Cleveland declare que nos tiene algo a modo de lástima.

En suma: a pesar de las ofensas que se nos han hecho hasta ahora en el Senado, y a pesar de que yo doy por seguro que no han sido menores las que se nos han hecho en el Congreso, yo creo que el Gobierno de la nación española no debe darse por entendido, ni considerarse herido de semejantes ofensas, ni formular contra ellas en documento oficial la más pequeña queja. Esta queja sería una confesión de que nos han tocado y maltratado, sería poner a la nación española al nivel de sus detractores, sería confesar que los tiros de éstos han subido muy alto y han tenido fuerza atravesar el escudo del soberano desprecio con que España debe desdeñarlos.

España, prescindiendo de la resolución que en pos de los insultos puede venir, arrastrándonos fatalmente a una guerra sangrienta y ruinosa, y considerando sólo los insultos, conviene que los juzgue y condene con las palabras mismas del gran poeta inglés: *Tales told by idiots, full of sound and fury, signifying nothing.*

En los momentos difíciles en que se halla en el día la nación española, es antipatriótico todo espíritu de oposición contra el Gobierno. Debemos desear que acierte, y para su acierto debemos coadyuvar en la medida de nuestras fuerzas, sin poner el menor estorbo y sin apelar a la censura ni mostrar disgustos sino en casos extremos. A fin de no precipitar al Gobierno a un rompimiento prematuro con los Estados Unidos, lo primero que importa comprender es que no se debe ligeramente pensar que el honor de España está ofendido y comprometido por aquello y en aquello por lo que no puede estarlo. Válganos una comparación para aclarar este concepto. Si un solo hombre se viese acometido por cuatro o por más locos furiosos, mejor armados y con mayores medios de defensa y de ofensa, y los cuatro le insultasen, y además quisiesen con amenazas intervenir en los negocios de él y hasta disponer y apoderarse de su hacienda, el hombre así atacado lo primero que haría sería prescindir de los insultos y procurar, pidiendo auxilio y por todos los medios, rechazar las injustas pretensiones y exigencias de sus poderosos agresores. En último resultado, si permaneciese solo y nadie acudiese en su ayuda, lo noble y lo heroico sería combatir él solo contra los cuatro hasta vencerlos o morir; pero también sería delirio, y vanidad, y pundonor mal entendido el combatir solo y desde luego sin intentar que alguien viniese en nombre de la equidad y de la justicia a poner a raya a su enemigo y a evitar la desigual e injusta contienda con que su enemigo le amenazaba si no cedía o se humillaba a su capricho, a su soberbia y a su codicia acaso.

Quiero significar con esto que, a mi ver, el Gobierno español, sin dirigir la menor queja al de Washington, en lenguaje tan templado y circunspecto como firme, en nota circular dirigida a las principales naciones de Europa, debe escribir una protesta contra la resolución tomada por el Senado y por el Congreso de los Estados Unidos, demostrando con razonamientos y autoridades y citas que los mencionados cuerpos colegisladores han infringido el derecho de gentes al declarar beligerantes a unos forajidos, han faltado a las buenas relaciones de amistad con España fomentando y favoreciendo el espíritu de rebelión de algunos cubanos, y han desconocido la autonomía y soberanía de España osando amenazarla con intervenir en sus interiores asuntos y excitándola a que se desprenda de gran parte de su territorio y de la población, que hay en él, lo cual es todo suyo legítimamente desde hace cuatro siglos.

Yo no puedo creer que Francia, Inglaterra, Alemania y otras grandes potencias de Europa dejen de darnos la razón: no se pongan de nuestro lado a fin de impedir que violentamente se nos veje y se nos quiera despojar de lo que poseemos, amenazándonos con una guerra injusta y harto poco gloriosa para el que con ella nos amenaza, confiado en la descomunal superioridad de sus fuerzas en hombres y en dinero.

Durante siglos España ha demostrado su valor, y bien puede ahora, sin recelar que la acusen de pusilánime, llegar al último extremo de la prudencia y de la cordura y pedir apoyo y favor contra un enemigo reconocidamente más fuerte que ella y que trata de abusar de su fuerza. Asimismo es muy humano y muy conveniente a la civilización evitar hasta donde sea posible la efusión de sangre, los estragos, la paralización del comercio y las grandes pérdidas de riqueza que una guerra trae consigo. Nadie nos podría zaherir por esquivar esta guerra, dejando a salvo nuestra independiente soberanía y conservando, sin acudir a las armas y merced al apoyo de grandes potencias, la integridad de nuestro territorio.

Enorme desventura sería si después de dar este paso nadie nos acudiese y permaneciésemos tan aislados como estábamos ahora. Para entonces es para cuando conviene tener nuestra energía como contenida y represada y hacer brioso alarde de ella con viril serenidad, arrostrando todos los peligros, confiando en Dios y en nuestro derecho, y combatiendo solos contra los Estados Unidos, aunque fuesen mil veces más poderosos de lo que son, sin desesperar del triunfo, o sin hacerlo pagar muy caro al menos.

Lo pasado ya no tiene remedio. De lo pasado no debiera hablarse si no encerraba una lección y un escarmiento para el futuro.

Menester es confesarlo. En el aislamiento de España hay de nuestra parte no pequeña culpa. Cuantos gobiernos y cuantos partidos han estado en España en el Poder, desde hace muchos años, han propendido al aislamiento movidos por una prudencia mal entendida y por un concepto equivocado y mezquino de la importancia y del valer de la nación cuyos destinos dirigían. Deberes hay que España no puede desatender, y hay aspiraciones y propósitos que el alma de la nación no puede ahogar en su centro, aunque se esfuerce por ahogarlos. Son los deberes la conservación de las Antillas y de los archipiélagos que poseemos en el Pacífico. Nuestras aspiraciones, providencial o fatalmente impuestas por nuestra misma historia están en que nadie, sin contar con nosotros, domine en Marruecos; en estrechar cada vez más nuestras relaciones con los portugueses; y en conservar, ya que los lazos políticos están rotos, la unidad de civilización, de idioma y de casta entre esta Península y las que fueron sus colonias y hoy son repúblicas independientes, procurando y anhelando, con poco menos ahínco e interés que nuestra prosperidad y auge, los de las repúblicas hispanoamericanas, hacia las cuales nos inclina un orgullo paternal que no quisiéramos ver abatido y burlado.

Con tales propósitos y miras, el retraimiento de España es imposible: el afán de sus gobernantes de no exponerla lanzándola en aventuras, la ha expuesto más dejándola sola. Hasta nuestro desmedido proteccionismo ha contribuido a enajenarnos la voluntad o a entibiar al menos el afecto que pudieran sentir por nosotros algunas potencias de primer orden. No nos ha valido para estímulo el ejemplo de otras naciones que, buscando alianzas y aventurando algo, han alcanzado bienes que parecían inasequibles y como delirios de un ensueño. Así, el Piamonte, vencido y ruinosamente multado, después de Novara, ha venido a lograr lo que en balde se pretendía desde hace siglos: la unidad de Italia, sólo momentáneamente lograda bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico. Austria, para tener apoyo y alianza, se ha unido en estrecha amistad con os dos pueblos que más la han agraviado: con los italianos, que han conseguido arrebatarle el Milanesado y el Véneto, y con los prusianos, que la vencieron y la despojaron de la hegemonía en Alemania. Francia misma, desechando antiguas enemistades, busca con fina y constante solicitud la amistad de los rusos y los lisonjea y los encomia, poniendo de moda hasta las rarezas y excentricidades de sus escritores. Tal vez España sea la única nación que, por el afán de no comprometerse, ha esquivado toda amistad y se ha quedado sola. Si sigue así, si nadie acude a sostenerla, escarmentará al verse en tan cruel abandono.

Por fortuna, aun sin contar con alianzas que no hemos buscado y con simpatías que no hemos procurado crear ni fomentar, todavía nos queda alguna esperanza de que las grandes potencias de Europa se pongan de nuestro lado, vuelvan por nosotros y hagan respetar nuestros derechos. Sería extraño que sufriese en silencio el presuntuoso descaro con que los diputados y senadores yanquis se constituyen en tribunal del humano linaje, en hierofantes de la filantropía y la cultura, reprobando y anatematizando la conducta de una nación soberana en su gobierno interior, sometiéndola a su fallo y tratando de imponerle castigos infamantes, de desmembrarla a su antojo y de despojarla de parte de sus bienes. Todavía es más odiosa y ridícula esta pretensión al notar que se apoya en la necia doctrina de Monroe. ¿Qué significa racionalmente que América ha de ser para los americanos? ¿Dónde están los americanos a quienes América, en todo caso, pertenece? Los que han dejado vivos los yanquis están acorralados como toros bravos en una dehesa o como jabalíes en un coto. Fuera de esto, América es y seguirá siendo, durante muchos siglos, de los europeos. La religión, la ciencia, la cultura, los idiomas en que se habla y se escribe, todo, es allí de Europa. Si ha habido allí algunos historiadores ilustres, algunos poetas inspirados, y tal cual mediano pensador, en inglés, en portugués o en español han escrito; si algo han inventado, no ha sido lo bastante, ni para torcer el rumbo, ni para acelerar el paso y aumentar el vigor y la firmeza con que la

Humanidad sigue su marcha progresiva elevándose a superiores esferas. Todo cuanto los yanquis han pensado, inventado o escrito, podrá ser un brillante apéndice; pero no es más que un apéndice de la civilización inglesa. Será una cola muy lucida, pero no es más que la cola. El núcleo, el loco, el centro luminoso, el primer móvil, cuanto ilumina y mueve aún a la Humanidad en su camino, está en Europa y no ha pasado a América ni es de temer que pase. La antorcha del saber y de la inteligencia, la férula del magisterio, el timón de la nave, el centro de la soberanía mental están en Europa desde hace tres mil años.

Ni los persas, ni los cartagineses, ni los árabes, ni los tártaros, ni los turcos lograron arrebatárnoslos en sus ingentes y tremendas expansiones. Es, pues, cosa de risa el prurito de los yanquis, su mal disimulado deseo de arrebatárnoslos ahora. Y si no pretenden eso, si no aspiran sino a un nuevo divorcio entre ambos hemisferios, ¿qué significa la doctrina de Monroe? Todavía en las repúblicas hispanoamericanas, si la suerte les hubiera sido más favorable y si no estuvieran tan abatidas, la doctrina de Monroe tendría explicación, tendría fundamento justificado. Allí hay un elemento indígena: allí hay americanos de verdad. Hasta de la mezcla de la sangre española y de la sangre india se podría suponer que ha nacido y que se desenvolverá una raza distinta y acaso superior a la europea. Pero ¿en los Estados Unidos hay algo más que el suelo que sea americano? ¿Qué significa, pues, la manoseada frase «para los americanos América?» ¿Con qué razón, con qué derecho, a no ser por la fuerza cuando la tengan, tratarán los yanquis de echar de América, primero a España, y después a Inglaterra, a Francia, a Holanda y a Dinamarca, que son tan americanas como los yanquis y han merecido y merecen más aplauso y gratitud de América, porque la han colonizado, civilizado y cristianizado, implantando en ello todo el saber, toda la virtud y todos los gérmenes de poder y de grandeza de que los yanquis andan ahora tan orgullosos?

Al redactar este escrito me dejo llevar por un impulso involuntario, reconociendo lo poco que importa mi protesta y lo débil que es este alarde de patriotismo al lado de los que hacen y seguirán haciendo muchos generosos y nobles españoles, como, por ejemplo, los que residen en Méjico, y en la Península el sabio obispo de Oviedo y el noble marqués de Comillas. Avergonzado por ellos de mi insignificancia, he vacilado, durante algunos días, en dar a la estampa lo escrito.

Igualmente me han hecho vacilar el respeto y el afecto que profeso aún a la nación angloamericana, a pesar de las injurias de que sus representantes nos han colmado, porque yo no quisiera, por ningún estilo, al devolver a dichos representantes agravio por agravio, que alguien imaginase que yo trataba de ofender a su nación, aunque por ser nosotros calumniados y engañada ella por vulgares prejuicios que han difundido y difunden rastreros escritores, estuviésemos empeñados en una lucha que no tiene razón de ser. Estos rastreros escritores se han complacido en pintarnos, a los ojos del vulgo de sus compatricios, como una nación de fanáticos y de malvados. Casi les hacen creer que tenemos Inquisición todavía y que hemos asesinado jurídicamente, cuando la tuvimos, centenares y centenares de hombres. Se han callado muy bien, o por mala fe o por ignorancia, que en cualquiera de las naciones más cultas y urbanas de Europa, y sin tener Inquisición, se han cometido más crueldades, se han elevado más cadalsos, se han encendido más hogueras y ha hecho más víctimas que en España la superstición religiosa. En Inglaterra, metrópoli de los Estados Unidos, cuentan autores ingleses sobre treinta mil brujos y brujas ajusticiados; víctimas del fanatismo han perecido allí reyes y reinas, y mártires tan gloriosos como Tomás Moro.

Lutero, Calvino y Knox sólo pedían libertad religiosa cuando estaban en minoría. En Escocia aún se quemaban brujas en el siglo pasado. Y en los mismos Estados Unidos, sólo en Salem (Massachusetts), se han cometido más atrocidades y asesinatos jurídicos, únicamente a causa de la brujería, que por causa o pretexto de religión cometió el Santo oficio en toda la América entonces española, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes.

Yo no creo que los mulatos rebeldes y los negros cimarrones de Cuba despierten profundas simpatías en el alma de los legisladores yanquis, ni que les den esperanza de que, declarados ya independientes, formen una República superior a la de Haití, y contribuyan más que nosotros al progreso y al bienestar del linaje humano y al florecimiento y auge de la agricultura, de la industria y del comercio. Para mí, pues, es evidente que no por amor de ellos, sino por odio a nosotros, ambas asambleas de la Unión los protegen. Y este odio, que deploro, es el que yo quisiera ver disipado. Tengo por innegable que en ningún corazón español, a pesar de los ultrajes recibidos, existe tal odio. Sin él, y sólo por necesidad, iremos a la pelea si se nos acosa; si se nos pone, como vulgarmente se dice, entre la espada y la pared. Doloroso será entonces tener que pelear contra un pueblo en quien no podemos menos de admirar excelentes prendas y elevados impulsos, enteramente contrarios a los que lo exciten a esta injusta contienda.

Lo que yo admiro más en los Estados Unidos, hasta por el candor juvenil y casi infantil del sentimiento, es su prurito de acometer portentosas y difíciles empresas y de ver si logran sobrepujar en todo a los europeos. Hay en Europa casas de siete pisos; pues los yanquis las construyen de catorce. Hay en Europa monumentos altísimos; pues los yanquis los construyen cincuenta codos más altos. Hay en Europa regios alcázares, cuya base se extiende sobre centenares de metros cuadrados; pues los yanquis harán que se extiendan sobre millares de metros cuadrados sus alcázares republicanos. Todo en América ha de ser más alto y más grande que en Europa. ¿No está, por consiguiente, en contradicción con este empeño de superioridad, con el *Excelsior*, tan hermosamente cantado por un poeta yanqui y tomado como lema y santo y señal de su nación, el querer intimidar con amenazas y fieros a una nación que se cree débil, para fomentar la rebelión de gente a quien no es posible que se estime y para atropellar legítimos derechos? El mismo presidente Cleveland y todo el pueblo angloamericano debieran protestar, sin que nadie abogase por nosotros, contra los arrebatos violentos y ciegos de que se han dejado llevar sus cuerpos colegisladores.

Hubo en los Estados Unidos, y hay aún, porque supongo que vive, un cierto coronel Ingersoll, que quiso, en su especialidad, como otros compatriotas suyos, ir más allá que todos los europeos. Era su especialidad un terrible aborrecimiento a Dios y un decidido empeño de expulsarle del Universo, a fin de que, libre del despotismo divino, fuese más dichoso el humano linaje. Para esta expulsión de Dios alegaba el coronel la crueldad con que Dios castiga en el infierno a los pecadores. Decía él que si su mujer, un tío suyo o cualquiera de sus camaradas estuviese sufriendo las penas eternas y él estuviese en el cielo, le diría a Dios cuatro frescas y se iría también al infierno con su gente. Pero a esto se me ocurre objetar: ¿No sería mejor y más prudente, en vez de pelearse con Dios, insultarle y llamarle tirano, creer que es bueno y hasta que todo eso de las penas eternas puede ser una calumnia que le han levantado a Dios en las Edades Tenebrosas, como e. coronel Ingersoll las llama? Pues aplíquese el cuento al caso presente, y en vez de querer arrojarnos de Cuba y de insultarnos por lo crueles que somos, reconózcase y confiésese que no hay tal crueldad de nuestra parte, sino exagerada blandura con los mambises depredadores e incendiarios. Esto sería lo razonable y lo justo: que el coronel Ingersoll dejase a Dios en paz en el cielo y se contentase con poner las peras a cuarto a Moisés y con demostrar que no supo tanta química y tanta geología como él sabe y que sus compatricios nos dejasen a nosotros en paz en Cuba, reconociendo que la hemos de cuidar mejor que los insurrectos si llegan a ser independientes, aunque no acertemos a hacer de Cuba el paraíso que harían de ella los yanquis, más sabios que nosotros en artes mecánicas y mejor iluminados e influídos por los genios del comercio y de la industria.

En suma: yo tengo cierta vaga esperanza y pido fervorosamente al Cielo que se realice, de que las grandes potencias de Europa, que forman tácita confederación para dirigir y ordenar la marcha civilizadora de nuestra especie, no contemplen con indiferencia la atroz

iniquidad de que pretenden las cámaras angloamericanas hacernos blanco y objeto. Hasta confío aún en que la masa del pueblo de la Unión vuelva en sí, retroceda del camino por que quieren lanzarla, se llene de honrados escrúpulos y vea y note cuánto hay de cobarde, de ruin y alevoso en querer aprovecharse, para humillarnos, de nuestra verdadera o aparente postración y de los disturbios que nos abruman. Yo no me atrevo a creer que ese pueblo, hoy en toda la lozanía, crecimiento y vigor de su mocedad, pretenda lucirse haciendo el feo papel de sacudir la coz del asno contra el león que juzga moribundo. Por todo esto, es tan posible como deseable que el conflicto que se ha promovido no acabe por estallar, con horroroso estrago, como bomba de dinamita, sino que se quiebre y se desvanezca en el aire como tenue bola de jabón y de agua.

En vista de lo que queda expuesto, apenas es creíble que Inglaterra, Francia y las demás naciones de Europa que en América tienen colonias se crucen de brazos, y sólo por culpa de que somos débiles, o de que consideran que somos débiles, dejen sin chistar y sin mostrar el menor enojo que los Estados Unidos nos insulten, nos vejen y nos despojen.

Pongámonos, sin embargo, en lo peor. Demos ya por seguro que nadie acude a nuestro lado, y que, sin freno que los contenga, los yanquis persisten en sus exigencias y en su furia. Aun así, yo afirmo que debemos pasarnos de modestos, de pacíficos y de prudentes. El límite de nuestro sufrimiento debe ser el último límite. El Gobierno español, con maternal cuidado y amoroso desvelo, debe evitar cuanto sea posible los crueles sacrificios de vidas y de haciendas a que una guerra desigual nos obligue; pero, llegados ya al último límite, nos conviene entender que es consejo y no precepto evangélico aquello de que «si te piden la capa, da también la túnica». No, no debemos dar ni túnica ni capa; no debemos entregar a la codicia o a la soberbia de los yanquis ni un palmo de terreno en la isla de Cuba; ni debemos tampoco continuar pagándoles tributos como por virtud de injustas y arbitrarias reclamaciones de indemnización nos lo han hecho pagar durante muchos años, humillándonos al pagarlos. Antes de sufrir tanto oprobio y tan honda caída, desvanecidas ya todas las esperanzas de paz honrosa, declaremos la guerra a los Estados Unidos, hagámosla con valor, y, aunque nuestro triunfo definitivo parezca milagro, confiemos y creamos en que la era de los milagros no pasó todavía.

¿Quién sabe si el sacudimiento terrible que tendrá que producir esta guerra no será una crisis saludable que nos levante de la postración en que estamos y nos coloque de nuevo entre las grandes naciones del mundo? Unidos todos en un esfuerzo común, olvidaremos nuestras divisiones de partidos, nuestras rencillas políticas y nuestros desventurados regionalismos. No seremos republicanos ni carlistas, canovistas ni sagastinos; pero seremos ministeriales todos, y nos jactaremos de ser aragoneses, catalanes, castellanos o vascos, porque todos seremos españoles. Nuestro Ejército, lejos de lamentar la guerra, se alegrará de que, merced a la guerra, podrá luchar con alguien que dé la cara, que no sean forajidos que huyen y se esconden, y en cuyo vencimiento se puede alcanzar alguna gloria. Nuestros generales, por último, se alegrarán más aún, porque tendrán ocasión de mostrar lo que valen, en vez de jugar al escondite con enemigos que se ocultan y de sacrificar a sus soldados, no por exponerlos a las balas de esos enemigos y a sus celadas y sorpresas, sino por las inclemencias y las fiebres de un clima mortífero para ellos.

Aunque soy optimista, aunque no pierdo nunca la esperanza, aunque creo que ahora tienen los españoles el mismo gran ser que tuvieron a fines del siglo XV y durante todo el siglo XVI, cuando fue el apogeo de su gloria, si bien no temo la guerra, tampoco la deseo. No tienen la culpa los ciudadanos de los Estados Unidos en general de la soberbia disparatada, de la ignorancia y de la codicia de sus representantes y de sus senadores. Y yo, sin poderlo remediar, no excluyo de mi amor por el linaje humano al pueblo de los Estados Unidos, donde hubo y hay hombres y cosas que me son simpáticos: elegantes e inspirados poetas, como

Longfellow, Russell-Lovell y Whitier; algunos pensadores, si poco originales, discretos e ingeniosos, como Emerson, imitador de Tomás Carlyle; varios historiadores, aunque poco profundos, amenos y agradables de leer, salvo cuando tratan de sus propios asuntos, porque entonces suelen ser más pesados que el plomo; varios divertidos novelistas y, sobre todo, hombres de tan aguda inventiva, que ya brillan, como Edison, empleando la electricidad en no pocos útiles y pasmosos artificios; ya producen la máquina de coser, que siempre que la contemplo me deja embobado. Yo admiro, además, la belleza, el talento y la refinada cultura de las mujeres angloamericanas, las cuales son la más preciosa y segura garantía de que si se llevase a su práctica huraña la doctrina de Monroe y se volviese a establecer el divorcio entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, no volverían los habitadores del último a andar vestidos de plumas y de pieles, a sacrificar seres humanos a los ídolos y a comerse unos a otros. Yo admiro el salto del Niágara, la riqueza y prosperidad de los Estados Unidos, la magnificencia y esplendor de sus grandes ciudades, como Nueva York, Boston y Filadelfia; la facilidad y comodidad con que por allí se viaja en ferrocarril, y lo amables y hospitalarios que son los yanquis con los extranjeros cuando el amor propio no los ciega y cuando no se les pone en la cabeza que los extranjeros les son inferiores, porque entonces suelen ser harto poco amorosos y son muy desprovistos de caridad. Díganlo, si no, los pobres chinos, harto duramente zurrados, porque trabajan por muy corto salario. Para no cansar, lo que es yo, a pesar de los insultos que nos han inferido, celebraría en el alma que nos reconciliásemos, nos estimásemos en más y acabásemos por querernos bien en vez de venir a las manos.

Pero si esto no es decorosamente posible, ¿qué le hemos de hacer? Pecho al agua y adelante. No hay mal que por bien no venga. Casi estoy por decir que, de todos modos, saldremos gananciosos. Si somos vencidos, perderemos pronto a Cuba sin aburrirnos y cansarnos durante tres o cuatro años en perseguir a nuestros enemigos trashumantes, contra los cuales, en vez de enviar soldados, debiéramos enviar perros y hurones. Y si salimos vencedores, que todo es posible con el favor del Cielo, donde aún conserva y cuida Santiago su caballo blanco y sus armas, entonces se corregirían muchísimo los yanquis, porque se les bajará el orgullo, que es su mayor falta; y yo, aunque estoy abrumado por las enfermedades y los años, me regocijaré al contemplar a los yanquis más apacibles y benignos, menos duros e insolentes con nosotros, renegando de su tontería de doctrina de Monroe y alargándonos sin rencor y como Dios manda la mano de amigos.

Entonces cantaría yo un magnífico tedeum allá en el fondo de mi alma y habría de exclamar, remedando al viejo Simeón: *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum.*

Madrid, 1896

Las alianzas

- I -

Señor director de *El Liberal.*

Mi distinguido amigo: Al leer lo que dice *La Época* sobre política internacional, siento ciertos escrúpulos de haber contribuido, con el folleto que publiqué pocos días ha, a promover

la cuestión de alianzas, que muchos periódicos tratan ahora. Esto me induce a comentar lo que ya dije, a fin de que, si no tiene usted inconveniente, me favorezca publicando esta carta, aunque impugne luego su contenido.

Lamentábame yo de que España, en la presente ocasión de apuros y peligros, estuviese aislada; pero mi lamento no implicaba oposición a determinado partido u hombre político. No iba contra nadie: iba contra todos. Y, por otra parte, como los aliados y los amigos no se buscan ni se ganan en el momento en que se necesitan, sino que se tienen a prevención y de antemano, también estuvo muy lejos de mi mente, y lo hubiera estado, aunque mi insignificancia no lo estorbase, el aconsejar al Gobierno actual que buscara deprisa y corriendo lo que antes de él, desde hace ya medio siglo, nadie había buscado.

Limitada así la intención que tuve al hablar de alianzas, sigo sosteniendo, sin que *La Época* me convenza de lo contrario, que las alianzas son buenas y que sin alianzas nada útil e importante se ha conseguido en el mundo desde que Hiran y Salomón se aliaron hasta el día de hoy. Cuando Salomón, que era sapientísimo, buscaba alianzas, no será el buscarlas tan gran disparate. Sin la que contrajo, ni él hubiera construido el admirable templo de Jerusalén, ni desde Aziongaber hubiera enviado a Ofir sus naves para que volviesen cargadas de marfil y sándalo, oro y perlas, perfumes, especias, papagayos y otros mil primores. Y prescindiendo de ejemplos vetustos, hay uno muy reciente que muestra cuán fecundas en bienes son las alianzas urdidas con arte. Si consideramos lo que ha ganado el Piamonte, desde Novara hasta el día, nos asombramos como del milagro más pasmoso. El pequeño sacrificio de enviar cuarenta mil hombres a Crimea, y más tarde el sacrificio algo mayor de ayudar a Prusia y de sufrir por mar una derrota en Lysa y por tierra otra en Custozza, han valido al Piamonte, primero el Milanesado y después el Véneto; que nadie se oponga a que arroje de Sicilia, de Nápoles, de Toscana y de otros estados a sus soberanos legítimos; que, a pesar del enojo de muchos millones de católicos, despoje al Papa de su poder temporal, y que constituya la unidad de Italia, que parecía sueño. Pedir más sería gollería; sería imitar a aquel monarca aprovechadísimo que pedia y alcanzaba tantas cosas por medio de su hijo, casado con el hada Parabanú, hermana del rey de los genios, que el rey de los genios se hartó al verle tan exigente y pedigüeño y le aplastó descargando sobre él su tremenda clava. La habilidad, por grande que sea, tiene su límite, sobre todo cuando no hay en ella magia o hechizo. Y magia sería si, por virtud de la Triple Alianza, diese Italia también cima y dichoso remate a sus tal vez prematuras empresas en remotos países.

La de Saavedra Fajardo, que cita *La Época*, y el texto latino de cierta fábula de Fedro, que todos sabemos, lo único que prueban es que cualquier obra de alguna trascendencia, como no se haga bien, lo mejor es que no se haga. Sin duda que hay peligro en aventurarse; pero quien no se aventura no pasa la mar.

Nosotros, los españoles, desde hace años pecamos de desconfiados y formamos de nosotros mismos muy pobre concepto. Pensamos y decimos, sin ironía ni broma, algo parecido a lo que por chiste oí yo decir una vez al señor don Antonio Cánovas, con general regocijo de cuantos le escuchaban. Decía que él se había venido de Málaga huyendo, porque allí todos le engañaban o trataban de engañarle. España, con la mayor formalidad, está diciendo y haciendo lo mismo: huye del trato y familiaridad de todas las potencias de Europa por temor de que la engañen.

Mientras más lo recapacito, mejor noto que la desconfianza que nos arrastra al retraimiento y al separatismo está en nosotros muy arraigada y conviene librarnos de ella. Por esta desconfianza echamos a los judíos y a los moriscos; por esta desconfianza se rompió nuestra unión con Portugal, y al romperla perdió Portugal lo mejor de su imperio en la India; por esta desconfianza estuvo a punto de separarse de nosotros Cataluña; en parte, por esta

desconfianza se han emancipado prematuramente todas las colonias españolas del continente americano, y por esta desconfianza brotan hoy ominosos chispazos de regionalismo, ya en la misma Cataluña, ya en las provincias vascongadas, ya en Galicia.

Claro está que los negros y mulatos de la clase más ruda y humilde que hay en Cuba entre los rebeldes están allí por merodear; que los aventureros de países extraños están para ganar importancia y dinero en la contienda, y que muchos ambiciosos, nacidos en la propia tierra, están porque sueñan con ser ministros o presidentes de la República futura; pero si hay cubanos de arraigo y buena fe que conspiren o luchen contra España y anhelen la independencia de Cuba, esa desconfianza secular, ese vicio inveterado del separatismo, es quien los mueve. Y es tan pernicioso para ellos el movimiento, que, si España no logra pararlo, los llevará al suicidio colectivo, o a gemir bajo el yugo de un presidente o de un emperador negro, o a la desaparición, en la isla, de su lengua y de su casta, cuando toda, si triunfan, sea yanqui, dentro de poco.

A fin de impedirlo, sacrifica hoy España sus hombres y su dinero. Y no es el interés quien la impulsa, sino una obligación sagrada. No podemos consentir en que retroceda a la barbarie lo que durante cuatro siglos hemos cuidado con amor y cultivado con esmero, ni podemos consentir en que desaparezcan de Cuba los hombres de nuestra lengua y nuestra casta, por ingratos y díscolos que sean, para que se extiendan y dominen en ella los angloamericanos.

De esperar es que nos saquen airosos de este empeño la constancia patriótica de la nación y el valor de nuestros soldados. De esperar es que se evite el conflicto con los Estados Unidos, donde, aunque proclamen la beligerancia, tal vez no se atrevan a intervenir a mano armada en favor de los insurrectos. Y de esperar es, en último extremo, que si los Estados Unidos intervienen, contra razón y derecho, se interpongan las grandes potencias europeas y no permitan, o una guerra injusta y terrible, o el violento despojo de lo que nos pertenece, apoderándose la gran República de la llave del seno mejicano, por donde ha de abrir el camino que ponga en comunicación los dos grandes mares. Tales son las esperanzas que podemos tener. Con ellas debemos contentarnos, aunque no sean muy seguras. Ya no es tiempo de buscar alianzas. Solos estamos en el gran conflicto, y con nuestra propia energía tendremos que salir de él si en los Estados Unidos no ceden, pues al cabo la mayoría de aquel pueblo no es como Shermann, Morgan y Mills, o si las grandes potencias europeas, movidas por el propio interés, no nos prestan apoyo.

Pero si España hubiese contado con amistades y alianzas y no hubiese estado tan sola, no hubiera tenido que aguardar hasta el último extremo; hubiera inspirado más respeto en Washington, y no hubiera tenido que ceder a tantas humillantes e injustas reclamaciones y que pagar tanta indemnización con longanimidad lastimosa y que sufrir con paciencia tanto vejamen y tantos vituperios de senadores y diputados yanquis. Estos, de seguro, jamás se hubieran atrevido a despotricarse tan ferozmente si España hubiese estado más enlazada y sostenida en el concierto de las naciones civilizadas de Europa.

En mi sentir, pues, las alianzas no sólo son convenientes, sino indispensables para España, que tiene aún, y no puede menos de tener, tanto que conservar y tanto a que aspirar, si no se arroja en el surco y se declara muerta y prescinde de su historia.

La Época citaba, contra las alianzas, a Saavedra Fajardo. Yo citaré en favor de ellas a otro político de más fuste y recámara: al propio Nicolás Maquiavelo. Precisamente en el capítulo XXI, donde explica cómo se ha de gobernar un príncipe rara conquistar reputación, y donde hace tan hermoso elogio de Fernando de Aragón, marido de Isabel la Católica, a quien declara, *por forma y por gloria, el primer rey entre los cristianos,* se decide en favor de las

alianzas, diciendo que un príncipe no es estimado sino cuando es verdadero amigo o verdadero enemigo; que el descubrirse es más útil que el quedarse neutral, y que el príncipe irresoluto, cuando, por huir compromisos y peligros, sigue el camino de la neutralidad, las más veces se hunde en vergonzosa ruina, teniendo que salir de la neutralidad por fuerza y no de grado.

Como ya he dicho que las alianzas convienen y hasta son indispensables, quisiera decir también de qué suerte me parece que deben buscarse y celebrarse; pero como hoy me he extendido mucho, lo dejo para otro día si no fatigo a los lectores de *El Liberal* con nueva carta.

- II -

Señor director de *El Liberal.*

Mi distinguido amigo: En cuestión de alianzas, tal vez sería lo mejor, después de afirmar que convienen, abstenerse de decir con quién y cómo. Los usos diplomáticos prescriben no hablar de tales conciertos hasta después de ya celebrados. Pero, a pesar de todo, me parece que no hay imprudencia ni falta de sigilo en que alguien, como yo, que está alejadísimo del Poder público y de todo centro oficial, y que no comprometo a nadie ni se compromete, diga sobre el asunto lo que se le antoje. Lo que yo pienso decir, además, no puede ofender a ninguna nación. Y no porque yo me valga de rodeos y perífrasis, sino porque quizá a causa de mi optimismo y de mi indulgencia afectuosa, apenas condeno a nadie y hallo disculpa para todo.

Triste cosa es que, al llegar casi a su término el siglo XIX llamado de las luces, la Humanidad haya adelantado tan poco moral y políticamente, que, en el mismo centro de su más alta civilización, todos los hombres capaces de empuñar las armas anden cargados con ellas, haciendo el ejercicio, reuniendo con grandes gastos los más eficaces medios de destrucción, aprendiendo a matar y perdiendo en maniobras, revistas y paradas el tiempo que pudieran emplear en divertirse o en producir cosas útiles y agradables, y teniéndose de continuo unos a otros en jaque y alerta; pero esto no tiene remedio, y no hay para qué censurarlo.

Muy costosa es la paz armada; pero más costosa y terrible sería una nueva guerra europea. Dios quiera, pues, que no la haya, y que, pasando años, se harten las grandes potencias de consumir dinero y de convertir a todos sus ciudadanos en soldados, y se decidan deponer las armas.

Por ahora, y sabe Dios hasta cuándo, la amenaza de la guerra es constante, y en vez de ver segura la paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad, estamos amenazados siempre de una estupenda y colosal conflagración belicosa en que luchen, por un lado, Alemania, Austria e Italia, y por otro, Francia, tal vez auxiliada por Rusia.

Si, por desgracia, llegara este caso, ¿qué le convendría hacer a España? Los alemanes no nos han hecho ni bien ni mal; de los italianos no tenemos agravios que vengar, y los queremos bien, salvo algunas damas elegantes y devotas y cierto número de católicos muy fervorosos, que desean que se lleve el diablo aquella monarquía para que recobre el Padre Santo su poder temporal, y con Austria estuvimos unidos por lazos dinásticos en la mejor época de nuestra historia, hemos vuelto a estarlo en el día, y aun yo creo posible y conveniente que se

aumenten estos lazos. Nada tendríamos que ganar con hacer la guerra a la Triple Alianza; pero como también sería duro pelear contra nuestros simpáticos vecinos los franceses, amables difundidores por el mundo de las letras amenas y de las artes elegantes y deleitosas lo mejor y lo más cómodo sería permanecer neutrales, a pesar de lo que he citado de Maquiavelo. Este gran político hablaba, en muy distintas circunstancias, para muy otra edad del mundo, y siempre con la mira de libertar a Italia de los que él llamaba bárbaros, cuyo yugo le apestaba, sin que hubiese atrocidad, crimen ni peligrosa aventura a que para sacudir aquel hediondo yugo no excitase él a su *Príncipe.*

Nosotros tenemos también que sacudir algo a modo de yugo, que no me atrevo a condenar ni por de bárbaros ni por hediondo, pero que sí calificare de pesado y de vergonzoso, y que nos convertirá en Nación-Job, si hemos de seguir sufriéndolo. Ya se entiende que este yugo es el que en Cuba nos imponen los yanquis, porque sin el favor, amparo y aliento que dan a los que se rebelan, y sin la mengua de autoridad que nos causan, y sin el descrédito que vierten sobre nosotros, pidiéndonos cuenta de todo, como si fueran nuestros jueces, y sin la facilidad con que convierten en ciudadanos de su gran república a nuestros más acérrimos enemigos, renegados de su casta, obligándonos a darles dinero en vez de fusilarlos o de enviarlos a presidio, es casi seguro que en Cuba no habría insurrección, y es seguro que no sería, ni con mucho, tan importante y duradera como es hoy. Lo milagroso es que, en vista de las ventajas que ofrece a los insurrectos la descarada protección de los Estados Unidos, no acudan a Cuba a combatirnos todos los aventureros sin patria y toda la gente perdida que hay en el mundo.

No creo yo, sin embargo, que el mejor camino para libertarnos del yugo mencionado sería salir de la neutralidad en una posible guerra europea. La neutralidad nos conviene; pero, a fin de que sea respetada y no se encierre en egoísmo estéril, importaría concertarnos, para este fin sólo, con alguna gran potencia que no estuviese comprometida ni en favor de Francia ni en favor de Alemania. Este nuevo grupo, de que pudiéramos formar parte, no sólo nos valdría para que nos respetasen durante la guerra, sino tal vez para contribuir a la conservación o restauración de la paz, y no sólo nos valdría para que el vencedor no nos atase al carro de su triunfo, sino también para concurrir a moderar las exigencias del que hubiese obtenido la victoria y a restablecer, en lo posible, el equilibrio de las fuerzas.

Otro es el camino que para remediar el mal estado de nuestras relaciones con la gran República nos hubiese convenido o nos conviene seguir: haber buscado a tiempo aliados y amigos o buscarlos en lo venidero, si ahora, sola y abandonada como está España, logra conjurar la tormenta o salir de ella salva.

Lo que nos pasa con los Estados Unidos, a cuya independencia y formación contribuimos un poco, se parece a la más desventurada aventura de Simbad el Marino, que aupó sobre sus hombros al endiablado vejete para que cogiera los frutos en los hermosos árboles de su fértil isla, y el vejete endiablado no quería luego apearse, y seguía montado en Simbad, insultándole y procurando ahogarle para mostrar su agradecimiento.

A fin de quitarnos de encima tan insufrible carga, ¿no hubiera sido conveniente, o no lo sería en lo futuro, ganar la voluntad de las primeras potencias coloniales de Europa, celebrar tratos y concertarse de algún modo con ellas? Cualquier promesa, cualquier sacrificio que hiciésemos sería mucho menor que los sacrificios que estamos haciendo hoy y que tendremos que hacer en adelante.

A un concierto, a un tratado de alianza, exclusivamente para asuntos coloniales o de ultramar, no creo yo que se negasen, si se negociaba bien, ni Francia, ni Inglaterra, ni Holanda. España ha sido la primera nación colonizadora del mundo; todavía, a pesar de su

decadencia, es la tercera o la cuarta, y no la desdeñarían como inútil peso, y de algo podría servir a sus más poderosos aliados, que también pueden hallarse en ocasiones de empeño y de peligro, y necesitar entonces, o al menos tener por provechoso, el auxilio nuestro.

Si no lo recuerdo mal, de algo valió España a los franceses, no hace mucho tiempo, cuando, para vengar a nuestros misioneros mártires, ayudamos gratis y con las armas a crear una Francia amarilla, en el Extremo Oriente. ¿Quién duda de que aún podríamos servir y valer a franceses, ingleses y holandeses, en otras semejantes empresas o en casos y lances de mayor importancia, sobre todo si ellos nos ayudaban a quitarnos de encima el ingrato estorbo de que hemos hablado y que tan sin piedad y tan sin codicia nos abruma?

Tendría esto, además, la ventaja de que los *politicians* extraviados y los senadores *farwestinos* y *cincinatescos*, al vernos en tan buena compañía, arrojasen de sus cerebros el feísimo y bellaco concepto que los *sabios y catedráticos yanquis* les han hecho formar de España, considerándola, por su afición a las corridas de toros y al Santo Oficio, nación Calígula-Torquemada, como la llama Clarence King, y, por haber destruido, según Draper, no sé cuántas civilizaciones, podrido esqueleto entre las naciones vivas y prueba terrible de la justicia de Dios, que no quiere dejar sin ejemplar castigo nuestras ferocidades y nuestros crímenes.

En fin: tal vez lograríamos así que no apareciese España, a los ojos de los yanquis, como un tirano difunto, en el que se pueden cebar sin gran peligro, o como un tirano cachazudo y sufrido, semejante a los tiranos de las tragedias de Alfieri, que están, durante los cinco actos, oyendo y aguantando las más desaforadas desvergüenzas, si bien acaban por perder los estribos y por hacer una barrabasada. Tal vez así se conseguiría también que no se le antojase en Washington a ningún senador remedar a Catón Censorino, y, en vez de llevar higos en un pliegue de la toga y de exclamar *Delenda est Carthago*, llevar en un faldón de la levita azúcar mascabada o catite, y exclamar: *Delenda est Hispania*.

Y aquí pongo término a esta prolija carta, prometiendo no escribir la tercera, pues basta con lo dicho.

Madrid, 1896

Quejas de los rebeldes de Cuba

- I -

Don Rafael María Merchán es uno de los escritores de más saber y talento que hay en el día en la América española. No he de negarle yo esta alabanza porque él sea tan descastado y tan acérrimo enemigo.

Años ha me envió un libro suyo titulado *Estudios críticos.* Yo lo celebré en mis *Cartas americanas*. Después, creo que tuvimos cierta polémica y que el señor Merchán escribió un folleto contra varias de mis afirmaciones.

Desde entonces hasta hoy ni yo he hablado al público del Señor Merchán, ni supongo que él ha hablado de mí; pero ni yo le he olvidado ni él me ha olvidado tampoco. Para probarlo, me acaba de hacer la fineza, que le agradezco, de remitirme desde Bogotá, donde reside, la obra reciente, de 250 páginas, titulada *Cuba (Justificación de su guerra de independencia).*

La obra es curiosísima y tan llena de interés en la actualidad, que bien merece se dé noticia de ella. Voy, pues, a hacerlo, si *El Liberal*, hospitalaria y bondadosamente, inserta mi escrito en sus páginas, de tan popular y difundida lectura.

Tan enfurecido está el señor Merchán contra España y tan deseoso de sacudir su yugo, que, con tal de que sea libre Cuba, aplaude a los que incendian sus sembrados y plantíos y arrasan sus cortijadas indefensas, lamentando sólo que no hayan podido hasta ahora incendiar también sus ciudades y convertir toda la isla en espantoso yermo. Para hacer patentes la heroicidad, el primor y la conveniencia de tamaña destrucción, aduce el señor Merchán multitud de ejemplos históricos, desde Sagunto y Numancia hasta la fecha. Y para dar más vigor a su apología, cita una octava de la *Lamentación de Byron*, de Núñez de Arce, donde el poeta aconseja a los griegos que talen e incendien y lo conviertan todo en ruinas con tal de libertarse de los turcos. Hay, sin embargo, una distinción que hacer, y de no pequeña importancia. Los griegos iban contra los turcos, gente de muy distinta raza, civilización y creencias religiosas, y los griegos, cuya historia es gloriosísima y antigua, como del pueblo iniciador de la cultura humana, creador del arte, de las letras y de las ciencias de Europa, trataban de romper las cadenas con que los humillaba otro pueblo, rudo y bárbaro, venido del norte del Asia y de harto menos nobles historia y origen. ¿Qué tiene que ver esto con los españoles y los cubanos, ya que los últimos, si no son españoles o negros, no son nada? En lo por venir podrán ser todo lo que anhelen y sueñen: por el invencible amor a mi raza deseo yo que sus sueños no sean absurdos, sino que se realicen; pero, lo que es ahora, o no son nada, o son españoles, o son negros. Hay, además, otra notable diferencia, que se apoya en el dicho vulgar de que cada uno hace de su capa un sayo. Heroicos, sublimes, son el desprendimiento y el sacrificio de los que destruyen su propia hacienda, como hicieron los numantinos; pero cuando alguien destruye o quema lo que no le pertenece o se queda con ello sin quemarlo ni destruirlo, no tiene traza de héroe, sino de bandido.

Veamos ahora los argumentos de que se vale el señor Merchán y la multitud de crímenes que atribuye a los españoles peninsulares para justificar y aun glorificar a los rebeldes de Cuba y para calificar de indispensables, de nobilísimas y de santas sus fechorías.

Hablaré primero de las acusaciones más generales y vagas que lanza contra nosotros el señor Merchán, y pasaré luego a las más concretas.

Según él, todo español que va a América podrá conseguir cuanto desee, menos una cosa: tener hijos españoles. Si fuese verdadera la afirmación, que por dicha no lo es, toda la malquerencia, todo el odio y todo el desdén que supone el señor Merchán que los españoles peninsulares tenemos a los españoles criollos, estarían hasta cierto punto fundados. Don Marcelino Menéndez y Pelayo no hubiera podido entonces decir sin rencor, hablando de América, en su obra titulada *Ciencia española*, «que la ingratitud y la deslealtad son fruta propia de aquella tierra». El mismo señor Merchán da la prueba de tan aventurado aserto cuando asegura que no hay español que pueda engendrar en América un hijo que no reniegue de su casta y que no se rebele contra la nación a que pertenece. Por dicha, el señor Merchán se equivoca, y también se equivocó el Señor Menéndez y Pelayo, y yo lo reconozco, aunque disculpo la última equivocación, enmendada ya. El señor Menéndez incurrió en ella siendo muy joven e inexperto todavía.

Por parte de los españoles peninsulares no hay odio, ni desdén, ni sombra de enojo contra los hispanoamericanos. Ni uno solo de los casos que aduce el señor Merchán tiene el menor valor.

Don Antonio de Trueba, al apellidar a Bolívar el *Libertador,* dice: «Nombre que usó por cuenta ajena y no en manera alguna por la propia.» Y yo afirmo, que, sin desdén ni odio, el señor Trueba hizo muy bien en no llamar por su cuenta *Libertador* a Bolívar. Los españoles peninsulares, sin menospreciarnos ni ofendernos, podremos llamar a Bolívar gran capitán, héroe, eminente político, ilustre y valeroso personaje; en suma: todo lo que se quiera, menos *Libertador,* porque esto sería confesar y creer lo que no creemos: que nosotros somos unos tiranos inicuos, de quienes conviene libertarse.

La señora doña Soledad Acosta de Samper fue en España tan obsequiada y celebrada como ella se merece; pero, no contenta con esto, todavía se queja (en su *Viaje por España)* de que no pongamos por las nubes a Bolívar y de que no nos entusiasmemos con él. Pues si Bolívar nos venció, ¿cómo quiere la señora doña Soledad que nos entusiasmemos? ¿No hay hasta crueldad en exigirnos semejante entusiasmo y abnegación tan dolorosa? Fuera de esta cruda mortificación de amor propio que el señor Merchán y la señora doña Soledad Acosta pretenden imponernos para probar que los amamos, yo aseguro que siempre hemos dado a los hispanoamericanos las mayores pruebas de estimación y de cariño. Y esto desde los tiempos más antiguos hasta el día de hoy. Americano era Alarcón, y no hay español que no le cuente entre nuestros grandes y gloriosos poetas dramáticos; casi, y tal vez sin casi, al nivel de Lope, de Calderón y de Tirso. Americana era doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, y figura en España como la primera de nuestras poetisas líricas, desde que empezó a escribirse en lengua española hasta el día. Y la poetisa que la sigue, y que tendríamos por la primera, si la Avellaneda no hubiera nacido, es sor Juana Inés de la Cruz, también americana.

No perjudicó ni estorbó su calidad de americanos ni a Gorostiza, ni a Ventura de la Vega, ni a Rafael María Baralt, ni a José Heriberto García de Quevedo, para ser entre nosotros altamente encomiados, aplaudidos y honrados con puestos y cargos importantes. Por eminentes hombres de Estado y popularísimos caudillos han pasado en España otros varones ilustres, nacidos también en América. Valga para ejemplo el marqués del Duero.

Cuantos personajes se han distinguido en la América española por su saber, por su ingenio o por sus hazañas, desde que la América española se declaró independiente, han sido en España tan celebrados y queridos como en la república misma donde ellos nacieron. Así don Andrés Bello, a quien admiramos como filólogo y como autor de Derecho internacional, y cuyos hermosos y elegantes versos nos sabemos de memoria, y así don Rufino Cuervo, cuyo Diccionario calificamos de trabajo maravilloso.

No nos duele, sino que nos encantamos y nos ufanamos en poder admirar con fundamento las poesías de ambos Caro, de Mármol, e Andrade, de Obligado, de Restrepo, de Oyuela, de Rubén Darío y de algunos otros.

El buen gusto y la justicia no consienten que nuestra admiración se difunda mucho más. Y, francamente, nos parece hasta cómica la censura dirigida contra la *Antología de poetas hispanoamericanos* del señor Menéndez y Pelayo porque no incluye en ella, desdeñándolos, a no sé cuántos poetas de primera magnitud. Imposible parece que el señor Menéndez y Pelayo, que, es tan erudito, no tuviese la menor noticia de esos grandes poetas. Y si los conocía, es inverosímil que no insertase en su citada colección ninguna de sus obras, cuando ha insertado en ellas, con indulgencia pasmosa, tantísimo verso insignificante y menos que mediano. El empeño de agradar a nuestros hermanos de América y el afán de mostrar que saben mucho disculpan al señor Menéndez y Pelayo; pero, hablando con franqueza, su *Antología* hubiera

valido más si en vez de constar de cuatro gruesos tomos hubiera constado sólo de dos, y aun de uno: su *Antología* se asemeja a los libros proféticos que la Sibila de Cumas vendió a Tarquino el *Antiguo.* Primero eran nueve, y Tarquino no los quiso comprar; luego la Sibila los redujo a seis, y Tarquino no los compró tampoco, y por último la Sibila los redujo a tres, y pidió por ellos tres veces más de lo que por los nueve había pedido. Tarquino los compró entonces. Y es de suponer que si la Sibila los hubiera reducido a uno solo, Tarquino hubiera dado por él más dinero. *Mutatis mutandis,* lo propio puede decirse de la *Antología* del señor Menéndez y Pelayo.

En lo expuesto hasta aquí no creo yo que haya razón suficiente para que losrebeldes de Cuba nos hagan la guerra a sangre y fuego, poniéndonos en idéntica situación en que Dionisio, tirano de Siracusa, puso a un filósofo crítico que había en su Corte. Como el filósofo no gustó de los versos del tirano, éste le trató muy mal; se apiadó luego de él y le sacó del calabozo en que le tenía encerrado; le leyó, por último, otros versos suyos, y entonces dijo el filósofo: «Que me vuelvan a encerrar en el calabozo.» Aplíquese el cuento, y conste que si la guerra civil cubana, cuya terminación fervorosamente deseamos, hubiese de terminar aplaudiendo nosotros muchos versos de por allí, un involuntario e indomable espíritu crítico nos forzaría a exclamar: «Que nos vuelvan al calabozo; que siga la guerra»; *signa canant,* suenen las trompetas, como dijo Augusto de Fulvia cuando le amenazó con la guerra civil si amorosamente no se le rendía.

Basta ya por hoy. Otro día hablaré de otras razones menos disparatadas que alega el señor Merchán en favor de la guerra de Cuba.

- II -

Ciencia exacta es la Estadística. Yo no lo niego. Lo único que me atreveré a decir es que, siempre que de estadística se trata, acude a mi mente este cuentecillo:

De vuelta a su lugar cierto joven estudiante, muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más aguzado que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua, que había en un plato, escondió uno con ligereza. Luego preguntó a su padre: «¿Cuántos huevos hay en el plato?» El padre contestó: «Uno.» El estudiante puso en el plato el otro, que tenía en la mano, diciendo: «Y ahora, ¿cuántos hay?» El padre volvió a contestar: «Dos.» «Pues entonces -replicó el estudiante-, dos que hay ahora y uno que había antes, suman tres. Luego son tres huevos los que hay en el plato.»

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo; se quedó atortolado y no atinó a desenredarse del sofismo. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba a afirmar que había tres. La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se lo comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo a su sabio vástago: «El tercero cómetelo tú.»

Tercer huevo es casi siempre el superávit de los presupuestos y no corta porción de las rentas y recursos de los particulares y de los Estados.

Traigo esto al propósito de que recibamos con escepticismo prudente todos los datos estadísticos que el señor Merchán presenta para demostrar cuánto produce a España la isla de Cuba.

Según muchos políticos y estadistas españoles, entre los cuales cita el señor Merchán a don Francisco Silvela, en un discurso que pronunció en el Congreso el 12 de febrero del año pasado, Cuba, desde hace tiempo, es una carga para España.

Contra esto se encoleriza extraordinariamente el señor Merchán y siente herida su vanidad de cubano. Según él, Cuba nos produce tanto, que el día en que la perdamos, casi todos los españoles nos moriremos de hambre o poco menos. Por interés, y no por punto de honra, anhelamos, pues, conservar a Cuba. El señor Merchán no quiere comprender o no comprende que hasta prescindiendo del interés y del punto de honra, la conservación de la Gran Antilla nos importa mucho. Su pérdida no podría menos de dolernos, como duele a cualquiera que le saquen una muela picada, aunque la muela para nada le sirva. De aquí que tratemos de empastarla o de orificarla y procuremos resistir a los *sacamuelas* de los Estados Unidos, que desean su extracción y tienen ya preparado el gatillo.

Pero vamos a la estadística del señor Merchán.

Confiesa que desde 1868 no vienen a España sobrantes de ultramar. «Los insurrectos de Yara -dice con júbilo- cerraron este vaso de desagüe.» Veamos ahora la enorme cantidad de millones que, según el señor Merchán, viene a España por otros conductos.

Según él y según el señor Dolz, a quien cita, nuestros empleados en aquellas aduanas defraudaron al Tesoro, y sin duda envían a España, cada año, la friolera de ocho millones de pesos fuertes. Sea, digo yo; pero como no se puede creer que los mercaderes y contrabandistas de Cuba lleven la tontería hasta el extremo de concurrir en balde y de balde a este robo, dando a los empleados lo que debieran dar al Tesoro, fuerza es afirmar que, si dan a los empleados ocho millones, se quedan ellos con doce, o siquiera con otros ocho, para que el robo sea a medias.

Yo me resisto a creer que el comercio de exportación y de importación dé en Cuba para tan desaforado latrocinio. Aceptemos, no obstante, que el resguardo y los vistas ciegos envían a España los ocho millones.

En todo lo demás que pone el señor Merchán como rendimiento de Cuba a España, es evidente que el señor Merchán delira.

«Cuba -dice- exporta cada año para España seis millones de pesos fuertes en frutos, que pagan por derecho de importación tanto como valen.» Supone luego que estos seis millones, que salen del bolsillo de los peninsulares que quieren regalarse con frutos ultramarinos, son también tributo o dádiva que Cuba nos envía, y suma catorce millones. El estanco del tabaco rinde diecinueve millones, según manifestó recientemente el director de la Compañía Arrendataria, don Eleuterio Delgado. Aunque no se comprende por qué, el señor Merchán se los aplica también a Cuba, y ya tenemos que Cuba nos produce treinta y tres millones.

España manda a Cuba cada año, en mercancías, por valor de veinticinco; pero como de allí vienen seis; la balanza de comercio sólo da en nuestro favor diecinueve. Y como si todas las mercancías que enviamos a Cuba no valiesen un pito y fuesen una basura grandísima que nosotros hiciésemos tragar y pagar por fuerza a los infelices y tiranizados cubanos, el señor Merchán pone también estos diecinueve millones en la cuenta de lo que Cuba nos tributa, haciéndolo subir a cincuenta y dos millones de pesos anuales. Tal es la renta, clara y paladina,

que da Cuba a España. La renta misteriosa y oculta es inmensa, según el señor Merchán. Los empleados, los comerciantes peninsulares, todos cuantos van de España a Cuba, no se cansan jamás de enviar dinero de Cuba a España.

En su afán de ponderar lo que cuesta a Cuba el ser española, pone y suma el señor Merchán los sueldos principales del alto clero y de los funcionarios militares y civiles; pero no logra elevarse en esta suma por cima de doscientos mil duros. Y no se para tampoco a considerar que si Cuba llegase a ser república independiente no había de suprimir al arzobispo, al obispo, a la clerecía, a los empleados todos, y hasta se había de quedar acéfala y sin presidente. Ya saldría a los cubanos bastante más caro que les sale ahora todo el aparato administrativo. Y esto sin meternos a vaticinar ni a recelar que en Cuba pudiera haber presidentes, como los ha habido en otros puntos de América, que han tenido para estrujar al pueblo y sacarle el jugo tanta pujanza como la prensa hidráulica más poderosa. Con todas las violencias tiránicas, con todas las atrocidades de cuantos virreyes, gobernadores y capitanes generales ha enviado España a América, desde el reinado de Felipe II hasta hoy, pudiéramos ponerlas en un alambique y destilar la quintaesencia de ellas, créame el señor Merchán, no sacaríamos un espíritu equivalente al del tirano Rosas, pongo por caso.

Es el señor Merchán, o aparenta ser, contrario a la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No puede, por consiguiente, alegar, en contra de lo que él llama *profecías siniestras,* el florecimiento y prosperidad de Cuba, si llega a ser un Estado más de la Unión. El señor Merchán no aspira al suicidio colectivo como raza. Espera y pretende que Cuba continúe siendo *latina,* que es el epíteto que gustan de darse ahora muchos hispanoamericanos para no llamarse españoles. Todos han de ser *latinos,* aunque no hayan pasado del *quis, quae, quod, vel quid.*

El odio a España del señor Merchán y de otros insurgentes es tan feroz y despiadado, que más que la prosperidad y auge de Cuba, harto problemáticos si llega a ser independiente, los encanta y seduce la tremenda ruina en donde, según ellos, se hundirá España si perdemos aquella isla, como si fuera tan malo cuanto en la Península se produce que nadie quisiese comprarlosino por fuerza, entienden que, separada Cuba de España, no tendremos a quien vender. Los diecisiete y medio millones de habitantes peninsulares, asegura el señor Merchán que estamos *amenazados de miseria y de muerte si perdemos la clientela forzada de un millón doscientos mil blancos, y cuatrocientos mil negros, sus compatriotas.*

Por lo visto, entra también en el plan de los insurrectos el despojar a los españoles peninsulares de las propiedades territoriales que en Cuba tienen, y hasta el expulsarlos de allí. «Toda esta población -decía en 1869 *La Voz de Cuba* en un artículo que el señor Merchán reproduce y celebra- vivirá errante y miserable en el mundo.»

Para que tal cosa no suceda; para defender a esa población, a la que tenemos obligación de defender; para conservar la integridad de nuestro territorio; para que la nación española no sea de nuevo mutilada, y no porque Cuba nos produzca todos esos millones fantásticos, deseamos conservar a Cuba, y es de esperar que la conservemos. Los diecisiete millones y medio de españoles peninsulares, salvo muy pocos, no temen perder el mercado para su industria, y perder el fomento de su comercio y de su Marina mercante si llegasen a perder la Perla de las Antillas. No nos faltaría entonces sino y gente adonde enviar nuestros productos y nuestros barcos. La pérdida de Cuba nos traería, sin duda, perturbación; mas no por la utilidad que Cuba nos trae o nos ha traído nunca. Si atendiésemos sólo a esta utilidad, apenas habría español que no estuviese deseando que nos quedásemos sin Cuba. No tendría entonces que decir el señor Merchán, citando los arrogantes versos de Núñez de Arce, y dirigiéndose a Cuba:

Y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

Consejo que Cuba, o, mejor dicho, los rebeldes en armas no siguen, porque solos, ni se hubieran rebelado, ni persistirían en la rebelión, que los yanquis atizan, fomentan y patrocinan y pagan para echar de allí al cabo, no sólo a nosotros los españoles, sino también a todos los *latinos,* sin excluir al señor Merchán, que regresaría por corto tiempo a su patria y que tendría que volviese a Bogotá, porque en Cuba yanquificada le mirarían como mueble incómodo e inútil y no le harían caso. No le valdría la adulación con que proclama la omnipotencia de los Estados Unidos.

«Si quisieran apoderarse de Cuba -dice-, ¿quién se opondría? ¿Inglaterra? El leopardo puede aceptar luchas con el águila, pero no la provoca a ellas. ¿Francia? Mientras no arregle cuentas con Alemania, evitará contiendas con otras naciones fuertes y civilizadas. ¿Alemania, Rusia? No tienen intereses coloniales en América; y Rusia, de desenvainar la espada, lo haría a favor de su antigua amiga la Unión americana. En cuanto a una coalición de las grandes potencias, los Estados Unidos no la temen. Recuérdese cómo desbarataron la Santa Alianza con un mensaje de Monroe.»

¿Tendrá razón el señor Merchán y lo podrán todo los Estados Unidos? ¿Se atreverán a intervenir en Cuba y a intentar despojarnos de cuanto allí legítimamente poseemos, sin que por impotencia o por imprevisor egoísmo se interponga en nuestro favor ninguna gran potencia europea? Entonces sí que no será a Cuba, sino a España, a quien tenga que decir el poeta, y esperemos en Dios que sea oído:

Y si ser grande y respetada quieres,
de ti no más la salvación esperes.

- III -

Algo arrepentido estoy de haber tomado por asunto de un escrito mío el libro del señor Merchán. Hay muchísimo que decir sobre él, y yo me canso, y, lo que es peor, temo cansar a mis lectores. Sin embargo, como ya emprendí la tarea, no quiero dejarla sin terminar, si bien procuraré ser muy conciso.

Lo más grave de que el señor Merchán acusa a España es de su corrupción administrativa en Cuba. Nada hay que decir contra los datos que aduce. Todos están tomados de discursos, informes, folletos y memorias, suscritos por los señores Romero Robledo, Moret, marqués de la Vega de Armijo, Balaguer, Doltz, general Pando, general Salamanca y bastantes otros nombres políticos peninsulares de la primera importancia.

No quiero entrar en pormenores porque son cansados y además harto feos. Convengo, pues, con el señor Merchán en que en Cuba la corrupción administrativa es deplorable: es un mal que requiere pronto y enérgico remedio. Pero ¿lo hallará la rebelión, si triunfa y establece

en Cuba una República independiente? Lo dudo, y no digo rotundamente, lo niego, porque no me precio de profeta, porque mi optimismo no tiene límites y porque no he perdido la fe en lo sobrenatural y milagroso.

Mal hemos administrado a Cuba en el siglo presente; pero lícito es presumir que los cubanos *libres* la administrarían mil veces peor. Libres son y constituidas están en repúblicas todas nuestras antiguas colonias en el continente americano. ¿Hay alguna de ellas que desde que conquistó su libertad hasta hoy haya sido mejor administrada que Cuba? Esto es lo primero que sería necesario demostrar.

Yo reconozco, desde luego, que el desarrollo del comercio, de la industria y de la riqueza en general, mil ingeniosas invenciones y los más fáciles medios de comunicación entre las gentes han hecho progresar y han llevado como a remolque hasta los pueblos más atrasados. Pero estas causas debieran influir más en los pueblos libres que en pueblos como el de Cuba, que gime aún bajo el abominable yugo de España. Cuba, no obstante, apenas tenía a principios de siglo más población que cuatrocientas mil almas. Hoy pasa la población de Cuba de un millón seiscientos mil. La población, pues, está cuadruplicada, sin que a esto contribuyan, ni la abolida trata de negros, ni una gran corriente de emigración europea o asiática. La riqueza y el bienestar han aumentado también, a pesar de las guerras civiles. No estarán, pues, tan oprimidos y miserables los cubanos cuando así crecen y prosperan. ¿Crecen en la misma proporción en las repúblicas hispanoamericanas las gentes, bienestar y la riqueza?

Ya he dicho que no he de negar yo la corrupción administrativa de Cuba, para cuya prueba aduce el señor Merchán tanto testigo; pero tenga por cierto que, si fuese tal como él la pondera, Cuba no hubiera prosperado. La extraordinaria fecundidad de su suelo no hubiera podido prevalecer contra la rapacidad que en los peninsulares supone el señor Merchán. Si de los cuatro siglos que nace que poseemos a Cuba hubiéramos sacado de ella y enviado a España durante cuarenta años siquiera, a diez años por siglo, la mitad no más de lo que anualmente robamos a Cuba, o sean veinticinco millones de pesos fuertes, y esto sin contar las remesas misteriosas e infinitas que hacen los peninsulares, tendríamos que, en poco tiempo, habrían ingresado de Cuba en España nada menos que mil millones de pesos fuertes. ¿En qué Pozo Airón, en qué sumidero, en qué insondable abismo, ha venido a precipitarse y a hundirse este Mississipi, este Amazonas de oro? ¿Dónde están los palacios, las soberbias quintas, los hadados jardines, el lujo *sardanapálico* y los sibaríticos deleites de los peninsulares que trajeron de Cuba todo ese dinero? ¿Dónde están los templos, los obeliscos y las pirámides que hemos levantado con el áureo vellocino de nuestra Coleos? Ambas Castillas están pobres y desoladas. Los palacios de los peninsulares enriquecidos en Cuba son más difíciles de hallar que los de Dulcinea. Y no hay monumento de algún valer que no se haya erigido con dinero nuestro y no cubano. Para que sea más evidente la prueba, los monumentos más nobles y grandiosos hasta son anteriores al descubrimiento de América y, por consiguiente, de Cuba; los muros ciclópeos y las ingentes torres y arcos triunfales de Ávila; las catedrales, como las de Burgos y Toledo, y los alcázares, como el de Segovia.

América no ha enriquecido; ha empobrecido y despoblado a España. España, en su gloriosa expansión, no se dilató por el mundo para saquearlo y para traer a la Península los despojos opimos, sino para difundir por doquiera su cultura, su religión, su idioma y sus artes. Si en la misma Italia, maestra de ellas, cuando en Italia dominamos, levantamos templos, castillos y palacios; erigimos monumentos y fundamos obras piadosas, hospicios y colegios, como de ello dan testimonio Nápoles, Palermo, Mesina, Bolonia y otras ciudades, sin excluir a la misma Roma, ¿qué no haríamos y qué no hicimos en América, donde en resumidas cuentas no había nada, o, si había algo, respondía a un estado incompletísimo e inicial de

cultura como podría ser el del centro del Asia, tres o cuatro siglos antes de que saliese Abrahán de su patria, Ur de los caldeos?

Desengáñese el señor Merchán: la nación española poco o nada ha traído de Cuba que no haya pagado con creces; nada debe a Cuba. Cuba es quien se lo debe todo a España, salvo lo que da la Naturaleza en su estado primitivo y selvático. Por eso, aunque el señor Merchán se enoje, tiene España razón para llamar ingratos a sus rebeldes hijos de Cuba. ¿Qué habrá quitado España, para enriquecerse, a Maceo, a Máximo Gómez o a *Quintín Banderas?*

En cuanto a los fraudes y depredaciones de nuestros empleados, no poco hay también que objetar. Mucho crédito, por ejemplo, merece don Eduardo Dolz; pero ¿acaso no puede equivocarse o exagerar involuntariamente? En los últimos veinticinco años, afirma que nuestros empleados han defraudado, en las aduanas de Cuba, doscientos millones de pesos fuertes. Supongamos que es exacta la cantidad, y ya es mucho suponer. Todavía no es posible la suposición de que sean tan necios los mercaderes y contrabandistas cubanos que hayan tenido el capricho irracional de dar a los empleados los doscientos millones, en vez de darlos al Tesoro. Lo probable sería que, en este hurto hecho al Tesoro, saliesen ganando los comerciantes y contrabandistas ciento cuarenta millones, y que los empleados se contentasen con sesenta y con enviarlos a España. Pero como estos sesenta millones no lucen ni parecen por aquí, yo me atrevo a presumir que son fantásticos. En España no abundan tanto los ricos que no nos sean todos conocidos y que no sepamos de dónde ha salido y cómo se ha formado el caudal de cada uno. Seguro estoy de que, sigilosamente y al oído; para no delatar a nadie, sin suficientes pruebas, no nos declara ni el más zahorí en estos asuntos, dónde están veinte millones siquiera, el tercio de los sesenta que de Cuba han de haber venido a la Península. Los doscientos millones, pues, o no se los quitaron al Tesoro o casi todos ellos se quedaron en Cuba.

Pretende el señor Merchán, apoyado en las relaciones que aquí mismo hemos hecho, que todos estos empleados que van a Cuba a defraudar la Hacienda pública tienen, entre los más altos personajes políticos, sendos padrinos a quienes pagan tributo. Poco aprovecha a dichos padrinos riqueza tan mal adquirida. Por eso me inclino yo a creer que los más criminales han de haber recibido muy poco, y que los medianamente criminales han de haber recibido algunos cajoncillos de cigarros puros, piñas en conserva y pasta de guayaba, con o sin tropezones. Lo cierto es que yo he conocido y conozco gran multitud de nuestros personajes políticos. Los que son ricos sabemos perfectamente de dónde procede su riqueza. Y los pobres, que forman la mayoría, contándose entre ellos no pocos que han sido ministros de Ultramar, me atrevo a sostener que no han tomado un céntimo de peseta al hacerse el reparto de los doscientos millones de pesos fuertes. A algunos, cuyos nombres pudiera citar y a quienes traté y visité hasta que murieron, fue menester venderles los libros y las ropas para poder enterrarlos.

En suma: por dondequiera que yo lo miro, no noto en España esa horrible corrupción que el señor Merchán nos achaca, y que en todo caso no sería igual, ni con mucho, a la que de otras grandes naciones, como Francia e Italia, nos dejan presumir escándalos recientes, y como la que de los propios Estados Unidos, por mil indicios también, se presume.

Yo infiero de todo, empezando por conceder que en la administración de Cuba hay desorden y despilfarro necesitados de enmienda, o que la corrupción no es tan enorme como se dice, o que son cubanos interesados y poco escrupulosos los que la fomentan, más en detrimento del Tesoro de la metrópoli que en detrimento de la prosperidad de la isla.

La rebelión, por consiguiente, no queda así justificada. Los saqueos y los incendios perpetrados por los rebeldes no remediarán nada ni contribuirán a la prosperidad de Cuba. Y

contribuirán aún mucho menos si los Estados Unidos, según ya se prevé, nos exigen indemnización por esos saqueos y esos incendios, que sin el favor y aliento que dan a los rebeldes no se perpetrarían, y si el Gobierno español tiene la debilidad de someterse y de pagar. Esperemos, aunque se resista y no pague, que no haya violencia ni guerra internacional. Y en todo caso, aunque esa guerra sobreviniese y aunque nos fuese adversa la fortuna, siempre sería preferible a la humillación y a la ignominia; y, sobre todo, si la ignominia y la humillación resultasen inútiles y al cabo hubiese guerra, a no ser que resignadamente nos dejásemos despojar de todo.

Madrid, 1896.

A una señora cubana

Incógnita y muy amable señora mía: La carta, sin fecha y sin firma, con que usted me ha favorecido está escrita con tan apacible dulzura, a pesar de los agravios que supone usted que yo hago a los naturales de Cuba, sus compatricios, que me inclino a creer que dicha carta es obra de una dama, y por esto, y por lo bondadosamente que me trata, me decido a contestar, faltando a mi propósito de no volver a escribir sobre la cuestión cubana, sobre ella hemos escrito ya tanto y tan sin resultado, que nuestra guerra de pluma, aunque menos costosa y aunque poco o nada dolorosa, va compitiendo por su estéril pesadez con la otra guerra, que a tiros y a machetazos sigue haciéndose en la Perla de las Antillas.

Ni yo he creído nunca, ni de cuanto he escrito puede inferir el más caviloso, que yo crea a los españoles criollos inferiores en nada a los españoles peninsulares. Lo único que usted podrá decir es que nos los creo superiores; pero me parece que en esto tengo razón, pues no es probable que nuestra casta se haya afinado, mejorado y civilizado más en ultramar que en la Península. Ni siquiera podría explicarse este fenómeno por la cercanía de los yanquis, ya que los franceses, que no son menos cultos, están más cerca de nosotros, y ya que a los ingleses los tenemos en Gibraltar, que no es tenerlos cerca, sino encima.

En mi sentir, por consiguiente, y sin que en ello acierte yo a ver la menor ofensa, entre cubanos y españoles peninsulares hay una igualdad fraternal y poco podemos echarnos en cara. Tal es mi tesis y tal ha sido siempre desde el principio. De aquí que las quejas expresadas por el señor Merchán para justificar la rebelión me parecen infundadísimas, porque, dado que fuesen fundidas, serían tan generales que justificarían, no la rebelión de Cuba, sino una rebelión general y la más completa disolución de España.

Como recelo siempre pecar de prolijo, me limitaré a apuntar algo, sin decir lo mucho que se pudiera decir.

Sospecho yo que la estadística es la ciencia más inexacta y caprichosa de todas cuantas se han inventado; pero me valdré, sin embargo, de ella, aprovechando los datos que el señor Merchán suministra.

El cubano, por término medio, paga de contribución anual 16,38 pesos fuertes, y el español, 8,65, o sea poco más de la mitad; pero esto no quiere decir que esté sobrecargado el

cubano, sino que es más rico. Y como, sin ahondar en estadísticas, es evidentísimo para cualquiera a quien no ciegue la pasión que el español no es dos veces, sino tres o cuatro veces más pobre que el habitante de Cuba, resulta con toda claridad que las cargas del Estado son también para el español mucho más pesadas.

Otro dato del señor Merchán, dato que no se comprende de dónde ha salido y en cuya exactitud no puedo creer, es que los cubanos dan al Estado un sesenta por ciento de todo cuanto producen. Se inferiría de esto que, dando cada cubano 16,38 pesos, fuertes, sólo tendría al año en conjunto 27,30 pesos, de donde, restada la contribución, le quedarían diez duros y noventa y dos céntimos, con los cuales tendría que comer, vestir calzar, pagar alquiler de casa y solazarse y divertirse durante un año entero. Y como esto es absurdo, es menester inferir que la estadística en general, o la del señor Merchán singularmente, es un purísimo disparate.

Otra acusación es la de que nosotros, merced a los derechos protectores, nos hemos proporcionado en Cuba un mercado provechoso y forzoso para nuestros productos. A esto me limitaré a contestar con algo que conozco por experiencia propia. Cuando estuve representando a España en los Estados Unidos, el señor Forster negoció en Madrid un Tratado de comercio, por cuya virtud el azúcar de Cuba podía entrar en el territorio de la gran República sin pagar apenas derechos. En cambio, las harinas, las carnes, los tejidos, los muebles y otros productos yanquis podían entrar en Cuba con no mayor gravamen.

La inevitable consecuencia, si el Tratado hubiera obtenido ratificación hubiera sido el que no hubiera ido a Cuba desde España harina bastante para amasar una hogaza, ni artículo alguno de la industria catalana; que el comercio de Barcelona y de Santander hubiera decaído y que nuestra Marina mercante hubiera tenido que hundirse o buscar nuevo empleo. España, no obstante, lo sacrificaba todo por la prosperidad de Cuba. Yo hice los mayores esfuerzos, y con el permiso y autorización del Gobierno español, nuevas concesiones a la Comisión de Negocios Extranjeros del Senado de Washington, a fin de que el Tratado fuese ratificado; pero salió de la presidencia el señor Arthur, y subió a ella por primera vez el señor Cleveland, y el señor Cleveland retiró el Tratado, a lo que entiendo, porque el Tesoro de la República no perdiese los muchos millones de duros que producían los derechos del azúcar que de Cuba se importaban. Basta con apuntar lo dicho para que quede demostrado que, lejos de ser egoísta, la Península fue en aquella ocasión y sin duda lo es siempre, desprendida y generosa con sus provincias ultramarinas, en cuya prosperidad funda su orgullo. Y si esta prosperidad no es mayor, no será por culpa voluntaria, sino por torpeza. Lo que yo me atrevo a deducir, sin que implique mi deducción la menor ofensa a los cubanos, es que no serían ellos menos torpes que nosotros.

En resolución: por cualquier lado que este asunto se considere, no se descubre rastro, ni señal, ni indicio de nuestra tiranía, de nuestro egoísmo, de nuestra malevolencia con respecto a los cubanos. Estarán muy mal gobernados, pero no están peor gobernados que nosotros ni solamente por nosotros. ¿Qué privilegio, qué diferencia de aptitudes legales se opone a que no salga de la Habana un Cánovas o un Sagasta, como los que han salido de Málaga y de Logroño? Y, suponiendo que los hombres de por allí fuesen más listos y más doctos, el encumbramiento sería más fácil y sería asimismo más benéfico para la totalidad de la monarquía española, que de esa suerte acabaría por estar bien gobernada. Ni vale decir como otra queja más que el Estado español no cuida de la educación de los cubanos. Proporcionalmente no hay en España más universidades ni más institutos que en Cuba; ni se gasta en Cuba en la educación menos dinero del que se gasta en España. Tampoco me parece justa la afirmación del señor Merchán, denigrando a los profesores. «Con mucha frecuencia -dice- las cátedras no son sino a manera de canonjías, en que se coloca a los ahijados de los políticos influyentes de Madrid.» Al leer tan resueltas afirmaciones dudo de mí mismo, y

temo que me engañen mis sentidos corporales y las potencias de mi alma, porque yo he creído hasta hoy y tenido por cierto que en España las cátedras se ganan en oposiciones públicas, ante un tribunal de personas autorizadas, que no es de presumir den un fallo injusto para favorecer a ningún ahijado de los políticos influyentes. Fácil me sería seguir impugnando y desvaneciendo las demás acusaciones del señor Merchán. Ninguna de ellas tiene más sólido fundamento que las ya impugnadas y, a mi ver, desvanecidas.

Quiero conceder que no hay motivo en Cuba para mucho contento; pero tampoco lo hay en España, y no por eso nos rebelamos. A fin de remediar un mal no debemos caer en otro mayor. Todos los males que padecía Cuba o que se supone que padecía antes de la rebelión, no equivalen a la vigésima parte de los que la rebelión ha derramado sobre sus habitantes y sobre su suelo. Las provincias de Cuba, y por más que cavilo no puedo comprenderlo de otra suerte, son como las demás provincias de España. Si alguna diferencia se nota es la de que están favorecidas las provincias de Cuba. ¿A qué, pues, la guerra a fuego y sangre? ¿De qué procede el rencor contra los peninsulares? De los diecisiete millones y pico que hay de éstos, también, según la estadística del señor Merchán, acaso ni el pico desee por interés material que Cuba siga siendo española. Si los demás también lo desean es por razones mil y mil veces más altas. Ojalá que no las hubiera, y que pudiéramos decir, sin dolor ni vergüenza: sed independientes, y que se deshaga y descuartice la monarquía.

Cuando por todas las regiones del mundo propende en el día la gente a juntarse, formando grandes estados, como Italia y Alemania, que se han unificado, siendo muchos antes; y como Austria, que permanece unida a pesar de la multitud de razas, lenguas, religiones, historia y literatura de las nacionalidades que la constituyen, es anacrónica anomalía, es verdadero delirio este afán de separarnos y aborrecernos que se ha apoderado de nosotros, que somos enteramente hermanos. Yo no atino a explicar tan lamentable fenómeno sino considerándolo como una enfermedad epidémica.

Decía Camoens que las diferentes provincias de España eran:

Todas de tal nobreza é tal valor
que cualquier d'ellas cuida que é melhor.

Sin duda, seguimos presumiendo de la misma suerte, pero con una diferencia harto lastimosa. Para la totalidad de la patria nos hemos vuelto modestísimos, y estoy por decir que abyectamente humildes. España está decaída, hundida, perdida y desmoralizada; pero la provincia o comarca a que pertenecemos es la única excepción. Sólo nosotros, entre todos los españoles, estamos, por ejemplo, al nivel de los franceses, de los ingleses o de los yanquis. Lo demás ha caído en la más profunda corrupción, y es menester separarse de ello para no inficionarse.

Créame usted, amable señora: cuantos de buena fe y sin estar movidos por la ambición o la codicia se ponen, como usted, de parte de los rebeldes de Cuba, es porque ceden al impulso de tan absurdo sentimiento; de esa humildad para el total concepto y de ese soberbio engreimiento para una región o comarca sola y para sus habitantes.

¿Qué no daría yo y qué no daría todo buen español porque de tal manía nos curásemos? ¿Qué reformas no concederíamos a Cuba o a qué pretensiones razonables no darían oídos y aprobación los diecisiete o dieciocho millones de peninsulares con tal de que terminase la

guerra fratricida y no hubiese más estragos, más sangre y más desolación espantosa en los hermosos y fértiles campos del paraíso que halló Colón en el golfo de Méjico?

El disimulo es inútil, y, además, yo no soy ni disimulado ni hipócrita. Mi bello ideal hubiera sido soñar pronto la rebelión por las armas, sin mucho sacrificio de vidas ni haciendas de peninsulares ni de cubanos. Luego, los vencidos hubieran tenido todas las reformas y todas las libertades, menos la de ser más que nosotros o la de separarse de nosotros. Pero la guerra se prolonga, es calamitosa para todos y sólo conduce a una larga postración, cuando no a la ruina de Cuba y de España. Todos debemos amar la paz. Todos debemos ya desear un convenio, hasta los más celosos de la autoridad del Estado, que no puede negarse que había de quedar menoscabada y no muy airosa. Sería tan grande el beneficio, que nos consolaría y que compensaría el menoscabo y el desaire.

Por lo demás, entre un Gobierno y sus súbditos alzados en armas, ni es novedad ni es caso denigrante el llegar a una avenencia por medio de pactos y transacciones. Lo que sí sería bochornoso, lo que apenas sería sensible, es que un poder extranjero interviniese en esas transacciones y pactos. Sería como si ese poder saliese garante de su cumplimiento y como si pusiese bajo su protectorado y tutela a una parte de la nación española, sometiendo el resto a su jurisdicción y a sus fallos.

Aunque anhelo la paz con el mayor ahínco, confieso a usted que me afligiría alcanzarla por un medio tan poco decoroso. Dígame usted si, tanto por española como por cubana, no se afligiría usted también de que gente extraña, y sin título alguno para ello, interviniese en nuestras contiendas y se declarase juez de paz de las mismas, o a quienes ha inspirado, o a quieres ha excitado previamente a la discordia y a la lucha.

Madrid, 1896.

Mérito y fortuna

Hace pocos días recibí carta de mi excelente amigo el doctor don Juan Fastenrath. Entre otras cosas, me dice que en Alemania van a celebrar el centenario de don Manuel Bretón de los Herreros y que el gran duque de Sajonia Weimar hará que en el teatro de su Corte se represente una comedia, tal vez *Muérete... y verás,* de aquel fecundo y ameno poeta, el 19 de diciembre próximo, al cumplirse el siglo de su nacimiento.

Lleno de patriótica satisfacción vi yo esta prueba del alto aprecio con que en algunos países de Europa miran a los ingenios españoles contemporáneos.

Aguó, no obstante, y hasta acibaró mi contento, la injusta severidad con que un autor inglés de mucha fama, que por acaso estaba yo entonces leyendo, juzga y condena a la España del día. En su estudio sobre Santa Teresa dice el señor Froude: «Las revoluciones siguen a las revoluciones en la Península Ibérica; hunden al pueblo en la miseria y esterilizan el suelo; pero en esos últimos tiempos no han producido un solo personaje como aquellos cuyos nombres forman parte de la historia europea. Sólo han producido aventureros, militares y oradores de *elocuencia trascendente;* pero ningún Cid, ningún Gran Capitán, ningún Alba, ningún Cortés, ningún Pizarro. El progresista de nuestra edad necesita subir mucho si ha de elevarse al nivel antiguo.»

La verdad es que acerca de la España actual hay en el mundo muy desfavorables opiniones. Todavía somos estimados y ensalzados por nuestros artistas. Nuestros poetas líricos, tan buenos, en lo que va de siglo, como los de cualquier otro país, son desconocidos en los países extranjeros. Algunas de nuestras novelas, aunque pocas, han sido traducidas en varias lenguas. Y algo de nuestro teatro moderno ha sido traducido y aplaudido también, sobre todo en Alemania y en Inglaterra. Acaso a *Un drama nuevo*, de Tamayo, sea a lo que debemos el mayor triunfo. Ha pasado el Atlántico, y, puesto en inglés, ha embelesado al público de los Estados Unidos.

En mi sentir, no obstante, el movimiento presente del ingenio español se estima fuera de España en muchísimo menos de lo que vale. Sin duda, consiste esto en que Francia, que para todos los pueblos civilizados hace el papel divulgadora y que además se interpone entre nosotros y los demás pueblos, dista mucho de sernos favorable. Y no lo es porque en Francia nos quieran mal ni porque falten en Francia personas eruditas que conozcan tan bien o mejor que nosotros nuestra historia, nuestra lengua y nuestra cultura, sino porque la generalidad de los franceses está tan engreída, y no sin razón, si cabe razón en el engreimiento, que casi no puede concebir que, desde los principios del siglo XVIII hasta ahora, se haya hecho en España más que remedarlos o permanecer en la barbarie o corrupción mental en que habíamos o se supone que habíamos caído.

En este error nos cabe gran parte de culpa. Nosotros mismos nos hemos engañado en probar, que murió el antiguo pensamiento español castizo, y que desde Luzán en adelante Francia nos ha inspirado y nos ha pulido.

Nada más falso si discurrimos sobre ello con tino y reposo. El escepticismo del siglo pasado; su pobre filosofía sin metafísica; sus ideas y sentimientos, nobles aunque maleados por excesiva declamación, sobre filantropía, igualdad, libertad y progreso, todo esto fue el espíritu de una época en la historia de Europa, o, si se quiere, de todo el género humano; pero en Francia resonó con mayor estruendo de hermosura, primero en sus escritores y en su Revolución más tarde. ¿Cómo había de sustraerse España al influjo de lo que aquellos escritores dijeron y de lo que la Revolución hizo? Hasta podía considerarlo como el eco de su propio pensar y sentir, escrito primero, y luego actuado. Aun así, yo entiendo que el influjo de Francia fue menor en España que en las demás naciones. Y en lo tocante a las reglas del arte, a la forma, a lo meramente literario, apenas merece tenerse en cuenta. Así como Parini, Alfieri, Monti, Foscolo y Pindemonte nada deben a la imitación francesa, los poetas de las escuelas de Sevilla y Salamanca, ambos Moratines en lo lírico y épico, Quintana, Gallego y el duque de Frías nada le deben tampoco. Hasta en la poesía dramática, aun cuando queríamos sujetarnos a las reglas venidas de Francia, éramos originales, castizos y, permítaseme la expresión, de pura sangre española. Tan original, tan inspirado y tan propio de su nación y de su época es don Ramón de la Cruz como Lope o como Tirso.

Froude puede decir lo que se le antoje; pero, en literatura, al menos, no veo yo por qué los nombres del mencionado sainetero, los de los grandes poetas líricos que hemos citado y los de bastantes otros más recientes que pudiéramos citar, han de excluirse de la historia de Europa y no han de poder figurar al lado de los nombres de Byron, Moore Shelley y Burns.

A menudo cavilo y hago examen de conciencia para ver si me ciega o no el amor propio nacional, y siempre resulta de mi examen que dicho amor propio no me ciega. La mayor parte de los españoles, y yo con ellos, pecamos en el día por todo lo contrario.

Cada cual propende a figurarse, poniéndose él a un lado como excepción rara y punto menos que única, que por acá, intelectual y moralmente, todo está muy rebajado. La

maledicencia, la más acerba censura y la sátira más cruel se manifiestan en nuestras conversaciones y escritos y son lo que más agrada y se aplaude.

Como yo soy y quiero seguir siendo optimista, contra viento y marea, ni siquiera censuro esta furia de descontento y de censura. Afirman los que han navegado mucho que nunca, en medio de las más espantosas tempestades, perdían la esperanza de salvación mientras oían a la gente de a bordo lanzar votos y reniegos, blasfemias y maldiciones, y que sólo empezaban a perder la esperanza cuando veían a la gente de a bordo, resignada y contrita, rezar y no jurar y decirse ternuras en vez de improperios.

Por este lado, pues, y como prueba de que queremos luchar contra la borrasca y vencerla, estoy por decir que me parece bien y útil que nos denostemos y nos humillemos unos a otros hasta no poder más, pero hoy quiero yo discurrir serenamente, como si no hubiera tempestad, sino calma, sin resignación y sin furia, y ver si puedo fundar en algo un razonable *sursum corda*.

Válgame para ello así lo que he aprendido por la lectura como lo que he visto en los muchos años que he peregrinado y vivido en extraños países. No es mi intento ofender a nadie; pero he de hablar con entera franqueza. La ironía con que elogia Froude la elocuencia trascendente de nuestros oradores es injusta a todas luces. De sobra hay en cualquier otro país oradores tan huecos, tan palabreros, tan difusos y tan ampulosos como los que en España puedan ser más tildados de tener dichos defectos. Lo que no hay de sobra en parte alguna es la facilidad, el primor, la elegancia y el arrebato poderoso de no pocos de nuestros oradores. Y en cuanto a la capacidad política que da muestra de sí en la acción y no en la palabra, creo que debemos hacer un distingo.

Claro está, y cómo negarlo, que España está pobre; que materialmente se halla más atrasada que Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Alemania, los Estados Unidos y tal vez algunos otros países; que es menos poderosa que Rusia; que ha perdido inmensos territorios en el Nuevo Mundo; que ha sido trabajada desde hace casi cien años por incesantes discordias civiles, y que en los momentos actuales en que vivimos ahora se halla abrumada de grandes calamidades y amenazada de otras acaso mayores. Pero la causa de esto, digámoslo sin rodeo ni disimulos, ¿es que los españoles del día son más inhábiles, menos enérgicos, menos probos y menos entusiastas que los de otras edades, para nosotros más dichosas? Esto es lo que yo niego. Puedo ver y veo nuestra decadencia; puedo recelar y prever nuestra ruina; pero no creo llano y fácil explicar la causa. Fuera de España, en América y en Europa, hasta donde yo he podido experimentar, no he visto que la gente del pueblo sea menos torpe, ni menos floja ni menos ruda que en España. Y en cuanto a los sujetos eminentes, directores y gobernadores de los estados, ya me guardaré yo muy bien de decir lo que dijo cierto lord inglés cuando envió a viajar a su hijo: «Anda, hijo mío, y pásmate al ver qué casta de hombres gobiernan el mundo.» Yo disto mucho de ser tan severo como el citado lord (Chesterfield, si la memoria no me engaña); pero no he tropezado en ninguna de las capitales y cortes que he recorrido, y he de declararlo aquí aunque sean odiosas las comparaciones, con ministros, jefes de partido, gobernadores y hombres de Estado, cuya grandeza haya transformado en mi imaginación a los irle España en unos pobrecitos pigmeos. Confieso que no he conocido a Cavour ni a Bismark, que son los que en estos últimos sesenta años han hecho más grandes cosas; pero he conocido a muy ilustres varones dirigiendo la política de florecientes imperios, repúblicas y monarquías, y, acaso por falta de sonda mental, no he sondeado el abismo que los separa de nuestros infortunados corifeos políticos, abismos en cuyas por mí inexplicadas honduras han de residir la agudeza, el tino y la sabiduría que hacen que todo les salga bien, mientras que todo por aquí nos sale mal por carecer de esas prendas.

Me induce a sospechar cuanto dejo expuesto que no siempre la postración o el encumbramiento de las naciones depende del factor del conjunto de sus ciudadanos y del mérito extraordinario de los nombres que las dirigen. Por mucho entran el valor y el mérito; pero hay otro factor importante, y es la fortuna. Bien sé que no hay fortuna para Dios: todo está previsto y ordenado por Él; mas para los hombres, ¿cómo negar que hay fortuna? ¿Quién prevé todos los casos adversos y prósperos? Y, aunque se prevean, aunque se señale en un cuadro del porvenir el curso que han de llevar los sucesos, ¿depende por completo de la voluntad humana el variar ese curso? Imaginemos el político más maravillosamente previsor, y todavía podrá ser como el astrónomo, que anuncia la aparición de un cometa y no lo detiene, que anuncia un eclipse y no lo evita, o como el médico, que pronostica los estragos de una tisis galopante y la próxima muerte del enfermo y no sabe curarla.

Yo doy, pues, por seguro que así en el encumbramiento y prosperidad de los pueblos como en su decadencia y ruina, si entra por algo el mérito y el valer entra por algo o por mucho también lo que llama acaso la gente irreflexiva, lo que atribuye la gente piadosa a la voluntad del Altísimo o lo que ciertos impíos y sutiles metafísicos sostienen que depende del orden inalterable en que los casos se suceden o del encadenamiento y evolución de la idea en la historia humana.

Como quiera que ello sea, hay venturas y desventuras, triunfos y reveses, hundimientos y exaltaciones que no provienen del mérito de los individuos o de los pueblos, sino que están por cima de las voluntades y de los entendimientos humanos.

Y, afirmándolo así, yo me pregunto: ¿qué es lo que conviene más, entender que las causas de nuestros males no son sólo por nuestra culpa, o entender que estamos mal porque somos incapaces y porque no valemos lo que nuestros padres o lo que nuestros abuelos valían? Lo que es yo, desde luego, me inclino a que es más útil entender lo primero. En ninguno de los dos casos, yo, como optimista, veo el mal sin remedio. Una nación, lo mismo que un individuo, aunque esté decaída o degradada, puede corregirse, hacer penitencia, sufrir la dura disciplina del infortunio, regenerarse al cabo y volver a ser grande; pero esta transformación dichosa será muy lenta y tardía. Habrá que cambiar para ello el ser de todos los ciudadanos y el de la República; pero, si el mal proviene de las circunstancias, las circunstancias pueden cambiar, porque Dios o el Destino quiere que cambien, y la transformación entonces será rápida e inesperada. Para mí, por ejemplo, es evidente que los españoles de los últimos años del reinado de Enrique IV de Castilla no eran peores, tal vez eran los mismos los que tenían disuelto y estragado todo el país, que los que en tiempo de los Reyes Católicos conquistaron el reino de Granada, descubrieron un Nuevo Mundo, arrojaron de Italia a los franceses y lograron dar a su patria el primado o la hegemonía entre todas las naciones de Europa.

Lo importante, pues, es que no perdamos la confianza y el aprecio de nosotros mismos. Bueno es renegar y rabiar y acusarnos unos a otros de incapaces, probando así que no estamos resignados y echados en el surco; pero mejor es no creer que la incapacidad y el rebajamiento son generales y única causa de nuestra ruina. Si creyésemos esto, estaría perdido todo; pero si creemos, como yo creo y quiero creer que los españoles de ahora están forjados del mismo metal y tienen el mismo temple de que fueron forjados y que tuvieron el Cid, el Gran Capitán, el duque de Alba, Cortés y Pizarro, no hay nada perdido.

Y como para mí es evidente que nuestros poetas, artistas, oradores y escritores del día no desmerecen de los que tuvimos en otras edades, ni tampoco están por bajo del nivel de los que florecen hoy en las otras naciones del mundo, y como para mí también es evidente, diga lo que diga el señor Froude, que, a pesar de tantas revoluciones estériles, la tierra de España no está más seca ni desolada que en tiempo de los Reyes Católicos o del emperador Carlos V,

doy por seguro que ni los políticos ni los adalides dichosos han de faltarnos, y que si no perdemos la confianza y la esperanza, ha de pasar pronto la mala hora y ha de sernos al cabo propicia la fortuna, con tal de que no la neguemos echándonos toda la culpa y con tal de que no se lo atribuyamos todo para disculparnos o para cruzarnos de brazos.

Madrid, 1896.

Fe en la patria

Mi padre y multitud de parientes míos por todos los cuatro costados han servido desde muy antiguo en la Marina española. Renegaría yo de mi casta si denigrase a los marinos. Pero, con todo eso, declaro que me sublevan y enojan los que pretenden poner a los marinos y a los militares de tierra por cima de toda censura de los paisanos, fundándose en que ignoramos sus artes. Razón tuvo Apeles de desdeñar el juicio del menestral, diciéndole: «Zapatero, a tus zapatos.» Pero el zapatero no podía, en cambio, recusar a Apeles como juez de su calzado, ya que Apeles, si no sabía hacerlo, tenía que pagarlo, gastarlo y andar con él cómodamente. Quiero decir con esto que, en todo caso, el artista y el poeta podrían rebelarse contra la censura. Con no mirar sus cuadros o con no oír o leer sus versos, se remedia el mal que causan. No sucede lo mismo con aquellas profesiones de las que depende la grandeza o la ruina de los estados, la vida de muchos hombres y la hacienda de todos, desde el gran capitalista al que tiene que vivir de un salario mezquino.

De aquí que la censura que cae sobre el militar y el marino sea lícita, natural e inevitable. Y como a veces estimula, hasta conviene, si no es muy disparatada, dura y descompuesta. Arquímedes sabía mucho y era muy ingenioso. Si le hubiesen dado palanca y punto de apoyo hubiera movido al mundo. Y, sin embargo, si cuando inventaba mil artificios pasmosos para defender a Siracusa se hubieran burlado de él los periodistas de entonces, diciéndole mil cuchufletas y poniéndole en caricatura, aquel varón tan sabio se hubiera atolondrado, se hubiera hecho un lío y no hubiera dado pie con bola, dudando él mismo del resultado de su ciencia; resultado que, por virtud de previas disposiciones y a pesar de temores y dudas, hubiera, al fin, naturalmente, sobrevenido. Así, el fruto del árbol que se cultiva con esmero, cuando llega a su madurez y no lo coge la tímida diestra del hortelano, cae en la tierra por virtud de su propio peso. Así también se puede explicar que el crucero *Princesa de Asturias* se botase al agua no bien la ocasión fue propicia. Si no hubiese estado bien construido o bien puesto sobre la grada o sobre lo que conviene que se ponga, de fijo que no se hubiera lanzado al mar tan gallarda y primorosamente.

Las comparaciones, para ser exactas y luminosas, han de entenderse bien. Racionalmente considerado el asunto, la flauta no sonó por casualidad. Si no hubiera estado hábilmente hecha, no hubieran logrado hacerla sonar los resoplidos más poderosos.

La verdad es que por lo que más pecamos ahora los españoles todos es por el menosprecio de nosotros mismos, por una humildad que nos deprime y por una exagerada admiración de lo extranjero. Nos parecemos al que oyó decir a un inglés que en cierto salón algo oscuro de la Alhambra convendría que hubiese una claraboya; y para imitar al inglés, pidió también una claraboya para el palacio de Carlos V, que nunca tuvo techo. O bien nos parecemos a aquel caballero de Nápoles, que sostenía que si la Gruta Azul estuviese en Francia, le habrían abierto grandísima entrada, sin pensar que con mayor abertura hubiera

desaparecido todo el maravilloso encanto de la gruta, casi únicamente iluminada por los rayos del sol que surgen refractados del seno azul del mar diáfano.

Mucho depende de la aptitud de los hombres, pero mucho depende también de la buena o mala ventura. No atribuyamos todo lo próspero a la habilidad. En las victorias de Alejandro y de César la ventura hubo de entrar por algo. Suponer que entró por todo sería ruin envidia. De ella pudiéramos acusar a Felipe II si dijo, como se cuenta, al saber la victoria de Lepanto: «Mucho ha aventurado don Juan»; pero la magnanimidad del mismo monarca se manifiesta cuando atribuye a los elementos desencadenados, y no al poder de sus enemigos ni a la torpeza de sus generales, la pérdida de la Armada Invencible. Los cartagineses solían maltratar y hasta crucificar a sus generales cuando no vencían. Preferible es el aliento generoso del Senado de Roma que da gracias al cónsul Varrón porque después de Cannas no desespera de la salud de la patria.

Menester es tener confianza en nosotros mismos. Entonces vencerán en tierra los militares y en el mar harán maravillas nuestros marinos. De su arrojo siempre han dado y siguen dando pruebas, y no sería justo creer que por el entendimiento y la inspiración estén por bajo de los hombres de otros países. Creer esto equivaldría a creer que en nuestro país ha degenerado la especie humana porque no ha de suponerse que tenían los uniformes la deplorable virtud de entorpecer y de incapacitar a quienes los visten.

Tengamos confianza y el Cielo nos será propicio. Sin los rezos de Moisés y sin los milagros que por su intercesión hizo Dios, Josué no hubiera vencido; la profetisa Débora no hubiera entonado su himno triunfal si las inteligencias que mueven los astros no hubieran bajado a combatir en favor de su pueblo; en mil batallas han tomado parte los dioses del Olimpo para favorecer a los hijos de Grecia; y los Dióscuros, abandonando el refulgente alcázar que tienen en el cielo, y donde hospedan al sol en los más hermosos días de cada año, han peleado en solemnes ocasiones por la grandeza de Roma. Todo ello entendido a la letra, podrá ser ilusión o sueño vano; pero, como figura, expresa enérgicamente la virtud taumatúrgica de la fe que tienen los nombres en el genio superior y en los altos destinos del pueblo a que pertenecen; fe dominadora de los númenes, que los evoca, los atrae y se los gana para aliados y para amigos. Así nosotros, en mejores días, cuando tuvimos mayor fe en lo que valemos, trajimos del cielo a Santiago y, montado en un caballo blanco, le hicimos matar moros e indios, cosa harto ajena de su profesión y ejercicio durante su vida mortal.

Si nos obstinamos y persistimos en nuestra humildad, en recelar que hemos degenerado y que no somos ya lo que fuimos, ni Santiago ni nadie acudirá a socorrernos y jamás conseguiremos la victoria. Desde que Túbal vino a España, desde que en España reinaron los Geriones, hasta el día de hoy, no hemos tenido un general que haya reunido bajo su mando doscientos mil combatientes. Y todavía en nuestro siglo, a pesar de tanta prosperidad, industria y riqueza no ha habido nación alguna, por rica y grande que sea, que envíe por mar a regiones remotas ejército tan numeroso como el que hemos enviado a Cuba. Pero si nos empeñamos en creer punto menos que invencibles a los mulatos y negros insurrectos y en que se acabó ya la sustancia de que en España se forjaron en otras edades los ilustres guerreros, ni el Gran Capitán que resucitase y fuese por allí atinaría con una inspiración dichosa, ni haría algo de provecho, mientras que con fe tal vez bastaría un clérigo como el licenciado Pedro de la Gasca, ya que no se puede suponer que ni Maceo ni Máximo Gómez valgan más que Gonzalo Pizarro.

De estas incoherente cavilaciones infiero yo que si nuestro triunfo se retardase demasiado, así en el mar del Sur como en el golfo de Méjico, culpa sería de nuestra falta de fe, que seguiría enajenándonos la protección del Cielo; pero que si, como es de esperar, vencemos pronto, sin duda que al Cielo, o a la suerte para el que no crea en su influjo,

deberemos el triunfo en primer lugar, pero también lo deberemos al valor de nuestro ejército de mar y tierra y a la habilidad e inspiración de sus jefes. Y aunque esto último, aunque la habilidad y la inspiración se negasen, siempre quedarían como factores de la victoria, sobre el valor de soldados y marinos, el sufrimiento y la constancia de la nación, que al enviarlos sacrifica heroicamente, y murmurando harto poco, su sangre y su dinero.

Madrid, 1896.

Las dos rebeliones

La rebelión de Cuba hacía difícil la situación de España. La rebelión de Filipinas ha venido a aumentar la dificultad y los peligros. La guerra en ambas partes tiene más carácter de guerra civil que de guerra de pueblos extraños sometidos que pugnan por recobrar la independencia y sacudir el yugo que se les impuso. En ambas guerras España combate por la civilización contra la barbarie. En Cuba es más odioso y está menos justificado el alzamiento contra nosotros. A no ser negros a quienes hemos civilizado y dado libertad, los rebeldes son españoles, cuyos padres, o cuyos abuelos nacieron en España, y a quienes los sacrificios y el valor de su patria dieron para morada la isla fértil y hermosa y todo el bienestar que poseen, en premio de lo cual, con fea y villana ingratitud, pugnan ahora por apartarse de la metrópoli, renegando de su casta y abominando de la sangre que llevan en las venas, sin duda viciada por el fermento y corrompida con la mezcla de la sangre africana.

Todos los españoles de la Península muestran el empeño más decidido de conservar para España aquella isla, y no por el menor interés, sino por razones más altas. Nadie en España ignora que en los cuatrocientos años que hace que posemos a Cuba, aquella isla sólo gastos y disgustos nos ha producido. Aun suponiendo, por lamentable y vergonzosa que sea, la más honda corrupción en los empleados que enviamos allí, es evidente que, si medran estos empleados, es a costa de España y no de Cuba. Casi la única renta que España puede sacar de Cuba para resarcirse de sus daños y sacrificios es la de Aduanas, y bien puede asegurarse que si nuestros empleados defraudan a la Hacienda en uno, es porque los cubanos, haciéndolos instrumentos y cómplices de la defraudación y sobornándolos para ella, se quedan con doble o con triple del provecho.

Si por las causas y motivos no está justificada la rebelión en Cuba, a pesar de todo cuanto dicen para justificarla Merchán, Varona y otros, todavía está menos justificada por el fin. Cuba, en un futuro remoto, podrá llegar a ser un Estado independiente, próspero y libre; pero por lo pronto, si la rebelión triunfase Cuba pasaría por un largo periodo de crisis peligrosas, exponiéndose, o a convertirse en una república negra como Haití, o a una larga serie de trastornos y dictaduras tiránicas, o a caer en poder de los Estados Unidos, que en pocos años borrarían de allí todo vestigio de lengua y de raza españolas, y que tal vez repoblarían la isla con los muchos negros que hay de sobra entre ellos y de los que sin duda gustarían de deshacerse.

Hablando con toda sinceridad, apenas comprendemos que haya un solo hombre nacido en Cuba, aunque su padre, su abuelo o su bisabuelo sean también cubanos, con tal que sea de casta española, y aun cuando sea medio mulato que racional y honradamente sea separatista. Sólo puede serlo o por vanidosa alucinación, imaginando que en él y en otros criollos la casta española ha mejorado y se ha pulido por la vecindad y contacto de los yanquis, o bien

forjando sueños ambiciosos y considerándose, o dictador de la nueva república o fugitivo de ella, después de haberla exprimido, refugiándose en Nueva York o en París, para lucir y gozar el fruto de sus latrocinios.

Poco justificada está también la rebelión de Filipinas; pero, en fin, no puede negarse que lo está más que la del Cuba. En Filipinas, al menos, apenas tienen nada de españoles los rebeldes. Algunos mestizos habrá entre ellos; pero la mayoría es de tagalos o de otras razas, ya indígenas, ya de las que sucesivamente han invadido aquel archipiélago y se han apoderado de él en parte o en todo antes que los españoles llegaran y establecieran allí su dominación a mediados del siglo XVI.

El dominio de los españoles no puede haber sido ni más suave ni más benéfico. Acabó con las guerras constantes que los diversos pueblos y tribus de aquellas islas se hacían entre sí; los defendió de los robos y violencias de los piratas; cristianizó y civilizó a cuantos pudo, y harto poco o casi nada les obligó a trabajar en provecho de la metrópoli. Bien puede afirmarse que de todos cuantos pueblos europeos han ido a enseñorearse de tierras y naciones del Extremo Oriente, España ha sido quien menos las ha explotado. ¿Cómo se explica, pues, la rebelión de Filipinas? Ya hemos dicho que nos parece menos injustificada que la de Cuba, mas no por eso tiene tampoco justificación. Suponen algunos que ideas revolucionarias y anticristianas han penetrado allí y que en esta importación deletérea está la culpa de todo. Lo que es nosotros, ni vemos que en dicha importación esté la culpa, ni, aun suponiendo que en ella esté, consideramos prudente, ni acertado, ni posible, remediar el mal, atajándolo en lo futuro.

Las ideas son sutiles y penetrantes, vuelan y se extienden con rapidez pasmosa, y no hay aduanas, ni muros, ni lazaretos, ni cordones sanitarios que las detengan su vuelo y que impidan que lo inficionen todo, diluyéndose en el aire que se respira. Será un mal o será un bien; pero es inevitable la difusión de las ideas. El único modo de curar este mal es modo homeopático. A nosotros, que hemos llevado la civilización a Filipinas, no puede ni debe hacernos daño esa misma civilización, llevada allí en alas del comercio o por la convivencia trato frecuente y fácil comunicación que tienen en el día unos pueblos con otros. No nos conviene ni podemos tampoco mantener y perpetuar la ignorancia de los filipinos. Lo que nos conviene es educarlos con mayor esmero y hacerles comprender que son preciosas nuestras enseñanzas, que valen más que las que reciben recatándose de nosotros, y, sobre todo, que deben desechar cierta vanidad malsana y ridícula y convencerse de que el estado en que vivían antes de que los españoles llegasen, no merece llamarse civilización, por más que el Maquinoo Saterno y otros maquinoes por el estilo alambiquen y coloquen razones disparatadas.

Es cierto que, si bien los itas y otras razas inferiores estaban por bajo de los más degradados indios de América, los tagalos, y tal vez algún que otro pueblo, menos incomunicados con naciones relativamente cultas, tenían religión no tan monstruosa y leyes y escritura, adelantándose en todo ello a los pueblos de América menos salvajes; a los aztecas, a los quichuas y a los chibchas; pero aun así, hay harto poco que aplaudir en la llamada civilización tagala. Todas las filosofías que en ella encuentran sus encomiadores están tomadas de los europeos, y, por ilusión óptica que produce la vanidad, puestas en Batala, en los Anitos, en los Simbahan y en los demás dioses, ritos, creencias e instituciones del tagalismo.

El natural deseo de no caer muy por bajo del nivel de las grandes naciones y el propósito, ya que no de rivalizar y competir, de no verse abatidas, hacen que en el día las naciones o razas dotadas de certero instinto político, ora procuran unirse, si no lo están, ora se esfuerzan

en conservar la unión que en otras edades contrajeron, olvidando agravios cuando los hay y tratando de convertir en consonancia las disonancias.

De muy diverso origen son los ciudadanos que componen los Estados Unidos de América y diversos y aun opuestos intereses tienen y, sin embargo, miran el separarse en distintos estados como propósito criminal y suicida. Los pueblos de Italia se han unido para formar un solo Estado, prescindiendo de glorias especiales, tan altas como las de Venecia, Florencia y Génova. Todos los alemanes se unen para formar un imperio. Y en Austria, multitud de naciones, distintas por su origen, religión, civilización e idioma, viven unidas y contentas bajo un solo cetro.

La corriente de la Historia y del progreso humano lleva a la fusión y no al separatismo. El separatismo es hoy más que nunca anticivilizador y antipatriótico. Es crimen necio, contrario al interés de los que lo cometen. En los cubanos rebeldes no merece perdón, porque es, además, crimen de lesa patria y de lesa raza. En los filipinos rebeldes, el crimen se limita a ser tonto. ¿Qué conseguirían si de nosotros se separasen, sino caer en manos de otros europeos que los tratasen con desdén y dureza, o bien ser víctimas de piratas groseramente mahometanos, o bien sufrir el yugo de alguna poderosa nación de Asia?

Fuera de los caudillos que aspiran a ganar posición, nombradía y riqueza, lo que es en la masa de rebeldes, así cubanos como filipinos, la sublevación, sobre ser injustificada, es estúpida. Saldrían perdiendo si ganasen. Pero se nos dirá: «¿Es más discreta y tiene fin menos vano la tenacidad con que los españoles de la Península se obstinan y se obstinarán en conservar aquellas posesiones, aunque en el empeño fuese menester consumir todo su dinero y derramar lo mejor de su sangre? Cuba nada nos ha valido en cuatro siglos de dominación. Filipinas nos ha valido menos en más de tres siglos. Es simpleza imaginar que los dos millones de ciudadanos españoles privilegiados que viven en las Antillas, y que ni con dinero ni con sangre contribuyen al poder de España, nos son útiles porque les obligamos a comprar los productos de nuestra industria. La metrópoli ha demostrado ya no pocas veces que está dispuesta a prescindir de la protección que a ello les obliga y que con tal de que Cuba prospere, renuncia a que entre allí ni un pedazo de tela tejido en Cataluña, ni una fanega de trigo producido en Castilla. ¿Qué nos vale, pues, la conservación de Cuba y Filipinas? En mi sentir, nos vale tanto, que no puede ser más. Perderlas sería para nosotros como perder los documentos y títulos de nuestra mayor nobleza. De esta nobleza es indeleble el recuerdo en la mente de los hombres; pero perdiendo a Cuba y a Filipinas, se podría decir que perderíamos la *ejecutoria.* Así la isla del golfo de Méjico como el archipiélago del mar del Sur son la heredad-monumento de la gloria de España y de su principado entre todas las naciones de la Tierra. Cuba, porque recuerda el más grande en lo meramente humano, de todos los acontecimientos de la Historia: el descubrimiento del Nuevo Mundo; y Filipinas, porque recuerda cómo cerramos el ciclo de aquellas pasmosas hazañas, agrandando experimentalmente el concepto de la creación, patentizando la redondez de la Tierra, circunnavegándola por primera vez, columbrando en el cielo nuevas constelaciones y abriendo el magnífico pórtico de la Edad Moderna y una nueva y gloriosa Era en la historia del linaje humano. Perder a Cuba y a Filipinas sería derribar las columnas que sostienen nuestro escudo y donde va escrito *plus ultra.* La nación que dio recursos al genovés inspirado para acometer la total empresa, y a Magallanes para terminarla, tiene el derecho y hasta el deber de conservar a Cuba y a Filipinas. Para que Cuba dé testimonio de nuestro poder de que descubrimos y civilizamos la América, y para que Filipinas persista bajo nuestro dominio, siendo el jalón y la marca del camino que, como el sol y como la civilización del humano linaje, siguió la nao *Victoria* cuando hizo, según dice Fernández de Oviedo «la mayor y más nueva cosa que desde que Dios crió al primer hombre y compuso el mundo hasta nuestro tiempo se ha visto».

Esas posesiones de ultramar son, pues, para nosotros, como las columnas que sostienen nuestro escudo, y si cayesen, el escudo acaso podría caer. Indispensable es conservarlo firme, aunque nos cueste mucho sacrificio de sangre, aunque se consuma mucho dinero y aunque, como nos amenaza gente poco benévola, acabemos por lo pronto por dejar que se lleven a tierras extrañas nuestra plata, como ya se llevaron nuestro oro, sólo nos dejen papel y calderilla. Digamos: *No importa,* como hemos dicho siempre, y todo se remediará. La plata y el oro volverán con el laurel de la victoria. Dios inspire a nuestros generales para que pronto la consigan. Hermoso, rico en amor y en lágrimas de alegría será el triunfo que les prepara España cuando vuelvan vencedores.

Madrid, 1896.

El país de la castañeta

Hará ya seis meses estuvo en Madrid un angloamericano llamado H. C. Chatfield-Taylor. Un amigo mío me lo presentó y trajo a mi casa, donde tuve el gusto de conocerle. Me pareció sujeto amable, discreto e ilustrado, y muy entusiasta de nuestro país. Pronto volvió al suyo dicho señor, escribió un libro sobre España lo imprimió en Chicago, exornándolo con bonitas estampas y tuvo la bondad de enviarme un ejemplar que recibí hace pocos días. Confieso que el título del libro me desagradó bastante. El libro se titula *El país de la castañeta (The land of the castanet.)* Ya en el título hay una ofensa. Es como si un español escribiese un libro sobre los Estados Unidos y, sin acordarse de Washington, de Franklin, de Lincoln, de Grant, de Emerson, de Poe, de Edison, de Channing, de Whittier y de otros muchos ilustres personajes, de sus nobles y hermosas mujeres, de sus grandes ciudades, de sus monumentos, de su riqueza, de su prosperidad, de las bellezas naturales de su territorio, de la anchura del Hudson y del Mississipi y del salto del Niágara, recordase sólo la abundancia de cerdos que se crían y se matan en Chicago y titulase su libro *El país del cerdo.*

A menudo el señor Taylor nos acusa en su libro de orgullosos. Yo no creo que lo somos ni que lo hemos sido nunca; mas no por eso nuestra humildad ha de llegar hasta el extremo de resignarnos a creer que el objeto que más nos caracteriza y distingue de las otras naciones del mundo es la castañeta.

Hace muchos años, cuando el rey de Sajonia, que había sido partidario de don Carlos, reconoció por reina a Isabel II, mandó a esta corte a un elegante y rico enviado extraordinario, llamado el barón Fabrice. Trajo este señor consigo a un hábil cocinero, que, además, era literato y que al volver a su tierra compuso un libro de sus impresiones de viaje en España, y lo tituló *Puchero.* Nadie entre nosotros podía ver la menor ofensa en este título. Para una persona cuyo principal oficio y arte es la cocina, el puchero no puede menos de ser la idea capital y como el centro en cuyos alrededores se agrupan las demás cosas. De la misma suerte, si el señor Taylor hubiera sido bailarín, la castañeta hubiera sido también, naturalmente, el núcleo de sus impresiones, la piedra angular de todo el caramillo de ideas que sobre España formase; pero como yo no creo que el señor Taylor sea bailarín de oficio, hallo raro que califique a España de *país de la castañeta,* por más que en España las castañetas o castañuelas se toquen desde muy antiguo, según lo atestigua Marcial en sus versos en elogio de Teletusa, que las repiqueteaba de lo lindo al gusto de Cádiz; por más que un docto fraile inventase y escribiese una ciencia nueva titulada *Crotalogía o ciencia de las castañuelas,* y

por más que mi ingenioso y erudito amigo don Francisco Asenjo Barbieri, que en paz descanse, escribiese también un curioso discurso sobre tan alegre instrumento.

Hecho ya este inevitable reparo, no he de negar que el libro del señor Taylor es de muy amena lectura, contiene muchas noticias, y a veces encomia hasta con entusiasmo a no pocas personas y bastantes cosas de España. Da, por ejemplo, justos y atinados elogios a varios de los más notables de nuestros políticos y literatos, como Castelar, Moret, Echegaray, Emilia Pardo Bazán, Cánovas y Sagasta. Del conjunto del libro se infiere que el señor Taylor desea sernos favorable; pero a pesar suyo, el prisma engañoso del protestante y del yanqui, al través del cual nos mira, hace que a menudo, ya nos calumnie y nos injurie involuntaria y candorosamente, ya lance sobre nosotros o contra nosotros profecías agüeros y juicios, a mi ver disparatados.

Dice, por ejemplo, que nosotros, en nuestro orgullo, tenemos peor opinión de los yanquis que los yanquis de nosotros. Lo único que se ha hecho en España es contestar con algunas injusticias, que yo encuentro de pésimo gusto, a las de un gusto mil y mil veces más depravado y ruin, que nos han dirigido y que nos dirigen de continuo senadores, diputados, escritores graves, o que pretenden serlo y periodistas de la gran República. Si fuésemos a contestar a los yanquis con suma igual de injurias a las que les debemos, nos pareceríamos a dos enjambres de verduleras que se ponen como hoja de perejil con el Atlántico de por medio. Y las injurias de los escritores de los Estados Unidos contra nosotros no son de ahora, con ocasión de la guerra de Cuba, sino que vienen de muy atrás. Sólo Guillermo Draper ha dicho más ferocidades contra España y ha mostrado más profundo aborrecimiento contra nosotros, que el que podrían atesorar todos los españoles juntos, si se decidiesen a denigrar, a escarnecer y a insultar a los angloamericanos.

El mismo Taylor, que pretende, que desea, que aspira de buena fe a hacer nuestra apología, ya desde el segundo renglón de su libro nos califica de indolentes y de crueles. La acusación de fanatismo y de superstición que el señor Taylor lanza a menudo contra nosotros casi no nos ofende, y, de puro poco razonable y fundada, nos parece chistosa. Si fuésemos a hacer la estadística de los ajusticiados, quemados y asesinados por motivos religiosos, de fijo que resultaría, a pesar de Torquemada y de todos los inquisidores, doble o triple número que en nuestra cuenta, en la cuenta de la sentimental y piadosísima raza anglosajona.

En lo tocante a superstición, declaro que no me explico que nos acuse de ella ningún cristiano de distinta Iglesia que la católica. Libre es todo hombre de aceptar y creer por completo lo dogmático de nuestra religión, o sólo una parte, modificándola algo o no modificándola; pero desde el momento en que se cree una parte, no hay razón ni motivo para llamar supersticioso al que lo cree todo. Cuando dijo Sancho que no bien él y su amo se remontaron al cielo, se apeó él de *Clavileño* y se puso a jugar con las *siete cabrillas,* Don Quijote tuvo sobrada razón en decirle que no se allanaría a creer en su jugueteo con las estrellas, si Sancho no creía tampoco en nada de lo que contó que en la cueva de Montesinos le había pasado. Para un impío racionalista, tan absurdos son los retozos de Sancho con las Pléyades como la conversación y los lances del hidalgo manchego con Montesinos, Durandarte y Belerma. ¿Por qué, para un espíritu religioso, han de ser fanáticos el eximio doctor Suárez, el glorioso Ignacio de Loyola, Melchor Cano y Domingo Soto, y han de ser unas criaturas muy juiciosas y razonables Wiclef, Knox, Lutero y Calvino? O todos igualmente locos y fanáticos, o todos igualmente dignos de consideración y respeto.

Otra terrible manía del señor Taylor es la que muestra contra las corridas de toros, a las que fue no obstante y se divirtió viéndolas. Lo que es yo, gusto tan poco de dichas corridas, que nunca voy a presenciarlas, como no he ido en los Estados Unidos a divertirme en ver a dos ciudadanos romperse a puñetazos el esternón y las quijadas para deleite de los cultos

espectadores; mas no por eso diré que mientras entre los yanquis se estilen tales juegos, no será posible que se civilicen y seguirán siendo bárbaros y feroces. El señor Taylor declara en cambio que nosotros sólo porque toleramos las corridas de toros somos *incapaces de civilización* en su más alto sentido.

Diré, por último, que el señor Taylor, que varias veces nos acusa de crueles, es crudelísimo con el pueblo español cuando lo compara a un hidalgo empobrecido, y casi hambriento, que, lleno de vanidad y por seguir alternando con otros hidalgos ricos, es manirroto y despilfarrado, gasta más de lo que tiene y va derecho a la más espantosa ruina. Pues qué, ¿entiende el señor Taylor que sea vanidad y despilfarro que procuremos conservar, aun a costa de los mayores sacrificios, una isla que nos pertenece, y donde nadie o pocos se sublevarían si desde los Estados Unidos no los alentasen y no les enviasen armas y dinero? Cuba es nuestra propiedad legítima, y no es vanidad ni soberbia nuestro empeño en conservarla. Cuba es, además, como la prenda y el testimonio visible y monumental de que este pueblo de la *castañeta* fue el que descubrió el Nuevo Mundo e implantó en él las artes y la civilización de Europa.

Aunque nosotros no negamos que en comparación de los Estados Unidos somos muy pobres, todavía nos parece duro que a cada paso se nos eche en cara nuestra pobreza y la vanidad ridícula con que se supone que tratamos de disimularla. «Las señoras -dice el señor Taylor- van a paseo en coche elegantemente vestidas de medio cuerpo arriba y de medio cuerpo abajo muy andrajosas, cubriendo con una manta aquella miseria. Por lucirse, andar en coche y tener palco en el Real, se tratan muy mal en casa, la cual suele estar inconfortable y mal amueblada. En invierno se mueren de frío, y en todas las estaciones remedan al camaleón, alimentándose casi del aire.»

El señor Taylor deja entrever con insistencia su recelo de que en España se come poco y mal, de modo que nosotros para agasajar a los extranjeros no los convidamos nunca a comer, limitándonos a hacerles muchas cortesías. Nos cuenta, sin embargo, contradiciéndose, que el señor don Emilio Castelar le dio un almuerzo suculentísimo, en el que se sirvieron diecisiete platos, sin contar los postres, que serían probablemente, cuarenta o cincuenta, todo ello, para que no se atragantasen, remojado con los mejores vinos españoles. Pues qué, ¿quería más el señor Taylor? También se contradice al hablar de los clubs o casinos. En algunos pasajes de su libro afirma que no somos un pueblo *clubable,* y califica de mezquinos y pobres nuestros clubs, y lamenta que se sostengan por el juego. Y en contra de lo dicho, afirma en otros pasajes, por ejemplo, que el Casino de Córdoba es grandioso, y ensalza el Ateneo de Madrid, que al fin es un Casino donde, no se juega, encomiando su rica y selecta biblioteca, su gran salón de sesiones y sus cátedras, donde personas sabias y elocuentes enseñan diversas ciencias y facultades.

Sobre la *high-life* de Madrid y sobre las damas de la suprema elegancia, el señor Taylor está algo satírico; pero en manera alguna singularmente ofensivo, ya que los vicios y faltas que halla en la *smart set* madrileña le parecen menores que los de la *smart set* neoyorquina. Como yo en este punto tengo la manga mucho más ancha que el señor Taylor, absuelvo de casi todas sus culpas, sin imponerles la menor penitencia, tanto a las damas elegantes de Madrid como a las de los Estados Unidos, que me parecieron guapísimas, discretas y divertidas, durante los dos años que pase en aquella tierra. Mi indulgencia es fenomenal para con las señoras. Apenas hay rareza que yo no les perdone; hasta perdono a algunas de nuestras damas elegantes que, según observa el señor Taylor, aunque no sepan hablar inglés, pronuncien con acento inglés el castellano, apretando mucho los dientes, desde que pasaron una semana en Londres. Este acento inglés es ya más distinguido y más *chic* que la erre nasal o gangosa que otras damas emplean a fin de parecer educadas en *París de Francia.*

La clase media, sigue el señor Taylor, es ignorante, grosera y sucia. Supone enorme distancia, un abismo, entre nuestra nobleza y el pueblo. No sé cómo ha podido notar esto en el país más democrático del mundo, que es España. El señor Taylor acusa a cada paso de ignorantes a los españoles. No se comprende cómo el poco tiempo que ha estado aquí le ha bastado para examinarnos de todas las asignaturas y darnos calabazas. Los mahometanos y los judíos ésos sí que eran sabios; pero hicimos la barbaridad de expulsarlos.

No cabe en este breve escrito contestar a las censuras del señor Taylor.

Nos limitaremos a contraponerle las siguientes afirmaciones:

Que durante toda la Edad Media, la España cristiana fue el pueblo más tolerante de toda la cristiandad;

Que cuando venían cruzados a ayudarnos en la Reconquista, era menester echarlos o luchar contra ellos, para que no matasen ni robasen a todos los judíos y mahometanos, faltando a los pactos y a la fe jurada;

Que la sabiduría muslímica y rabínica y sus filósofos y doctores, en vez de ser perseguidos por los monarcas cristianos de España, hallaron con frecuencia en sus cortes protección y refugio contra las fanáticas persecuciones, ya de algunos califas de Córdoba, ya de los almorávides y almohades, en la época de las tremendas invasiones africanas.

Y en fin: que esa sabiduría se difundió y se dio a conocer en el resto de Europa por medio de los cristianos españoles, arzobispos, obispos y sacerdotes casi siempre, que tradujeron, comentaron y explicaron los textos arábigos y hebraicos.

Pero salgamos de las honduras en que nos hemos metido, y terminemos este artículo, que va siendo ya sobrado largo, afirmando que el libro del señor Taylor es muy agradable de leer, a pesar de los defectillos que hemos notado, y que, si procuramos no ser vidriosos, reconoceremos que cuanto el señor Taylor dice contra nosotros proviene de prejuicios difíciles de arrancar del alma de un extranjero, pero que en el fondo el señor Taylor o nos encomia o procura encomiarnos, y en casi todas las páginas de su libro muestra hacia nosotros muy sincera y fervorosa simpatía.

Madrid, 1896.

La paz deseada

Grandísimo es mi deseo de complacer a mi amigo don Miguel Moya, escribiendo algo sobre la Nochebuena y la guerra de Cuba para un número extraordinario de *El Liberal;* pero mientras más cavilo, menos cosas se me ocurren. Sólo acuden a mi memoria y pronuncian mis labios las hermosas palabras que en boca de los ángeles oyeron los pastores: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad.» Paz anhelamos todos, y ahora que la Nochebuena se aproxima, debemos repetir la exclamación angélica, pidiendo paz al Cielo. Y no sólo porque con la guerra exponemos a las enfermedades y a la muerte a lo más lozano de la juventud española y nos exponemos nosotros a la miseria, sino también porque con la duración de la guerra, a par de la vida de muchos de nuestros hermanos, y a par del

dinero y hasta de la esperanza de ganarlo que vamos perdiendo, es de recelar que perdamos también la paciencia, el juicio y el corto ingenio que Dios haya tenido la bondad de darnos.

Aun prescindiendo de todos los enormes males que la guerra trae consigo, sólo porque no se volviese a hablar de tan trillado, sobado y fastidioso asunto, debiéramos rezar para impetrar del Altísimo que la guerra terminase, aunque fuera por virtud de un milagro, como el de la botadura del *Princesa de Asturias.*

En suma: yo no sé ya qué decir sobre la guerra, y lo que es sobre la Nochebuena, con decir «Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad», está dicho todo. Pero esto no es cuento, ni artículo, ni composición poética inédita, y por consiguiente, si no digo más, me quedaré con el disgusto de no complacer al señor don Miguel Moya.

Sólo veo un medio de salir de mi apuro: referir aquí con brevedad y tino, si soy capaz de tanto, la discusión que acaban de tener en mi casa dos señores que han venido a visitarme, y por dicha se han hallado juntos en ella. Es el uno don Valentín León y Bravo, capitán de Artillería retirado, y el otro, el hábil diplomático don Prudencio Medrano y Coroero, retirado también, o dígase jubilado. Ambos desean la paz con el mismo fervor que yo; pero la buscan por muy diverso camino. Suponen cada uno de ellos que si se hubiera seguido el que él traza ya gozaríamos de la paz en esta Nochebuena, y así nosotros en la Península, como nuestro valiente Ejército de Cuba, la celebraríamos regocijadamente, después de haber oído la Misa del Gallo, con suculentas cenas en que consumiríamos multitud de pavos, que desde su patria de origen, y no menor multitud de jamones, que desde Chicago y desde otros lugares de la Unión, donde abundan los cerdos, nos enviarían de presente Cullon, Morgan, Sherman y algunos senadores más.

Baste de introducción y empiece el diálogo. El arrogante don Valentín habló primero, y dijo:

-Vamos, hombre; confiese usted que no hemos debido sufrir tantas ofensas y amenazas de intervenir con las armas en nuestras discordias civiles; jactanciosa seguridad de acogotarnos en un dos por tres, derrotando nuestro Ejército y echando a pique nuestra flota, y envío incesante de aplausos a los insurrectos, de insultos feroces a los leales, y de armas, municiones, dinero, víveres y toda clase de auxilios a los que devastan, incendian, saquean y destruyen la riqueza de Cuba, para pedirnos luego indemnización por los mismos estragos y ruinas, que sin el favor de los yanquis jamás se hubieran causado. Crea usted, que lo que hubiera convenido y lo que todo esto hubiera merecido, es que nosotros hubiéramos imitado a Agatocles.

-¿Y quién fue ese caballero?- preguntó don Prudencio.

-Pues Agatocles -contestó don Valentín- fue un célebre tirano de Siracusa, con quien se condujeron los cartagineses, sobre poco más o menos, como los yanquis con nosotros. Pero Agatocles se hartó de sufrirlos, embarco cinco mil soldados en unas cuantas naves, cruzó el mar con ellos burlando la vigilancia de la poderosa escuadra enemiga y desembarcó en el territorio de la gran República; para verse obligado a vencer o a morir, destruyó los barcos en que había venido, como hicieron más tarde el renegado cordobés Abu Hafaz, en Creta, los catalanes en Galípoli y Hernán Cortés en Méjico; entró a saco en muchas ciudades púnicas, y aun estuvo a punto de apoderarse de la capital. ¿Por qué no habíamos de haber nosotros declarado la guerra a los yanquis, pasado en un periquete con más de cien mil combatientes desde Cuba a la tierra de ellos y quizá llegado hasta el Capitolio de Washington, arrojando de allí a culatazos a los senadores y yendo luego, por la *avenida* de Pensilvania, hasta donde está

el Palacio del Tesoro todo lleno de dinero y apuntalado para que no se hunda, aliviarlo de aquel peso, y plantarnos, por último, en la Casa Blanca, que está a tres pasos de allí, y hacer a Cleveland cautivo?

-Todo eso -replicó don Prudencio- me parecería muy bien si para dejarme frío no acudiese a mi mente esta frase proverbial: «Tú que no puedes, llévame a cuestas.» No bastan doscientos mil soldados para acorralar y domar a los mulatos y negros cimarrones, y sueña usted con que basten cien mil para llegar al Capitolio de la gran República. Créame usted: lo digo con gran dolor, pero es menester decirlo: *consumatum est.* Menester es que nos resignemos y nos achiquemos. Cuba no nos ha producido nunca una peseta. Cada una de las que ha podido traerse de allí algún empleado poco limpio nos ha costado mil pesetas al conjunto de los demás peninsulares y nos cuesta además y nos costará muchas lágrimas. ¿Qué mejor venganza podemos tomar de los cubanos rebeldes que concederles la libertad, por que combaten? Una vez Cuba libre, Cuba se volvería *merienda de negros.*

-Pues para que no se vuelva *merienda de negros* debemos seguir combatiendo en la Gran Antilla -dijo entonces don Valentín-. Los cubanos, ni con mucho son todos rebeldes, y tenemos el deber de defenderlos de los forajidos y de salvarlos de la rapacidad y de la insolencia tiránica de los aventureros que quieren apoderarse de la isla. Contra estos aventureros y aun contra todo el poder de los yanquis que los protegen debemos luchar, ya que es inevitable la lucha.

-Confieso -dijo entonces don Prudencio- que me hace bastante fuerza eso de que no debemos abandonar a los cubanos fieles y pacíficos. Por eso vacilo yo. Si no fuera por eso no vacilaría en afirmar que para que hubiésemos tenido paz en la Nochebuena, que se acerca a grandes pasos, hubiéramos debido, en vez de imitar las locuras del señor Agatocles, hacer lo que yo me sé.

-¿Y qué es lo que usted se sabe? ¿Acaso plantear las reformas ya votadas, concederlas mayores aún y hasta llegar a la autonomía para que depusiesen las armas los insurrectos? ¿No ve usted que ellos achacarían a debilidad actos tan generosos, se ensoberbecerían más, pedirían independencia o muerte y antes que darse a nosotros se darían al diablo?

-Pues daos al diablo, les diría yo -contestó don Prudencio-. Lo que es por mí ya serían independientes con una condición: con la condición de que cargasen con el pago de la deuda de Cuba. Aunque se elevase a cuatrocientos millones de pesos fuertes, todavía sería muchísimo menos de lo que Cuba nos ha costado en los cuatrocientos años que la hemos poseído, sin duda por nuestra desgracia, pero también por nuestra gloria, como monumento y espléndido recuerdo del hecho más brillante y trascendental de nuestra historia y aun de la historia de todo linaje humano.

-También digo yo -exclamó don Valentín- lo mismo que decía usted hace poco cuando me oyó hablar de la imitación de Agatocles: «Todo eso me parecería muy bien si para dejarme frío no acudiese a mi mente esta frase proverbial: «Tú que no puedes, llévame a cuestas.» ¿Cómo quiere usted que paguen nada los cubanos libres? Lo menos durante dos siglos sobrevendría allí con la libertad la más estupenda anarquía. Aquello sería el puerto de Arrebatacapas. La isla libre no valdría por lo pronto ni produciría un ochavo. Mal andamos nosotros de dinero, pero todavía los acreedores se fiarían más de nosotros. Yo doy por cierto que si Cuba se comprometiese a pagar, los acreedores no aceptarían la sustitución y exigirían que España les pagase.

-Eso tiene remedio -dijo don Prudencio-. Mal hemos hecho con no haber contraído alianza ninguna, con estar aislados y sin apoyo entre las grandes potencias europeas; pero esto

no mitiga la acusación de egoísmo y hasta de imprevisora flaqueza que podemos lanzar contra ellas, viéndolas inertes y tranquilas sufrir que los Estados Unidos, sin razón y sin derecho, nos traten como nos tratan fiados en su poder y en su riqueza e imaginándonos débiles, pobres y solos. Como quiera que sea, repito que el mal tiene remedio. Yo se lo daría con mi gran habilidad diplomática, si no estuviese ya jubilado; conseguiría que los Estados Unidos, tan filantrópicos y tan fervorosos amantes de la libertad de Cuba, garantizasen el pago de su deuda, y aun la pagasen, mientras Cuba no pudiese pagarla. Hasta sería esto poderoso estímulo para que ellos procurasen y aun lograsen la prosperidad de Cuba, con la cual crecería la fama póstuma de Antonio Maceo hasta la altura de la de Jorge Washington y de la de Simón Bolívar. Todo depende del éxito final del nuevo Estado que se funde.

Cuando se cansaron de hablar mis dos visitantes, me preguntaron mi parecer. Yo, con todas las perífrases cultas que me inspiró la cortesía, les di a entender que los pareceres de ellos se me antojaban igualmente disparatados y que era menester buscar un término medio.

-¿Y quién lo busca?-dijeron ambos.

-Todos -contesté yo-; pero nadie lo ha encontrado todavía. Esperemos que Dios, con su infinita bondad y misericordia, suscite pronto en Cuba un caudillo, sea quien sea, que logre estar no menos acertado como general en jefe, que Cirujeda como comandante, y todo terminará pronto y bien, sin imitar a Agatocles, y sin imitar tampoco al cura de Gavia. Cuando veamos aparecer este caudillo, no habrá viejo en toda España que no haga el papel de Simeón y que no le remede diciendo: *Nunc dimitis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace, quia viderunt oculi mei salutare tuum;* pero ni los viejos podremos hacer el papel de Simeones en la próxima Nochebuena, ni los mozos podrán gozar de la paz deseada. Contentémonos con la esperanza de tener esta paz en la Nochebuena de 1897.

Madrid, 1896.

La mediación de los Estados Unidos

Voy a decir mi humilde parecer sobre el importante asunto de que *El Liberal* trata hoy, y voy a decirlo con sinceridad, con llaneza y hasta con cierto candor, que la generalidad de las gentes considerará poco diplomático; pero mi diplomacia pasó ya, y agua pasada no mueve molino.

Cuba, en mi sentir, nada nos ha valido en los cuatrocientos años que hace desde que nos apoderamos de ella. Las riquezas que algunos españoles traen o pueden traer desde allí a nuestra Península no aumentan más nuestro caudal, que las alhajas y juguetes que hallan en un balcón los niños aumentan el caudal del honrado padre de familia que los puso allí de antemano el día de Reyes para que sus niños los tomen, o que las liebres y perdices que caza alguien en un coto aumentan el caudal del propietario del coto, que para llevar y sustentar allí dichas liebres y dichas perdices ha gastado mil y mil veces más de lo que ellas valen.

Económicamente, pues, nada nos vale nuestro dominio en Cuba.

¿Es cuestión de honra conservarla? Frase es ésta llena de pompa y de peligro, que sería mejor no emplear.

Claro está que nos convendría y nos agradaría que el Dios Término de España no hubiera retrocedido y no retrocediese nunca. Pero si las leyes providenciales o fatales, por cuya virtud se ordenan los acontecimientos humanos, hacen que el Dios Término retroceda, no por eso España ha de creer menoscabada su honra. Antes, pudiera salir del mal el bien, y acrecentarse la honra de España, si, por ejemplo, las dieciséis o diecisiete repúblicas que han nacido de su seno llegasen a estar florecientes y poderosas.

¿Es cuestión de integridad de nuestro territorio? También sobre esto hay mucho que decir y no poco que distinguir. Harto menguada estaría ya dicha integridad, si la hubieran constituido lo mejor del continente americano, Sicilia, Cerdeña, Portugal con todas sus posesiones y tantos otros estados, provincias y países como nos han pertenecido y ya no nos pertenecen.

Infiero yo de aquí que nuestro dominio en Cuba no es cuestión de utilidad, ni de honra, ni de integridad de la patria. Pero ¿significa esto que sea poco importante la conservación de Cuba? Tan lejos estoy de pensarlo, que creo dicha conservación importantísima. El que la conservemos es para nosotros cuestión de categoría de elevación, de dignidad entre las naciones de Europa. Es también cuestión de decoro nobiliario. Cuba, dominada por España, parece como título, custodiado en nuestro poder, de que descubrimos y civilizamos el Nuevo Mundo.

Por esto, todo buen español debe considerar como gran desventura la pérdida para nosotros de aquella hermosa isla. Por esto con general aplauso y excitación de toda España, han ido a Cuba doscientos mil soldados. Por esto la nación se desprende de sus bienes, gasta su dinero, se empeña y arrostra con resignación valerosa la pobreza, a fin de mantener en Cuba a esos soldados y por medio de ellos su indiscutible soberanía.

Por desgracia, los que contra ella se rebelan, lejos de dar la cara, huyen y se esconden, prolongando así indefinidamente la guerra, los gastos y los sacrificios y haciendo morir, mil veces más que en los combates, por las enfermedades, la flor de nuestra juventud generosa. No discuto aquí si es o no posible, a menos de un milagro, de una aventura casual o de una inspiración dichosa, acorralar a los rebeldes, vencerlos y darles pronto el merecido castigo. Tal vez sea esto dificilísimo.

Sabido es lo mucho que dura este linaje de guerras. Catorce años duró la de Viriato. Y sin buscar ejemplo tan ilustre, el rey absoluto de España tuvo que tratar de potencia a potencia con el *Tempranillo,* con los *Botijas* y con otros bandoleros, porque no pudo vencerlos con las armas.

Como quiera que sea, la situación en Cuba del general en jefe es harto penosa. El pueblo que permanece allí fiel a la madre patria y el Ejército que le obedece, bien pueden proclamarle *mejor que Trajano,* pero no *más feliz que Augusto.* Bien pueden, para realzar su crédito y levantar su autoridad, reunirse en junta y colmarle de vítores y aplausos; pero tan entusiasta patriotismo recordará involuntariamente el del Senado romano cuando, después de la batalla de Cannas, dio fervorosas gracias al cónsul Varrón porque no había desesperado de la salud de la patria.

Yo no quiero desesperar, ni desespero tampoco. La paz, sin embargo, me parece en extremo deseable y la acción diplomática conveniente, ya que a pesar del indiscutible valor y del pasmoso sufrimiento de nuestros soldados, no bastan las armas.

¿Cómo *debe ser,* o cómo puede ser esta acción diplomática, dado que la haya? Una cosa es el *debe* y otra el *puede.* Aristóteles pone muy bien en claro la diferencia. Por ella, dice

aquel sabio es la poesía mil veces más filosófica que la Historia. La Historia expone lo que es, y la poesía, lo que debe ser. Hagamos poesía por un momento. Hablemos de lo que debiera ser y no es, por desgracia. La nación de los Estados Unidos, tal vez a pesar de su Gobierno, que no puede evitarlo, mantiene la insurrección en Cuba. Sin el favor y auxilio que le da, sin las armas, dinero, hombres y fuerza moral que le suministra, es evidente para todo el mundo que la insurrección estaría ya sofocada; que hubiera sido mil veces menos fuerte; que tal vez no hubiera ocurrido. El proceder, pues, contra nosotros de la nación angloamericana (aunque disculpemos a su Gobierno) es el más odioso abuso de fuerza que imaginarse puede. Una protesta enérgica contra él por parte de España sería sublime delirio. España está lejos de Cuba y la Unión está cerca, y España es cuatro veces menos populosa que la Unión y cien veces menos rica. Algo, no obstante, podría perder la gran República, si entre ella y España sobreviniese un conflicto bélico. La justicia está de nuestro lado, y

l'antico valore Negl' ispanici con non è ancor morto.

Vamos ahora a declarar aquí lo que *debiera ser*, aunque no tengo la menor esperanza de que sea, para evitar el abominable abuso de fuerza de que hablo o el conflicto que presupongo, si, perdida nuestra paciencia, superior a la de Job, nuestro ánimo no desfallece.

La acción diplomática debieran ejercerla las grandes potencias de Europa, y singularmente las que tienen posesiones en América, a fin de que el Gobierno angloamericano emplee medios suficientes para evitar que su pueblo fomente la insurrección en Cuba, faltando a la justicia, a la verdadera civilización y al derecho de gentes. La insurrección terminaría en seguida si esto se lograse. Pero esto es poesía: es lo que debe ser, pero no lo que será. Las grandes potencias de Europa seguirán dejando a España en completo abandono. ¿Qué recurso nos queda sin acudir al más arrogante y peligroso de los extremos? Pues el recurso que nos queda es disimular los insultos y agravios y aceptar los buenos oficios del Gobierno de los Estados Unidos, si dicho Gobierno los ofrece.

Rara y muy poco airosa sería para nosotros esta mediación; pero es tan grande nuestro deseo de paz, que hasta cierto punto nos conviene pasar por todo.

Explicaré ahora la limitación que va contenida en la frase *hasta cierto punto.* Para mí, la limitación no puede ser más clara. Si el Gobierno de los Estados Unidos mediase y lograse que depusiesen las armas los insurrectos y se pacificase la isla, esto había de ser sin exigirnos la menor promesa de reformas interiores, de cambios en la gobernación de la isla, de nada que modificase allí las relaciones entre gobernante y gobernados, y de cuyo cumplimiento quedase implícitamente como garante el Gobierno de los Estados Unidos. Esto equivaldría a despojarnos vergonzosamente de la soberanía de la isla o a conservar en ella una soberanía desmedrada y dependiente de la gran República, a cuya fiscalización constante estaríamos sometidos, y a quien acudiría siempre en queja cualquier cubano díscolo que se creyese lastimado o que supusiese que no se le cumplía lo prometido. Sin duda, se me dirá: ¿qué provecho, qué ventaja sacará el Gobierno de los Estados Unidos, de mediar para que los rebeldes se rindan a discreción y sin que España prometa nada? A tal pregunta respondería yo:

Si alguien cree o espera todavía en España que podemos tener en Cuba un millón y seiscientos mil conciudadanos para que compren productos de la Península a mucho más elevado precio que pueden comprar productos semejantes importados de otros países, menester es, en mi opinión, que renieguen de tal creencia y que desistan de tal esperanza. Y no supone lo dicho la anulación del comercio entre Cuba y España. El del Brasil, por ejemplo, con el reino de Portugal, es ahora mil y mil veces más activo y fructífero para los portugueses que cuando el Brasil era colonia.

Con facilidad se comprenderá ya lo que, sin desdoro nuestro y sin mengua de nuestra soberanía, pudiéramos dar a los Estados Unidos si por mediación de su Gobierno Cuba se pacificase. En virtud de un tratado, pudiéramos darles la más amplia libertad de comercio en aquella porción de nuestro territorio. El galardón sería espléndido y Cuba también aumentaría pasmosamente su riqueza, si pudiese comprar más baratos la narina y otros alimentos, e importar en la gran República sus azúcares, su café y su tabaco, libres o casi libres de derechos.

En cuanto a las libertades políticas y administrativas, ya las concederá España generosamente, sin que nadie le imponga de antemano la obligación de concederlas.

Sólo de esta suerte aceptaría yo la acción diplomática, o dígase la mediación de los Estados Unidos.

Madrid, 1896.

Letras y armas

Esta guerra que nos han declarado los yanquis sin motivo, y hasta sin propósito que ellos puedan confesar sin vergüenza, sobreexcita, como es natural, los nervios de todos los españoles y los impulsa a dar muestras de patriotismo, cada cual a su manera.

No es de extrañar, pues, que ciertos amigos míos, literatos o, si se quiere, aficionados a las letras, y así nadie los acusará de inmodestos, me hayan preguntado repetidas veces qué debemos hacer nosotros en esa ocasión, como literatos o escritores.

Ya se entiende que el periodista debe y puede ser muy útil, animando el espíritu público inspirando confianza a los tímidos y procurando acallar quejas y calmar enojos de unas parcialidades políticas contra otras, a fin de que todas se aúnen y se muestren apercibidas para la indefensa de la patria. Los poetas podrán celebrar y cantar nuestras victorias, si por dicha las alcanzamos, y cuando no, lamentar nuestra desventura en versos elegíacos, que Dios quiera que no haya ocasión de escribir, aunque puedan ser muy bonitos.

Pero no se trata de nada de esto. El punto sobre que me interrogan los mencionados amigos es sobre lo que debemos nacer, como meros literatos, para contribuir a los gastos de la guerra; para que las letras españolas figuren en la inscripción nacional que se abrió hace pocos días.

Confieso que al principio me pareció difícil que hiciésemos en este sentido algo que no fuese una triste figura. El banquero y el comerciante tienen fondos de que disponer; el propietario y el labrador tienen rentas y el fruto de sus campos, y tiene el industrial las telas y demás artefactos de sus fábricas, que fácilmente pueden convertirse en dinero. Pero las letras producen en España tan poco que apenas se ve, por lo pronto, que puedan dar a la patria, en el grande empeño en que hoy está, sino aplausos y bendiciones. Poco es esto, y no es, además, muy de nuestra peculiar incumbencia el darlo. Para dar bendiciones está el clero, y para aplaudir y vitorear el pueblo todo, cuando llegue el momento feliz en que nuestra Marina y nuestro Ejército deban recibir el galardón glorioso que a su constancia y denuedo se deberá sin duda.

De esto no se trata hoy. En esto, las letras y los que las cultivan no han de hacer especial papel; han de confundirse con los demás españoles y ser mínima parte del coro que forme la nación toda.

En suma: ahora sólo se trata de la suscripción nacional. De qué suerte las letras en España, donde tan poco se lee y donde ellas son tan pobres, pueden aparecer en dicha suscripción con una buena partida.

Pues bien: a mí se me ocurre lo que voy a decir sin más preámbulos. Mi ocurrencia será tildada de inocente y provocará las risas y las burlas de muchos; pero no me importa, y voy a decirlo, valga por lo que valga.

Por lo mismo que en España se leen pocos libros y se compran menos, abundan los almacenes, sótanos y camaranchones atestados de volúmenes, que se apolillan o se pudren por falta de compradores y de lectores. ¿Por qué, pues, y a fin de que pueda decirse que no hay mal que por bien no venga, no ha de transformarse siquiera un átomo, siquiera un escrúpulo del patriotismo español en afición a las letras patrias?

Para que estas letras acudan a la suscripción nacional con una respetable suma, yo no quiero más que contar con dos o tres centenares de grandes señores, de ricos capitalistas, de varias corporaciones y de bastantes establecimientos de educación, colegios y conventos de escolapios, jesuitas, agustinos, etc., que no perderían nada en enriquecer sus bibliotecas o en empezar a crearlas, si no las tienen, comprando algunos libros que las letras darían de balde.

Ya me zumban los oídos, y ya creo estar oyendo a los desdeñosos y chistosos reírse de la tal compra, y asegurar que todos los libros que yo quiero poner a la venta son purísima tontería. Pero mi contestación está pronta y no tiene réplica, como no se suponga que España es la Beocia de las modernas naciones; que todo cuanto aquí se ha pensado y escrito es tonto de remate y que no vale la pena de dar por ello un perro chico.

No pretendo yo prevalerme del patriotismo para que alguien compre las obras de los pobrecitos autores contemporáneos, aunque yo creo que todos daremos ejemplares para que nadie nos acuse de poco generosos.

Hay otra clase de libros, que apenas compra ni lee nadie; pero que nadie tampoco, como esté en su juicio y como no quiera ser acusado de rudo, calificará de insulsos, de necios, de inmorales o de irreligiosos.

Los ricos de que hemos hablado, así como los colegios y corporaciones, pueden y deben comprarlos, si no los tienen, y yo doy por seguro que habrá muchos que no los tengan.

Voy a citar aquí algunos de estos libros y su posible producto:

Cien ejemplares de las *Obras completas de Lope de Vega,* magnífica edición, de la que lleva ya publicados ocho volúmenes la Real Academia Española, a treinta y dos duros, serían tres mil doscientos duros.

Otros cien ejemplares de la *Cantigas* del Rey Sabio, preciosa edición de la misma Real Academia, a veinte duros, serían dos mil.

La Real Academia Española debe de tener aún ejemplares del *Fuero Juzgo;* del *Siglo de Oro,* de Valbuena; de las poesías del duque de Frías y de don Juan Nicasio Gallego, y de otros libros preciosos y clásicos, que no estarían de sobra en las bibliotecas de los señores ricos y de

las corporaciones que hemos citado. De estos libros me parece que se desprendería con gusto la mencionada Real Academia.

La de la Historia, para contribuir a fin tan alto saldría muy lucida aunque sólo diese sesenta u ochenta ejemplares de sus publicaciones, que acaso formen ya dos centenares de tomos.

El Ministerio de Fomento y la Biblioteca Nacional han publicado también obras muy interesantes y de gran valor, que deben de estar almacenadas y estropeándose, y de las cuales, con un solo centenar de ejemplares que se vendiese, se podría sacar una buena suma.

Curioso sería, y no faltarían chuscos que se riesen de lo extraño del caso, si a causa de la guerra la ilustración viniera a difundirse, y en los palacios de nuestros magnates y en los colegios y casa de educación de las órdenes religiosas se llenasen de buenos libros algunos armarios.

Elegante y de buen tono sería para dichos magnates que el patriotismo los convirtiese en mecenas, y no dejaría de ser útil para los religiosos docentes el adquirir libros castizos, que tal vez les falten. Así, por ejemplo, los del *Saber de Astronomía del rey don Alonso, Las Cartas de Indias, la Historia de Felipe II,* de Cabrera, y la magnífica edición de Oviedo que contiene la historia de ese Nuevo Mundo que descubrimos, civilizamos y colonizamos, y donde muchos de los que fueron guiados allí por nosotros y abriéndoles nosotros camino, se nos muestran hoy tan ingratos y tan crueles.

Yo doy por cierto que, estimulados cuantos ejercemos hoy en España el nada lucrativo oficio de escribir, al ver el desprendimiento de las reales academias, Biblioteca Nacional y Dirección de Instrucción Pública, daríamos sin jactancia uno o dos centenares de nuestras obrillas por si alguien se allanaba también a comprarlas, aunque sólo fuese por el buen empleo que había de darse al precio de la compra. Me parece que no me equivoco ni hago cuentas galanas. Bien dirigida esta venta de libros, y encomendada a libreros hábiles, en Madrid, Barcelona, Sevilla y otras principales ciudades, ¿por qué no había de producir treinta o cuarenta mil duros? ¿No sería luego gran satisfacción poner en la suscripción nacional esta partida:

«Las letras españolas, ciento cincuenta mil o doscientas mil pesetas.»?

Sólo con doscientos o trescientos bibliófilos patriotas y acomodados, bastaría y aun sobraría para esto. ¡Ojalá que así sea, si mi plan no parece muy candoroso y si nuestros libros no son tan aborrecibles y tan despreciables que ni por amor de la patria quiera nadie adquirirlos!.

Madrid, 1898.

FIN